Los Hollister



19

EN EL CAMPAMENTO DE NIEVE

FABÁ

JERRY WEST

Un día, los niños Hollister vieron a sus abuelos por la televisión. El programa retransmitía carreras de trineos tirados por perros durante el Carnaval de Tramperos de Canadá. Como los abuelos Hollister regentaban un resort llamado Campamento de Nieve, a los niños se les ocurrió la idea de ir a visitarles durante las vacaciones de Acción de Gracias y poder presenciar el próximo Carnaval de Tramperos.





Jerry West

Los Hollister en el Campamento de Nieve

Los Hollister - 19

ePub r1.1

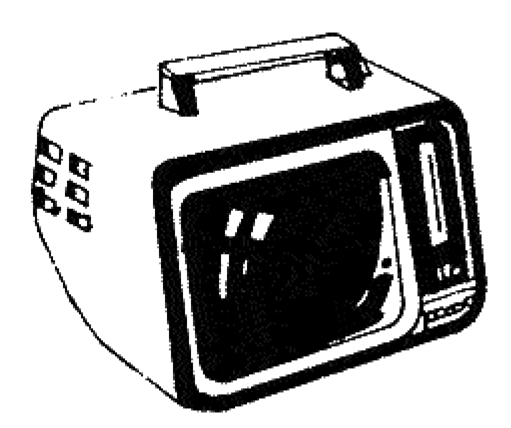
nalasss 15.09.14

Título original: *The Happy Hollisters at Snowflake Camp*
Jerry West, 1954
Traducción: Consuelo G. de Ortega
Ilustraciones: Antonio Borrell & Salvador Fabá

Editor digital: nalasss
Escaneo: el nota
ePub base r1.1



UNA SORPRESA POR TELEVISIÓN



—¡Mamá, ven en seguida!

Ricky Hollister atravesó corriendo la sala, hasta el pie de las escaleras.

—¿Qué ocurre? —preguntó una dulce voz, desde el piso de arriba.

—¡Los abuelitos salen por televisión! —gritó Ricky.

—¿Estás seguro? —volvió a preguntar la señora Hollister, que ya bajaba a toda prisa las escaleras.

Era una señora delgada y joven, con el cabello castaño y los ojos azules, que ahora tenía muy abiertos por el asombro.

—¡Seguro que estoy seguro! —recalcó el pecoso Ricky, tomándole una mano—. Pero ¡date prisa, no sea que se acabe!

El muchachito tiraba de su madre hacia una esquina de la habitación, donde los otros cuatro hermanos estaban reunidos ante el televisor, presenciando un programa del sábado. Se trataba de una película sobre los deportes de invierno en el Canadá y, en aquel momento, un esquiador aparecía surcando el aire, en un gran salto.

—Sacude los brazos igual que si fueran las alas de un pájaro —dijo, entre risillas, la chiquitína Sue, de cuatro años.

—Has llegado demasiado tarde, mamá —se lamentó Holly, una niña de seis años, de expresión traviesa y trenzas rubias, que estaba descansando en el suelo, apoyada en los codos.

A su lado, Sue, sentada con las piernas cruzadas, tenía sobre su regazo una muñeca de cabello rizado.

—Mi bebé también ha visto a los abuelitos —declaró la pequeñita, guiñando un ojo a su muñeca.

—Seguramente volveremos a verles —dijo Pam Hollister, una bonita morena, de diez años.

Pam estaba sentada en una mullida banqueta, junto a su hermano Pete, el fornido muchachito de doce años, que llevaba el cabello cortado a cepillo. Pete se dirigió a su madre, diciendo cortésmente:

—Voy a traerte una silla.

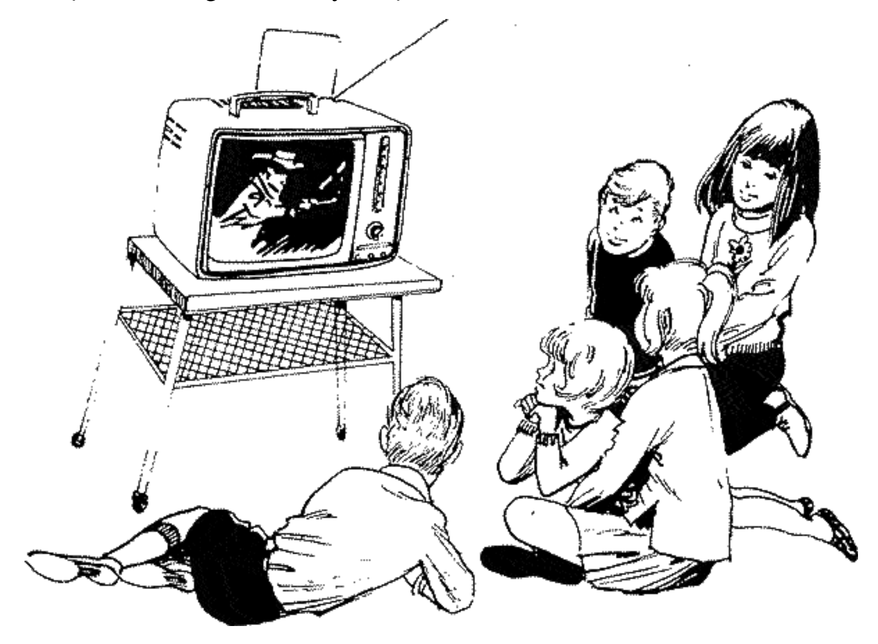
Y llevó un asiento a su madre, colocándolo cerca de la pantalla.

La señora Hollister se sentó a admirar la distraída película.

—¿Qué era lo que estaban haciendo los abuelitos? —preguntó.

—Estaban presenciando una carrera de esquí —explicó Pete—. Es una película que se tomó en Froston, el año pasado, durante el Carnaval de los Tramperos.

—¡Mirad! —gritó Ricky—. ¡Ahí están!



Los rostros de los espectadores volvieron a aparecer en la pantalla. Entre ellos estaban la abuelita y el abuelito Hollister. Sus rostros aparecían tan claros, que la inocente Sue se puso en pie, de un salto, deseando besarles.

—¡Hola, abuelito! ¡Hola, abuelita! —gritó, tocando la pantalla con su dedo gordezuelo.

—¡Por favor, Sue, siéntate, que no me dejas verles! —pidió Ricky.

Mientras la pequeñita volvía a sentarse en la alfombra, la madre exclamó:

—¿Verdad que es maravilloso?

Y en ese momento todos tuvieron la impresión de que los abuelos les habían oído, pues volvieron la cara y sonrieron a la familia reunida ante el televisor. Los hermanos Hollister palmotearon con entusiasmo. Los ancianos Hollister eran unos abuelos de aspecto muy juvenil, pero lo más agradable de su apariencia era que daban la impresión de ser tan felices como sus parientes de Shoreham.

La abuela, con abrigo de piel y un pañuelo a la cabeza, tenía la cara redonda y los ojillos chispeantes. El abuelo, con grueso abrigo y gorro de pieles, era delgado y vigoroso. Tenía la nariz recta y las comisuras de sus labios parecían siempre a punto de distenderse en una amplia sonrisa.

—¡Pero si sacan humo por la boca! —se asombró Holly.

—Es sólo la respiración —dijo Ricky, con aires de sabihondo—. Hace muchísimo frío en Froston.

—Me gustaría que papá pudiera ver esto —dijo la señora Hollister, en el momento en que la escena cambiaba para presentar unas carreras de trineos arrastrados por perros.

La voz del locutor informó a los telespectadores de que aquélla había sido una carrera muy desusual.

—Observen atentamente esta escena —añadió la voz.

—¡Qué hermosos perros esquimales! —exclamó Pam, admirativa, mientras los resistentes animales tiraban de los trineos para colocarse en la debida posición.

—No son tan bonitos como nuestro «Zip» —opinó Ricky, muy convencido—. ¡«Zip», «Zip»! ¿Dónde estás?

Pero el fiel perro pastor de la familia estaba fuera, retozando bajo el vientecillo helado del mes de noviembre. Ricky pensó que tal vez «Zip» estaba en el bosque, cazando conejos.

—Es verdad que «Zip» es el mejor perro de Shoreham —admitió Pete—. ¡Pero, zambomba, hay que confesar que estos perros esquimales son estupendos!

—Ahora se están alineando para empezar la carrera —dijo la señora Hollister, que ya estaba tan emocionada como sus hijos con aquel espectáculo.

—¡Ya salen! ¡Mirad cómo corren! —gritó Pam.

Con los arneses muy tirantes, los perros corrían veloces, sacudiendo al viento sus gruesos rabos. Competían cinco grupos. Cada trineo iba tirado por cuatro perros, que corrían en fila india. Iban un conductor y un pasajero sentados detrás. La gente aplaudía primero a un grupo, luego a otro.

—¿Qué tenemos que «oservar», mamita? —preguntó Sue, a mitad de la carrera.

—No lo sé, hijita. Pero mira atentamente. Acaso tengamos una sorpresa.

Mientras los perros se aproximaban a la meta, los hermanos Hollister saltaban, entusiasmados. Uno de los trineos, al frente del cual tiraba un enorme y bonito perro esquimal, iba dejando atrás a los otros.

Sonó entonces la voz del locutor.

—La perra que va al frente de este trineo se llama «Fluff». Parece ser que su trineo será el vencedor.

Los niños se aproximaron más a la pantalla, como temiendo perder algún detalle. De repente, Pam gritó:

—¡Oh, qué pena! Ha ocurrido algo.

Y sus hermanos dejaron escapar exclamaciones de protesta.

¡«Fluff» había dado un traspié, y había caído patas arriba en la nieve!

Los otros perros del grupo, no pudiendo detenerse a tiempo, cayeron sobre «Fluff» y el trineo se ladeó.

—¡La pobre «Fluff» está herida! —se compadeció Holly.

—¡Y ahora está ganando el segundo trineo! —exclamó Pete.

—¡Vamos, «Fluff», levántate, a ver si aún ganas! —gritó Pam.

Pero la hermosa perra esquimal continuaba tendida en el suelo, cuando el segundo trineo cruzó la meta, quedando proclamado vencedor.

—Ha sido una pena —comentó la señora Hollister, mientras concluía el programa y Pete, tan desilusionado como sus hermanos, desconectaba el televisor.

—¡Canastos! ¿Por qué se habrá caldo «Fluff»? —murmuró Ricky, poniéndose en pie.

Y Pam, entristecida, añadió:

—Me gustaría que el locutor lo hubiera dicho. ¡Pobre perra!

—Como la película fue tomada hace un año —dijo la señora Hollister, procurando alegrar a todos—, seguramente a estas horas «Fluff» ya está bien y participando en otra carrera.

—Eso espero —repuso Pam, con un suspiro.

A Pam le encantaban los animales y quería sobre todo a «Zip». Por eso sus ojos castaños se iluminaron de alegría al oír que el hermoso perro pastor arañaba la puerta de la cocina. Pete acudió a abrirle y «Zip» entró alegremente en la sala, oliendo a hojas de otoño y al aire fresco del exterior. Pam le abrazó, diciéndole:

—Hemos visto en la televisión a los abuelitos. ¿Te acuerdas de ellos?

«Zip» dio dos breves ladridos, como diciendo que sí, y se acurrucó a los pies de su amita.

—¿Verdad que les alegraría a los abuelitos saber que les hemos visto en el Carnaval de los Tramperos? —comentó Pam—. No sabéis cómo me gustaría a mí verles más a menudo.

Aquellos abuelos, padres del señor Hollister, se habían trasladado al Canadá, después de que el abuelo se retiró de los negocios que tenía en los Estados Unidos. Ahora se dedicaban a alquilar un grupo de casitas a las que llamaban Campamento de Nieve. El lugar era muy popular entre los excursionistas invernales y a los abuelitos les entusiasmaba el trabajo de dirigir aquel lugar.

—Y a mí me gustaría ver un Carnaval de los Tramperos —dijo Pete, con un suspiro.

—¡Quién sabe si podremos verlo! —murmuró la señora Hollister que ya se levantaba de la silla para ir a la cocina—. ¿Queréis poner la mesa, mientras yo preparo la comida? Papá vendrá de la tienda

de un momento a otro.

—Yo la pondré —se ofrecieron a un tiempo Pam y Holly.

La hermana mayor extendió un mantel de cuadros sobre la mesa del comedor, mientras Holly iba a buscar los platos. Al padre le gustaba estar en casa a las horas de comer, siempre que el trabajo en el Centro Comercial se lo permitía. La primavera pasada, cuando la familia se fue a vivir a Shoreham, el señor Hollister había adquirido una tienda de ferretería, a la que añadió juguetes y artículos de deporte, por lo que el establecimiento se hizo muy popular entre el público de todas las edades.

—¡Ahí viene papá! —anunció Ricky.

Por el camino del jardín avanzaba una furgoneta que fue a detenerse frente al garaje. Del vehículo salió un hombre alto y atractivo, Ricky le abrió inmediatamente la puerta y le tomó el abrigo, que llevó a colgar al armario.

Después que el señor Hollister hubo dado un beso a su esposa, los niños se arremolinaron en torno a él. Todos hablaban a un tiempo, con lo que se creó una gran confusión.

—¡Papá, hemos visto a los abuelitos en la «tele»!

—¿Me podría comprar yo unos esquíes como las gentes de Froston?

—Y a mí me hacen falta unos «nieves de zapatos» —hizo saber Sue que, con frecuencia, confundía las palabras.

—¡La pobre «Fluff» perdió la carrera!

—¿Cuándo podremos ir a Froston?

El sonriente señor Hollister tuvo que gritar para hacerse oír.

—¡Un momento! —dijo—. ¿Qué es todo esto? ¿Los abuelitos en televisión? ¿Es eso cierto, Elaine?

—Cierto, John —contestó la esposa—. Me hubiera gustado que les vieses.

Los niños volvieron a hablar de la película.

—Los abuelos son artistas de la «tele» —dijo Holly, orgullosa—. Lo mismo que «Fluff».

—¿«Fluff»? ¿Qué es «Fluff»? A mí me suena como el nombre de una borla para polvos —dijo el padre, con ojos risueños.

Holly se echó a reír, pero en seguida explicó:

—«Fluff» es una perra esquimal que ha perdido la carrera

porque se cayó.

En ese momento la señora Hollister tocó una campanilla. El tintinear de la campanilla era para los hermanos Hollister igual que si una voz les estuviera diciendo:

«¡Es la hora de comer!».

Cuando todos estuvieron sentados y la comida servida, se volvió a hablar de Froston y del Carnaval de los Tramperos.



—¡Qué bonito sería poder ver a los abuelitos para el Carnaval de este año! —murmuró Pam.

—¿Se celebra dentro de poco, papá? —quiso saber Pete.

El señor Hollister les explicó que aquel Carnaval se celebraba todos los años durante el fin de semana siguiente al día de Acción de Gracias. De este modo, el acontecimiento atraía a muchos

visitantes de los Estados Unidos.

—Señala la época en que los tramperos salen a los bosques —añadió—. Van en busca de los animales salvajes cuyas pieles utiliza la gente para calentarse.

—¿Cómo el abrigo de piel de mamá? —preguntó Sue.

—Eso es —respondió el padre—. Y en la tierra de donde proceden los perros esquimales, la gente lleva pieles, una buena parte del año.

De repente, Ricky dijo:

—Papá, tú has estado donde viven los abuelos, ¿cómo es?

—Un lugar muy atractivo, hijo. En invierno la nieve es muy espesa. A veces los aludes son tan altos como las casitas y hay que quitar la nieve a paletadas, para poder salir. Es muy difícil para el cartero hacer el reparto de la correspondencia.

—¿Va en un reno, como Santa Claus? —preguntó Sue.

—No. Va en un automóvil especial para las nieves, que lleva esquíes en la parte delantera.

—¡Oooh! Yo quiero verlo —declaró Holly.

—Y viajar en uno de esos coches —añadió Pete.

—¿Hay montones de animales salvajes allí, papá? —quiso saber el pecoso.

—Sí, sí. Hay ciervos, osos y lobos. Claro que el oso duerme todo el invierno, pero los otros animales, no.

Pete preguntó si había perros esquimales y su padre le repuso que no había ningún animal salvaje en las cercanías de Campamento de Nieve.

—Pero he oído decir que algunas personas tienen estos perros como animales domésticos —explicó el señor Hollister.

De pronto Holly interrumpió aquella conversación, diciendo:

—Papá, no falta mucho para el día de Acción de Gracias y tendremos vacaciones en la escuela. ¿No podríamos ir al Carnaval de los Tramperos?

El señor Hollister sonrió, al responder:

—No tendréis bastante tiempo. El Campamento de Nieve está lejos de aquí.

Pero, al ver la expresión de desencanto en las caras de sus hijos, el señor Hollister procuró suavizar las cosas.

—Claro que se puede pensar en ello —añadió. Y en seguida movió de un lado a otro la cabeza—. Bien pensado, hay un gran inconveniente.

—¿Qué es? —preguntaron los niños, a coro.

—He tenido, recientemente, carta de la abuela. Todas las casitas están alquiladas para la semana de Acción de Gracias, debido al Carnaval de los Tramperos.

—Estoy segura de que a los abuelitos no les importará que les visitemos —dijo Pam—. Papá, ¿me dejas que les escriba, preguntándoselo?

—No nos perjudicará preguntárselo —sonrió el señor Hollister —. Siempre puede haber la cancelación de alguna reserva.

UN NUEVO CLUB



Mientras los otros niños ayudaban a la madre a fregar los platos, Pam se sentó para escribir una carta que enviaría a Froston.

Cuando los platos estuvieron limpios y la cocina barrida, Pam ya tenía la carta terminada y el sobre escrito con la pulcritud habitual en la niña.

—Yo llevaré la carta al buzón —se ofreció Holly.

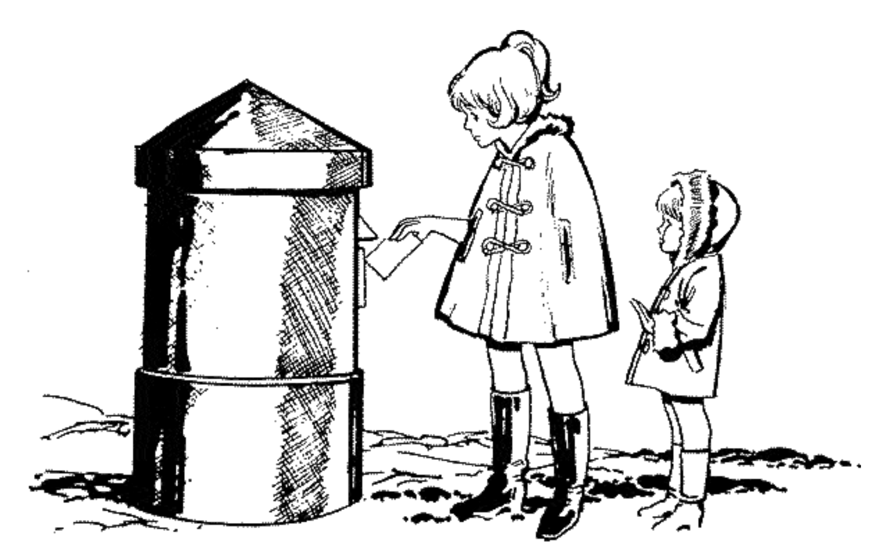
—Yo te ayudo —dijo, inmediatamente, Sue.

Las dos pequeñas se pusieron sus gruesos chaquetones y corrieron calle abajo para echar en el buzón la carta de tanta importancia. Los árboles que bordeaban la acera estaban casi totalmente desprovistos de hojas y la hierba tenía un color marrón. Pero el Lago de los Pinos, en la parte posterior de la bonita y gran casa de los Hollister, estaba tan bello y atractivo como en verano. Las aguas estaban límpidas y los pinos de la orilla tenían el mismo verdor de siempre.

Mientras echaba la carta en el buzón, Holly dijo:

—Deseo, deseo, señor cartero con coche para la nieve, que nos mandes una buena contestación en seguida.

—Eso, eso —concordó Sue.



Cuando las niñas volvieron a casa, en el patio encontraron a Ricky bajo el álamo de la orilla del lago. El niño sostenía una bolsa de papel que parecía muy pesada.

—¿Qué llevas ahí, Ricky? —preguntó Holly, acercándose a husmear en el interior de la bolsa.

—Nieve —repuso el pecoso.

—¡Qué va a ser nieve! —dijo Holly, arrugando la naricita—. Es harina.

Con una risa traviesa, Ricky repuso:

—Pero parece nieve. Os voy a enseñar el principio de un gran juego. Imagínate que estamos en Froston, en el Carnaval de los Tramperos.

Empezó a salpicar harina por tierra, anunciando:

—Estamos bajo una tormenta de nieve.

—¡Yo seré el viento del norte! —se ofreció Sue, llenando de aire sus carrillos y soplando, luego, con fuerza.

—Voy a hacer unas raquetas para andar en la nieve —explicó Ricky, después de cubrir el suelo con harina—. ¿Queréis ayudarme?

—Sí, sí. ¿Qué tenemos que hacer? —preguntó Holly.

—¿Me traes un ovillo de cordel?

Holly corrió a la casa y regresó en seguida con el cordel para su hermano. En el suelo, a su alrededor, había muchas ramitas caídas del álamo. Ricky eligió dos y las dobló, dándoles la forma de

raquetas. Luego entregó una a Holly, diciendo:

—Tú recubre una de las raquetas, mientras yo hago la otra.

Sue estuvo observando cómo sus dos hermanos entrelazaban el cordel alrededor de la rama doblada y, finalmente, ataban los extremos.

—Parecen raquetas de tenis —dijo, al poco rato, la pequeñita.

—Ya verás cuando empecemos el juego —murmuró el pecoso, prometedor.

Cuando las dos extrañas raquetas estuvieron terminadas, Ricky las colocó una junto a otra, en el suelo. Luego, mientras se las ataba a los pies, exclamó:

—¡Ahora, a seguir la pista de los lobo%! ¡Soy un trampero!

En aquel momento, Holly vio a «Zip», retozando entre la hierba del embarcadero. ¡Justamente lo que necesitaban para el juego! Holly llamó al animal, que llegó corriendo, a su lado.

—Ahora tú eres un lobo —le explicó la niña, conduciéndole por el camino cubierto de «nieve»—. Y Ricky te seguirá la pista.

«Zip» levantó la cabeza y aulló débilmente, como si quisiera decir que no comprendía el juego. Pero, cuando Holly le hizo recorrer por segunda vez el trecho enharinado, el inteligente animal pareció empezar a hacerse cargo de la situación.

—¡Ahora yo te persigo! —gritó Ricky, echando a correr sobre la polvorienta nieve.

Sue y Holly prorrumpieron en risillas, viendo a su hermano correr igual que un pato, con los extraños artefactos en los pies.

—Tengo que caminar levantando bien los pies —explicó el pelirrojo—. Así es como lo hacen los buscadores de pieles.

«Zip», participando ya completamente del juego, echó a correr y tardó un rato en dejarse atrapar por Ricky.

—Ahora me toca a mí. Déjame usar los zapatos de nieve —rogó Holly.

Ricky ayudó a su hermana a colocarse las extrañas raquetas. Para entonces «Zip» sabía muy bien cuál era su papel en el juego. Se movió en círculo sobre la harina, unas cuantas veces, y luego echó a correr, dejando blancas huellas de harina en la hierba, con sus pezuñas. Holly le persiguió, riendo y levantando mucho los pies.

—¡Viva! ¡Ya he cazado al lobo malo! —gritó, mientras «Zip» se

revolcaba por tierra, dejándose «apresar» por la niña.

—Yo quiero jugar también —pidió Sue, entusiasmada.

—Claro que sí, guapa.

Mientras Holly le ataba las raquetas a los pies, la pequeñita dijo:

—No quiero andar sólo sobre nieve. Pon un poco de hielo, Ricky.



—Eso es fácil —repuso el pecoso—. Echaremos agua sobre la nieve y en seguida se helará.

Y acercándose al agua, buscó un bote que, a veces usaba para meter lombrices con las que pescar. Con el bote cogió un poco de agua y volvió al trecho «nevado» para salpicarlo de agua.

—Ya está. El mejor hielo artificial de todo Shoreham —dijo rebosando de orgullo.

Sue sonrió, echando a andar sobre la viscosa masa blanca que empezó a pegársele en las raquetas.

—¡Ay! Nunca he visto un hielo tan pringoso —se lamentó, inclinándose para quitar la pasta de sus pies.

Pero al hacerlo… ¡Zas! ¡Pum! Sue resbaló y quedó sentada,

dándose un soberano porrazo.

—¡Sí que la has hecho buena! —gruñó Ricky—. Todo el vestido se te ha llenado de «hielo».

Entre él y Holly ayudaron a la pequeña a levantarse. Todos se esforzaron por quitar la harina del vestido de Sue, pero no consiguieron otra cosa más que llenarse las manos de la pegajosa masa. Hasta que Holly opinó:

—Lo mejor será ir a casa para limpiarlo. Nosotros te acompañaremos.

Estaban los tres a mitad de camino de los escalones, cuando la señora Hollister asomó a la puerta.

—¡Por Dios! —exclamó—. ¿Qué habéis estado haciendo? No vayas a dejarme esas huellas pastosas en la casa, Sue. Espera que traeré una bayeta.

La señora Hollister desapareció unos minutos para volver en seguida con un paño mojado, con el que empezó a quitar la harinosa pasta del vestido y los zapatos de Sue. También dio a Ricky y Holly unas bayetas, pidiendo:

—Limpiaos todos los pies y jugad a otra cosa. ¿Por qué no os entretenéis en recoger las hojas del jardín?

A los pequeños les gustó la idea.

—Haremos un montón con las hojas y saltaremos sobre ellas —propuso Holly.

Ricky fue inmediatamente al garaje a buscar dos rastrillos con las púas en forma de abanico, y otro de juguete para Sue. Pronto estuvieron los tres muy atareados, rastrillando las resecas hojas, de color marrón o rojizo. En pocos minutos tuvieron una gran pila en el centro del patio.

—¡Preparados para los saltos! —dijo Ricky, colocando a sus hermanas en fila, ante el montón de hojas.

Primero echó a correr Sue, que saltó entre las hojas, dando grititos de contento. Cuando se levantó tenía hojarasca adherida al cabello y a la nariz. Luego le correspondió a Holly y después a Ricky, que rodó sobre las hojas, varias veces, diseminándolas.

—Tengo otra idea —dijo Holly—. Puedo ponerme debajo y vosotros me tapáis con las hojas.

En cuanto ella se tumbó en el suelo, Ricky y Sue cogieron

brazadas de hojas y las dejaron caer sobre su hermana, hasta que no pudo verse a Holly por ningún resquicio. Estaba Ricky echando más hojas, como medida de precaución, cuando Dave Meade, el amigo de Pete, entró en el patio, montando en bicicleta.

—Hola. ¿Dónde está Pete? —preguntó, mientras avanzaba en línea recta hacia la pila de hojarasca.

Ricky pensó que el otro se detendría a tiempo, pero Dave gritó, alegremente:

—¡Voy a atravesar vuestro montón de hojas!

Ricky y Sue quedaron tan asustados que, en el primer momento, no pudieron pronunciar una palabra. Pero al fin el pecoso logró gritar:

—¡Para, Dave! Holly está ahí debajo.

Dave apretó los frenos. La rueda trasera se inmovilizó y la bicicleta patinó hacia un lado, a unos centímetros de la cabeza de Holly. Al oír el rechinar de los frenos, ella asomó la carita y, no dándose cuenta del peligro, saludó afablemente:

—Hola, Dave. Si quieres ver a Pete, está en casa.

—¡Vaya! —fue todo lo que pudo decir el ciclista, muy feliz de no haber hecho daño a la niña.

—¿Acaso los chicos vais a formar un equipo de fútbol? —preguntó Ricky, con la esperanza de que le invitasen a ser uno de los jugadores.

—No —contestó Dave, que ya estaba dejando la bicicleta apoyada en un árbol—. Pero he venido a daros algunas noticias.

Pete y Pam salían entonces de la casa y corrieron a unirse a los demás.

—¿A que no adivináis una cosa? —dijo Dave—. He oído que se va a formar un nuevo club en el colegio.

—¿De verdad? ¿Qué clase de club? —preguntó Pam.

—No lo sé. Dicen que el señor Russell nos lo explicará todo el limes.

El señor Rusell era el director de la escuela Lincoln, donde los Hollister estaban matriculados, desde hacía meses. A los niños les agradaban sus nuevos profesores, y en especial la señorita Nelson, que daba clase a Pam. Los Hollister eran buenos amigos de sus compañeros de clase, menos de Joey Brill, el camorrista de la

vecindad. Este chico, muy mal educado, siempre estaba buscando complicaciones.

Todos se sintieron entusiasmados pensando en el nuevo club.

—Estoy deseando que llegue el lunes —confesó Pam—. Espero que sea un club donde yo también pueda entrar.

Estuvieron haciendo mil suposiciones sobre la clase de club que podría ser, hasta que todos entraron en casa, para ver por televisión un partido de fútbol. Pero la idea del nuevo club era lo que más inquietos les tenía.



Cuando llegó el lunes, Pete, Pam, Ricky y Holly salieron veloces hacia el colegio. Al llegar encontraron a otros niños que hablaban de un club misterioso. Pero nadie sabía con certeza de qué se trataba.

—Ya no tendremos que esperar mucho para saberlo —dijo Pam, nerviosísima, mientras sonaba el timbre de entrada.

Cuando todos los estudiantes estuvieron en fila y entonaron el «Bandera Estrellada», el director Russell les dijo que se sentasen. Dio varias noticias antes de mencionar el club y todos empezaron a

sentirse desilusionados. Pero, por fin, notificó:

—La señorita Nelson va a formar un club de aficionados a los animales. Todo él que quiera puede inscribirse.

Los niños palmotearon con entusiasmo. Cuando concluyeron, el señor Rusell añadió:

—Celebro que os guste la idea. Muchos niños que tienen animales domésticos, desean aprender más sobre las costumbres de los animales, de modo que será una buena oportunidad para estudiarlos. El club se organizará en el aula de la señorita Nelson, esta tarde, después de las clases.

Los Hollister estuvieron esperando, ansiosamente, que sonase el timbre de salida. En cuanto sonó, Pete, Ricky y Holly corrieron a reunirse con Pam en la clase de la señorita Nelson. Cuando la maestra se puso en pie para hablar, la sala estaba llena de niños. La señorita Nelson, una mujer baja, de cabello negro y afable sonrisa, contó a los presentes:

—¡Veinticinco miembros para el club! ¡Esto es magnífico!

Luego dijo que el club de animales sostendría reuniones una vez a la semana. Primero se elegirían los directivos y luego se haría un programa.

—¡Yo seré el presidente! —informó una voz, desde el fondo de la clase.

Los niños se volvieron para ver quién había hablado.

—¡Vaya! ¡Es Joey Brill! —se lamentó Ricky, mirando al alto y robusto muchacho de doce años.

—¿Alguien vota por Joey? —preguntó la señorita Nelson.

Un chico sentado junto a Joey, votó por éste, sonriendo. Y otro tanto hizo una niña que se llamaba Alma.

—Joey debió de planear esto de antemano —dijo Dave a Pete, en un susurro. Y en seguida levantó una mano, anunciando—: Yo voto por Pam Hollister. Le gustan los animales y entiende mucho sobre ellos.

—También yo voto por Pam —dijo Ann Hunter, la mejor amiga de Pam.

—¡Una chica no puede ser presidente! —gritó Joey, hecho un fiera.

La señorita Nelson golpeó la mesa, pidiendo silencio.

—Claro que una chica puede ser presidente —dijo, con calma—. ¿Hay alguien que vote por otra persona?

Como nadie repuso, la señorita Nelson entregó a cada uno un papel en blanco, y explicó:

—Haremos una elección secreta. Que cada uno escriba el nombre de quien elija, doble el papel y se lo entregue a Donna Martin.

Se produjo un zumbido de cuchicheos cuando casi todos los niños empezaron a hacer comentarios. Pero, en el fondo de la clase, los amigos de Joey hablaban a voces, como queriendo convencer a los demás de que debían votar por el camorrista. Todos entregaron las papeletas a Donna, una de las amigas de Holly, que tenía grandes ojos castaños y hoyuelos en las mejillas.

—Haz el favor de leer las votaciones, Donna —pidió la profesora.

Los niños escuchaban, llenos de inquietud. Al final, cada candidato se encontró con doce votos. ¡Sólo quedaba una papeleta por abrir!

Donna miró a la señorita Nelson, con cara de preocupación.

—Este voto decidirá quién va a ser el presidente —dijo, tartamudeando.

PAM, PRESIDENTE



Todo el mundo, en el Club de los Animales, permaneció en silencio mientras Donna abría la última papeleta. Iba a ponerse en claro si Joey Brill o Pam Hollister había de ser el presidente del club.

Al desdoblar el pedacito de papel, Donna separó los labios en una alegre sonrisa y puso el papel con los votos de Pam. Se oyeron gritos de regocijo de unos y protestas de otros.

—¡Felicidades, Pam! —dijo Pete, muy contento.

Joey Brill se puso en pie y avanzó por la estancia, indignado.

—¡Si el presidente va a ser una chica, yo no me apunto en el club! —anunció.

Holly no pudo contener una risilla y murmuró:

—¡Qué suerte tendremos!

—Además, ¿qué sabe Pam Hollister sobre animales? —insistió el chicazo.

—¡Sabe mucho! —afirmó Ricky, saliendo en defensa de su hermana—. Nosotros tenemos un perro, una gata y cinco mininos, y todos quieren mucho a Pam.

La señorita Nelson cogió la regla y golpeó la mesa, pidiendo

silencio.

—Pam Hollister ha sido elegida presidente del Club de Animales —dijo—. Joey, nos gustaría que te quedases. ¿Qué te parece si te nombramos secretario?

—No —replicó él, enfurecido—. Ése es trabajo de chicas.

—No es cierto, Joey —dijo la señorita Nelson—. Hay muchos grandes hombres trabajando como secretarios en el Gobierno de los Estados Unidos.

Joey volvió a su asiento y ya no dijo nada más.

—Yo propongo a Dave Meade para secretario —dijo el chico de ocho años Jeff Hunter.

—¡De acuerdo! —añadió Holly, inmediatamente.

Joey Brill y sus amigos estaban tan enfadados por no haber ganado la elección del presidente, que no citaron a nadie como secretario y Dave ganó con facilidad. La señorita Nelson dio a Dave un cuaderno para que escribiese un informe sobre la reunión. Luego, la profesora explicó lo que cada miembro del club debería hacer.

—Cada uno seleccionará un animal, para estudiarlo.

—¡Yo quiero estudiar los caballos! —hizo saber Donna Martin.

—Y yo a los hámsteres —dijo Dave.

Holly y Ricky estuvieron unos momentos cuchicheando hasta que el pelirrojo levantó una mano.

—¿Mi hermana y yo podríamos estudiar los mapaches, señorita Nelson? —preguntó.

—Claro que podéis —repuso la profesora, que miró, luego, al fondo de la estancia, para preguntar—: A ti ¿qué animal te gustaría estudiar, Joey?

—Yo estudiaré los mapaches —replicó el chico, ceñudo.

—Si te interesaban los mapaches, debiste decirlo antes. Ahora debes elegir otro animal, Joey. ¿Cuál prefieres?

—Un asno —dijo el travieso Ricky.

Varios niños rieron y Joey se puso rojo como un pimiento morrón.

—¡Me vengaré de ti por lo que has dicho, Ricky Hollister! —vociferó el chicazo.

—No hay nada malo en estudiar a los asnos —declaró la señorita

Nelson, intentando poner paz, aunque su paciencia estaba llegando al límite.

—¡Ese crío no puede llamarme asno y quedarse tan tranquilo! —masculló el camorrista.

—Ricky no te ha llamado tal cosa —replicó la profesora—. ¡Y si no sabes comportarte, puedes irte, Joey!

Mientras los demás contenían risillas divertidas, Joey comprendió que no debía seguir contestando a la maestra. De modo que se marchó a su sitio, sin dejar de dirigir a los Hollister miradas malignas.

Ahora fue Pete quien propuso el estudio de otro animal.

—A Pam y a mí nos gustaría estudiar los perros esquimales, señorita Nelson —dijo—. Hemos visto el Carnaval de los Tramperos, en la televisión.

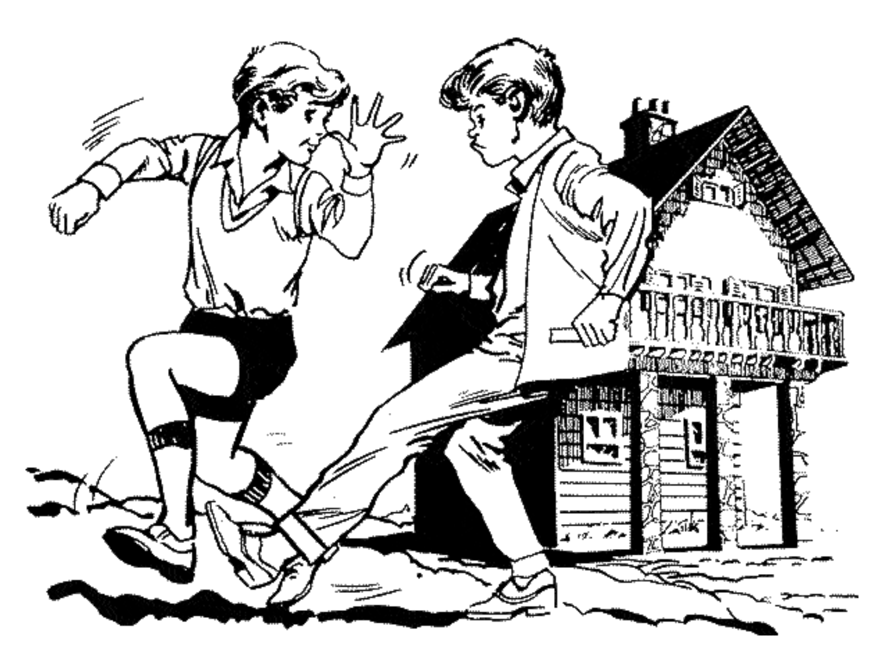
Al oír aquello, el rostro de la señorita Nelson se puso muy triste. La maestra volvió la cara hacia la ventana, con la mirada perdida en la lejanía. Pete y Pam se miraron, muy extrañados. ¿Habría dicho Pete algo inoportuno?

—¿Po… podemos estudiar los perros esquimales? —repitió.

—Pues… Sí, sí. Me parece muy bien —contestó la maestra, apresurándose a cambiar de expresión.

Luego, añadió que los perros esquimales eran animales magníficos y que los Hollister se entretendrían mucho estudiando sus características. Uno a uno los demás niños fueron eligiendo otros animales. Joey Brill, el último en levantar la mano, pidió ocuparse de los osos polares.

Por fin concluyó la reunión. Cuando los miembros del Club de Animales salían de la clase, Joey intentó hacer la zancadilla a Ricky, pero el pecoso saltó ágilmente sobre el pie del malintencionado chicazo y nada ocurrió.



A la mañana siguiente, cuando los alumnos de la señorita Nelson se reunieron en la clase, quedaron muy sorprendidos al no encontrar allí a la profesora.

—¿Será que está enferma? —dijo Pam, hablando con Ann Hunter.

Apenas había terminado de decir aquello cuando se abrió la puerta y el director entró en la clase.

—Acababan de informarme de que la señorita Nelson está enferma —dijo el señor Rusell—. He estado telefoneando para conseguir una maestra sustituía, pero no hay ninguna libre. De modo que tendré que llevarles a ustedes a otra clase.

Pam se levantó del asiento y se acercó al director para decirle:

—Señor Rusell, mi madre trabajaba como maestra de escuela. A lo mejor ella puede ayudarnos.

El señor Rusell se mostró complacido con la noticia.

—Magnífico, magnífico —repuso—. La telefonearé inmediatamente.

—Lo que ocurre es que tenemos una hermana pequeña. Sue sólo tiene cuatro años y mi madre no puede dejarla con nadie.

El señor Rusell sonrió al decir:

—Llevaremos a Sue al parvulario.

Luego, el director pidió a Pam que vigilase la clase hasta que él volviera, y salió del aula. Diez minutos más tarde reaparecía el director.

—Tu madre está dispuesta a venir para ayudarnos —dijo, sonriendo—. Entre tanto, quiero que todos estudiéis algo. Coged los libros de aritmética.

Los alumnos obedecieron, pero dos minutos después de que el señor Russell hubiera salido, un chico llamado Will Wilson, que había votado por Joey Brill, se puso en pie. En el silencio de la clase se oyó al chico decir, burlón:

—¡La vigilante es un cachorro de maestra! ¡Jo, jo! ¡Es la presidente del Club de Animales!

Otros dos amigos de Joey se echaron a reír. Pam Hollister estaba indignada y Ann Hunter también. Ann se levantó para acercarse al pupitre de Will. Pam se asustó. No quería que su amiga tuviese complicaciones por culpa suya.

—Ann, ten la bondad de sentarte —pidió la joven vigilante de la clase—. Y tú, Will, será mejor que estés callado o el señor Russell nos hará quedar castigados, después de la hora de salida.

—A mí ¿qué me importa? —rezongó Will.

Sin embargo, quedó silencioso. Tenía que ocuparse de entregar unos periódicos y no deseaba que se le hiciera tarde. Ann se sentó.

Poco después, la señora Hollister aparecía en la puerta.

—Hola, mamá —saludó Pam, poniéndose en pie—. ¿Has dejado a Sue en el parvulario?

La señora Hollister contestó que sí. Pam presentó a su madre a los demás alumnos y todos se pusieron de pie y le dieron los buenos días.

Cuando todos volvieron a ocupar sus asientos, los niños quedaron extraordinariamente silenciosos. A todos les agradó la señora Hollister, y hasta los más nerviosos se esforzaron por estar atentos.

Después del período de aritmética, la nueva maestra preguntó cuántos de los niños habían visto el Carnaval de los Tramperos en la televisión. Mientras varios niños levantaban la mano, Pam recordó a la señorita Nelson y la triste expresión de su rostro cuando Pete mencionó los perros esquimales.

La clase se dedicó entonces a hablar de los magníficos animales que tantas vidas habían salvado en los países nórdicos, llevando alimentos y medicinas a las gentes perdidas en los ventisqueros.

—Los perros esquimales pueden soportar fríos muy intensos —explicó la señora Hollister—. Y son capaces de pasar largos períodos de tiempo con muy poca cantidad de alimento; sólo un poco de pescado en salazón, acompañado de un poco de nieve como bebida. Un grupo de estos perros podría arrastrar un trineo con cientos de kilos a lo largo de cuarenta y más millas por día.

—¡Vaya! —exclamaron algunos chicos.

La nueva maestra se ocupó, entonces, de la lectura para aquel día. Estaban los alumnos buscando los libros, cuando llamaron bruscamente a la puerta.

—¡Adelante! —dijo la señora Hollister.

Pero no entró nadie. Entonces se levantó y fue a la puerta. Al abrirla se encontró con dos hombres que esperaban allí. Uno era alto y ancho; el otro bajo y delgado. Los dos tenían un aspecto tosco y desagradable.

—¿Desean algo de mí? —preguntó la señora Hollister.

—Sí, señorita Nelson. Tenemos que hacerle algunas preguntas —dijo el hombre bajo, con voz gruñona—. ¡Salga aquí!

—Pero si yo no soy la señorita Nelson… —les dijo la señora Hollister—. Ella está enferma y yo he venido a sustituirla.

Los dos hombres se miraron el uno al otro.

—Muy bien —dijo el más alto y fuerte, con voz profunda y antipática—. ¡Volveremos!

Los dos dieron media vuelta y se alejaron por el pasillo, sin decir ni una palabra más. Pam quedó preocupada. Aquellos hombres, que por lo visto no conocían a la señorita Nelson, ¿qué podían querer de ella?

¡La señorita Nelson estaba resultando más misteriosa cada vez!

Después de leer una de las lecciones, la señora Hollister propuso:

—¿Os parece que hablemos sobre deportes de invierno?

—¡Sí, sí! —exclamaron los alumnos, y una niña llamada Carol dijo que tenía un tío que era un estupendo esquiador. Podía dar saltos muy grandes y nunca fallaba.

—¡Bah! ¡Eso no es nada! —masculló Will Wilson—. ¡Mi primo

Randy ganó una carrera de trineos en el Valle del Sol!

—¡Qué emocionante, Will! —dijo la señora Hollister—. ¿Quieres hablarnos de ello?

—Es que… no hay mucho que contar —tartamudeó Will—. Mi primo ganó. Eso es todo. Él era el conductor. ¡Y tuvo que correr mucho! ¡Lo menos cincuenta millas! Uno de los trineos cayó a la cuneta. El trineo de mi primo, que era el número 56 B, pasó silbando delante de todos y ganó. ¡Fue estupendo!

—¿Tienes alguna fotografía que puedas enseñarnos? —preguntó la señora Hollister.

—Pues… No… No. Lo leí en el periódico —repuso Will, torpemente.

—¡Claro que lo leyó! —exclamó un muchachito que se llamaba Don Wells—. Venía en las «Historietas emocionantes» del mes pasado. En las Aventuras de Randy Wilson.

—¿A qué te refieres, Don? —preguntó la señora Hollister.

—¡Apuesto algo a que ha leído esa historia en la revista!

Los niños contuvieron exclamaciones de asombro y se volvieron a mirar a Will. La señora Hollister preguntó:

—¿Es eso cierto, Will?

Pero en ese momento todos oyeron risitas y rumor de pisadas en el pasillo. Al cabo de un instante la puerta se abría de par en par y en la clase entró Sue Hollister. Llevaba la cara llena de tizones rojos y negros, como la pintura de un indio.



—¡Mamita! —gritó la pequeña, corriendo junto a la señora Hollister—. ¡Soy un indio y me he escapado del campamento!

Los demás se echaron a reír.

—Sue, ¿de dónde has sacado esas pinturas? —preguntó la madre.

—Estábamos pintando con los dedos —respondió Sue—. ¿Te «aquerdas» de cuando vimos los indios del Oeste? Ellos se pintaban la cara con los dedos, ¿verdad?

Esto hizo que los alumnos rieran aún con más ganas y un niño travieso preguntó a Sue:

—¿Sabrías bailar como un indio?

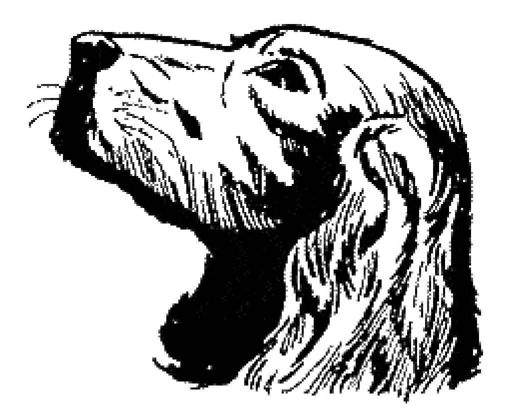
Antes de que la señora Hollister tuviera ocasión de impedírselo,

Sue se llevó una mano a la boca, exhaló un grito guerrero y empezó a bailar en círculo.

—¡Sue, basta! —pidió la señora Hollister—. Me temo que todo el colegio va a oírte y pasaremos un mal rato.

Sonaron, entonces, pisadas en el pasillo, y los niños dejaron de reír y quedaron preocupados. Si era el señor Russell, podía ocurrir que dijera a la señora Hollister que se marchase inmediatamente. Y ellos no deseaban que sucediese tal cosa.

BROMAS Y EMOCIÓN



Por fin, aunque demasiado tarde, Sue se calmó y miró con los ojos muy abiertos a su madre. Sabía que debía haberse quedado en el parvulario y no acudir al aula donde la señora Hollister sustituía a una maestra.

—Me portaré bien, mamita —prometió—. ¡Palabra de indio bueno!

Todos escucharon atentamente, mientras los pasos se aproximaban a la puerta. ¡Alguien debía haberse quejado de las risas que acababa de despertar la grotesca apariencia de Sue!

Cuando, al fin, la puerta se abrió, todos dejaron escapar un suspiro de alivio. Acaba de entrar la señorita Rankin, la maestra del parvulario. Era una mujer joven, de cabello negro y cara redonda y sonriente.

—¿De modo que estás aquí? —dijo, mirando a Sue—. Ya me imaginé que vendrías a buscar a tu madre.

—Lo siento mucho —se disculpó la pequeña, muy seria.

La señorita Rankin sacó unas servilletas de papel para limpiar la cara de Sue.

—Lamento que mi hija haya causado todo este desorden,

señorita Rankin —dijo la señora Hollister.

—No ha sido nada —repuso la maestra del parvulario, amablemente—. Sue nos ha estado hablando de los indios que conoció mientras buscaban ustedes el tesoro de las turquesas. Sue quiere parecerse a ellos.

La señorita Rankin se acercó a la pequeña, pero aún no había tenido tiempo de limpiarle la cara, cuando Sue se escabulló por uno de los pasillos y fue a colocarse junto a Pam, ocultándose bajo un pupitre, para que la maestra no pudiera verla.

—No puedes esconderte aquí, Sue —le dijo su hermana, rodeándole los hombros con un brazo.

—Sal de ahí, hijita —pidió la señora Hollister.

Sue salió de debajo del pupitre para encaminarse al fondo de la clase. Ya se la llevaba la señorita Rankin, cuando la pequeña se volvió para saludar con la mano a todos los alumnos, al tiempo que decía:

—Tenemos un burro del Oeste que se llama «Domingo». ¡Cualquier día lo traeré a la escuela!

Cuando todos los niños cesaron de reír, la señora Hollister siguió dando clase. Durante diez minutos los alumnos prestaron absoluta atención al ejercicio de deletrear. Pero estaba Will Wilson deletreando la palabra «proyecto», para que todos aprendiesen bien su ortografía, cuando la puerta, que no estaba bien cerrada, se abrió de golpe. Todos volvieron a reír de buena gana, viendo a un perrazo lanudo entrar en el aula.

—¡«Zip»! —exclamó Pam.

Era el hermoso perro pastor de los Hollister que avanzó veloz por el pasillo hasta su joven ama para lamerle una mano.

—¿Cómo has entrado en la escuela, «Zip»? —preguntó Pam, dando palmadas cariñosas al animal—. ¿Acaso estaba abierta la puerta del conserje?

El perro levantó la testuz y dio un ladrido.

—«Zip» es como el corderito de María —dijo Ann Hunter, recordando un cuento.

La señora Hollister miró el reloj.

—Bien. Pronto será la hora del recreo —dijo. Y añadió que «Zip» podía quedarse en la clase hasta que sonase el timbre del asueto.

Entonces se marcharía a casa.

—¡«Zip», ven y túmbate aquí! —ordenó.

El obediente animal se acercó y fue a tumbarse junto a la tarima de la maestra. Cerró un ojo, pero conservó el otro abierto, y no cesaba de observar a la maestra sustituta. Era indudable que no podía comprender por qué la señora Hollister estaba allí. La manera de comportarse del animal hizo sonreír a la nueva maestra, que dijo divertida:

—No falta más que el señor Hollister, y ya estaría toda la familia en la escuela.

—Aún faltarían «Morro Blanco» y sus gatitos —rió Pam.

En ese momento, entró Joey como una exhalación, empuñando un grueso palo en su mano derecha.

—¿Dónde está el perro? —gritó—. ¡Ah, estás ahí! Ven en seguida. ¡Sal de nuestra escuela!

Mientras Joey corría hacia él, «Zip» se deslizó detrás de Pam. Joey levantó el garrote, dispuesto a golpear a «Zip», pero Pam intervino y forcejeó con el camorrista.

—¡No te atrevas a pegarle! —gritó la niña—. Es cruel pegar a los animales.

—Tu perro no tiene derecho a estar en nuestra escuela y voy a echarle —declaró el chico—. El señor Russell me lo ha mandado.

—No le echarás con un palo —declaró la señora Hollister, indignada, siguiendo a Joey y asiéndole por un brazo—. Si el señor Russell quiere que «Zip» salga, nosotras nos encargaremos de sacarle del edificio. Pam, haz el favor de llevarte a «Zip» fuera y decirle que se vaya a casa.

—Sí, mamá —dijo la niña, y levantándose de su asiento, se encaminó a la puerta—. ¡Vámonos, «Zip»!

La niña condujo al perro por el pasillo hasta la puerta de la fachada del colegio. Joey les siguió, amenazador, pero ya no intentó pegar a «Zip».

—Ahora vete a casa, «Zip», y quédate allí hasta que volvamos.

El perro miró a su ama. Luego cruzó el patio de la escuela y Pam volvió a la clase. Cuando pasaba junto al asiento de Ann Hunter, ésta le dijo en voz bajita:

—Nunca lo había pasado tan bien con una maestra sustituta.

Espero que tu madre esté mucho tiempo con nosotros.

Pam sonrió. A ella le parecía que su madre era muy buena maestra, pero también sabía que no iría muchos días a aquella escuela. ¿Cuándo regresaría la señorita Nelson?

Y aquellos hombres tan bruscos ¿tendrían algo que ver con que la maestra se hubiera puesto tan triste cuando se mencionó los perros esquimales?

La señora Hollister continuó con la lección hasta que sonó el timbre del recreo. Pam, después de ponerse la chaqueta, se acercó a oprimir afectuosamente la mano de su madre y salió al patio.



Los chicos y chicas mayores habían cogido una pelota blanda y un bastón del gimnasio y se disponían a dividirse en dos bandos, para iniciar una partida.

—Yo seré el capitán de uno de los equipos —hizo saber Joey Brill, que se había rodeado de algunos amigos.

—Tú, Pete, serás el otro capitán —propuso Dave Meade.

—¡Sí, sí! —corearon varios compañeros.

—De acuerdo —dijo Pete—. Te reto, Joey.

Los dos capitanes seleccionaron a los chicos y chicas, hasta que

tuvieron nueve para cada equipo.

—Mi equipo empieza el juego —dijo, inmediatamente, Joey.

—Echémoslo a suertes —propuso Pete.

Cuando Joey, a regañadientes, aceptó, Pete cogió un bastón y se lo arrojó a Joey. Éste lo cogió con una mano por la base. Pete puso su mano sobre el bastón junto a la de Joey, luego Joey puso su otra mano más arriba. Así continuaron hasta que no quedó sitio más que para que Pete pusiera la punta de los dedos.

—Tres veces alrededor de la cabeza, sin dejarlo caer y nosotros empezaremos el juego —dijo Pam.

Pete hizo girar con cuidado el bastón sobre su cabeza, una, dos veces. ¡Estuvo a punto de caérsele de los dedos! Pero lo hizo girar tres veces.

Sus compañeros gritaron, aprobadoramente, y ya nada pudo hacer el antipático Joey Brill. Todos los niños que formaban el equipo de Pete empezaron el partido.

En medio de muchos gritos y silbidos, primero un bando, luego el otro, fueron golpeando la pelota por el campo de juego. Antes de que concluyesen los quince minutos de recreo, el equipo de Pete ganaba por siete juegos a seis.

—Vamos. Ahora les venceremos —dijo Joey, mientras su equipo se preparaba para el último juego.

Uno de los compañeros de Joey hizo un tanto. Ahora le tocó el turno a Joey. Pero se disponía a golpear la pelota, cuando sonó el timbre. Ya todos corrían hacia las aulas, mientras Joey decía, desgañitándose:

—¡Esperad a que tire yo una vez!

Pero los jugadores no le hicieron caso. Joey estaba tan indignado que arrojó el bastón al suelo y se alejó, rezongando:

—¡Yo os ajustaré las cuentas a todos los Hollister! —gritó, citando Pete se dirigía al gimnasio para devolver el equipo de béisbol.

Pete no le hizo caso. Estaba acostumbrado a las amenazas de Joey. Sin embargo, unos momentos después, cuando iba hacia su clase, oyó que alguien decía:

—¡Ricky Hollister va a saber lo que es bueno por esto!

Y al acercarse al grupo reunido en el pasillo, vio que salía un

fuerte chorro de agua de una de las fuentes en que los alumnos solían beber. El suelo estaba lleno de agua.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Pete, intentando cerrar el grifo, sin conseguirlo.

—La fuente se ha atascado —dijo alguien.

Pete se inclinó a examinar el grifo y exclamó:

—Alguien ha metido una cerilla de madera en la boca del grifo. Hay que llamar al bedel en seguida, para que traiga un cubo.

Dave Meade, que estaba cerca, corrió a avisar, mientras Pete sacaba una navajilla del bolsillo. Con ella estuvo hurgando en la cerilla y mojándose, sin poder evitarlo. Cuando consiguió extraer el último trocito de madera, Pete pudo cerrar el grifo.

—¿Quién ha hecho esto? —preguntó el mayor de los Hollister.

—Yo sé quién lo ha hecho —dijo una niña que estaba cerca—. Ha sido Ricky Hollister.

Pete se volvió a mirar. La niña era Alma Brown.

—¿Mi hermano ha hecho esto? —preguntó Pete, sin poder creerlo.

—Sí —contestó Alma.

Ya llegaba por el pasillo el señor Logan, el bedel, con un cubo y una bayeta. El señor Russell iba tras él.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó el director, mientras el bedel empezaba a recoger el agua.

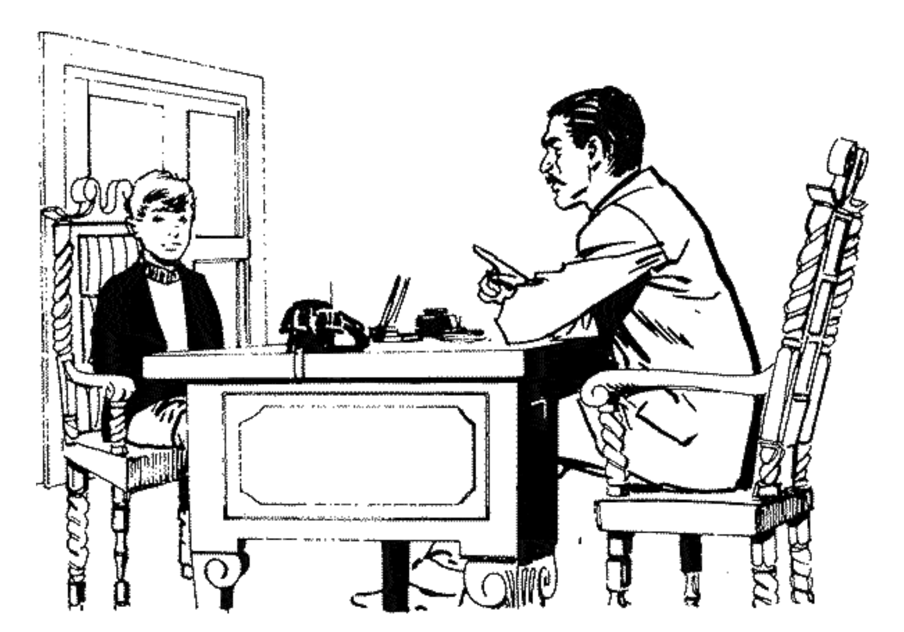
—Ricky Hollister metió una cerilla en el grifo de la fuente —se apresuró a decir Alma Brown.

—¿Sabes algo de esto? —preguntó el señor Russell, mirando severamente a Pete.

—No, señor.

Entre tanto Ricky, después del partido de béisbol, había vuelto a la clase y estaba en su asiento cuando sonó el teléfono en la mesa de la maestra. Ella descolgó y muy pronto estaba respondiendo:

—Sí, sí. Está aquí. ¿Le necesita ahora mismo? Muy bien, señor Russell. —Volviéndose a Ricky, la maestra dijo—: Preséntate en la oficina del director inmediatamente.



Ricky no sabía para qué podía llamarle. Tal vez el señor Russell quería mandarle a un recado. Salió a toda prisa de la clase y, en cuanto llegó al despacho del director, éste le dijo:

—Ricky, siéntate ahí.

El pecoso obedeció, mirando al director, que estaba muy serio.

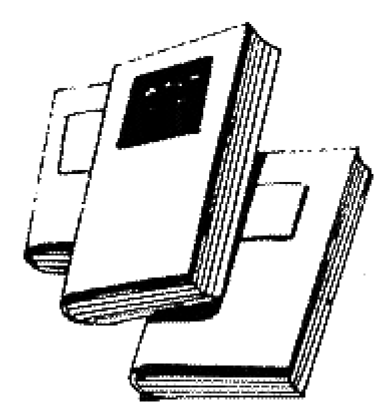
—Estoy sorprendido y desilusionado contigo, Ricky —dijo el señor Russell—. Nunca creí que cometieras travesuras que pudieran perjudicar al colegio.

Mientras miraba al director, Ricky empezó a sentirse preocupado. ¿De qué estaba hablando el señor Russell?

—No sé lo que quiere usted decir —murmuró el pelirrojo, mientras los ojos se le iban llenando de lágrimas.

—Creo que vas a entender muy pronto. Alma Brown te ha visto poner la cerilla en el grifo. El agua ha inundado el pasillo. Si no llegamos a verlo a tiempo, habríamos podido tener un serio disgusto. ¡Habrá que castigarte por esto!

LUCHANDO CON UN CAMORRISTA



A Ricky le temblaba el labio inferior, mientras miraba fijamente al director del colegio.

—Señor Russell, yo no lo he hecho. Ni siquiera he estado cerca de la fuente hoy.

El director descolgó el teléfono y llamó a la maestra de Ricky, para preguntarle si el niño había salido de la clase alguna otra vez, aparte de la hora del recreo.

—No, señor Russell.

Luego preguntó si Ricky había vuelto directamente desde el patio, al terminar el recreo.

—Sí, señor.

El director colgó y miró a Ricky.

—No comprendo en qué momento has podido estropear el grifo. Espérate un momento que llamaré a Alma.

El señor Russell telefoneó a la maestra de Alma y esta última se presentó al poco en la oficina. Cuando la niña entró, el señor Russell le señaló una silla junto a la de Ricky. El director le dijo que debía haberse equivocado al acusar al chiquillo de la pequeña inundación.

Alma parecía muy nerviosa y no cesaba de retorcer el dobladillo de su vestido, mientras miraba al suelo, fijamente.

—Pues… Puede que no fuese Ricky. Pero debió de ser alguien que se parecía a él.

—¿Por qué te inventaste esa historia, Alma? —preguntó con severidad el señor Russell.

Alma se echó a llorar, y murmuró:

—Joey Brill dijo que había sido Ricky. ¡Pero creo que lo hizo el mismo Joey!

El señor Russell dijo a la niña que no era justo culpar a un inocente. Luego la envió a su clase. Después que Alma se marchó, el señor Russell dijo a Ricky qué lamentaba lo ocurrido y el pequeño volvió a su aula muy tranquilizado. Un poco más tarde Pete se dio cuenta de que llamaban a Joey a la oficina del director. Al regresar, Joey parecía enfurruñado. Además tuvo que quedarse en la escuela una hora más, después de sonar el timbre de salida. Por el camino a casa, Pete explicó a Pam lo que había ocurrido.

—Le está muy bien empleado a Joey por querer que Alma metiese en apuros a Ricky —declaró Pam.

Ella y Pete confiaban en que Joey se portase bien con ellos, después de aquel incidente, al menos durante un tiempo. Pam quedó muy sorprendida cuando, a las cuatro y media, vio al chico entrar en su jardín, donde ella estaba jugando con «Zip». El chico tenía una expresión maligna y triunfal y se acercó a Pam, sonriendo.

—Acabo de enterarme de que, finalmente, no eres presidente del Club de Animales. ¡El presidente soy yo y puedo probarlo! —dijo.

—¿A qué te refieres? —preguntó Pam con asombro—. Se contaron las papeletas y yo gané, por un voto.

—Las papeletas no estaban bien contadas —masculló Joey—. Tu amiga Donna no sabe sumar.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó, inmediatamente, Pam—. ¿Has abierto el cajón de la señorita Nelson y has vuelto a contarlas?

Joey se puso más encarnado que una amapola.

—No. Claro que no. Lo que he hecho ha sido preguntar a cada uno de los que votaron. ¡Yo saqué, por lo menos, quince votos!

Pam quedó atónita. Posiblemente Donna se había equivocado.

¡Qué apuro!

—Yo dirigiré la primera reunión —anunció Joey, antes de marcharse, muy erguido.

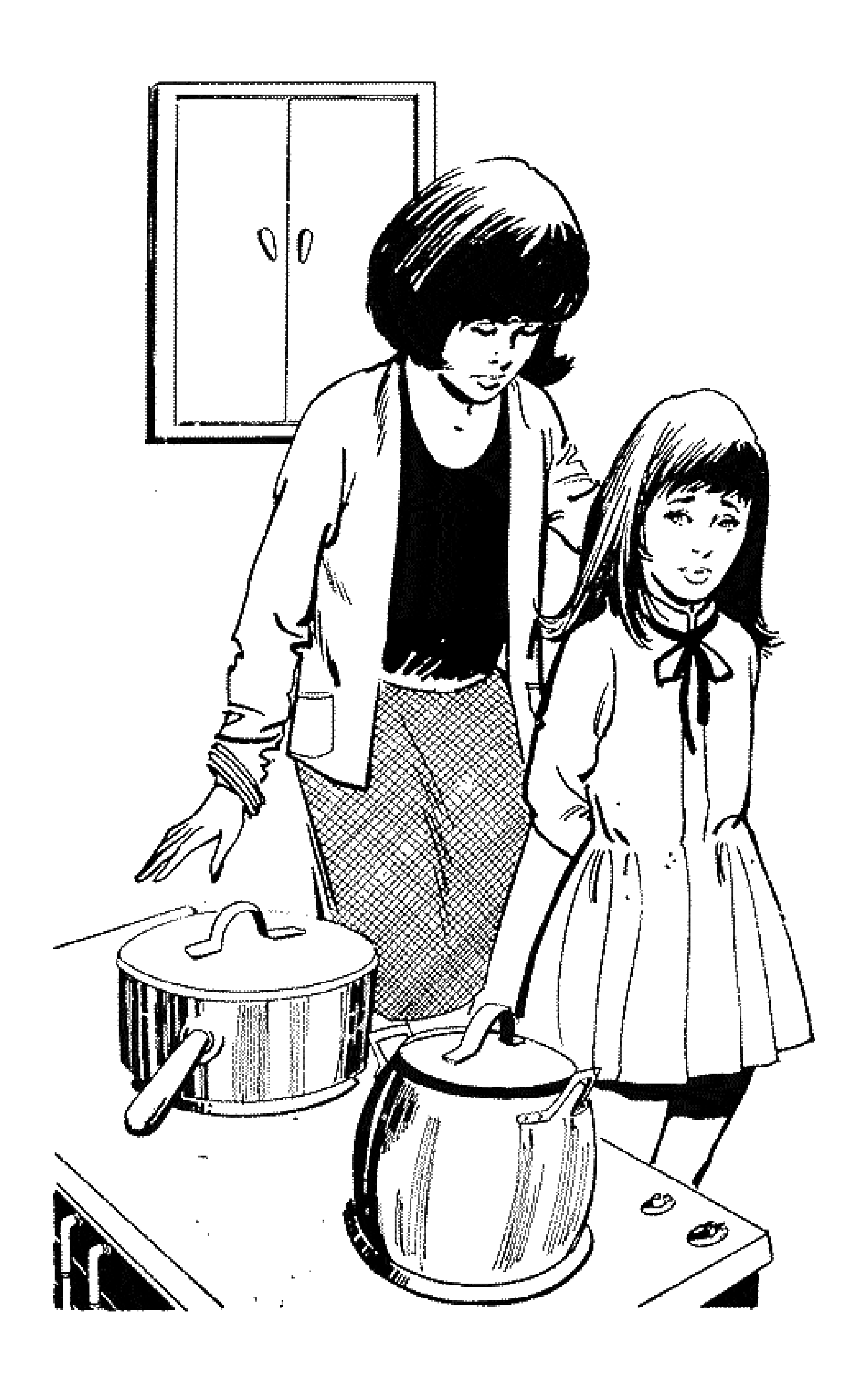
¡Pobre Pam! Tenía muchísimas ganas de llorar, pero procuró contenerse y, entrando en la casa, corrió al teléfono para marcar el número de la señorita Nelson. Oyó sonar el timbre varias veces, pero nadie contestó.

«¡Qué lástima!», pensó la niña.

Pero en seguida se tranquilizó. Si la señorita Nelson no estaba en casa debía ser porque se encontraba mejor y seguramente iría a la clase al día siguiente. Pam decidió que al día siguiente estaría en el colegio muy temprano, para hablar con la profesora.

Después de colgar, Pam fue a la cocina, donde su madre estaba preparando la cena. Cuando la señora Hollister supo la noticia rodeó con un brazo los hombros de su hija.

—No te preocupes, hija, si no eres la presidente —dijo—. Si se cometió un error y, realmente, fue Joey el elegido, él se merece ese puesto.



—Ya lo sé, mamá —dijo Pam, tristemente—. Pero no comprendo cómo Donna ha podido equivocarse así.

Mientras preparaba la mesa, Pam seguía preocupada. En la sala, los más pequeños estaban viendo la televisión. Ante un gran mapa, el locutor estaba dando noticias del tiempo. Hubo un momento en que señaló el bajo Canadá para decir que la temperatura estaba disminuyendo mucho en aquella zona.

—Allí es donde están los abuelitos —dijo Ricky—. De modo que cuando vayamos tendremos que ponernos ropas de abrigo.

—¡Escucha! —dijo Holly.

—Se espera una ola de frío en la región dentro de una semana. Los residentes en Shoreham y sus proximidades deben prepararse a soportar nieves y temperaturas extremadamente bajas.

En la pantalla proyectaron el dibujo de un hombre cubierto de carámbanos y los niños se echaron a reír.

—¡Brrrr! —hizo Holly, encogiendo los hombros y apretando los brazos contra su cuerpo, como si estuviera tiritando.

—Soy una niña carámbano —hizo saber Sue.

—¡Cuidado! ¡No vayas a derretirte junto al radiador! —bromeó el pecoso.

Pam no prestaba mucha atención ni al estado del tiempo, ni a las bromas de sus hermanos. Seguía preocupada con la noticia sobre el Club de Animales. Al día siguiente ella fue la primera en levantarse, la primera en acabar el desayuno y la primera en marchar al colegio.

—Veo que estás rebosando energías hoy —comentó la señora Hollister, mientras su hija mayor se despedía de ella con un beso.

—No es eso, mamá. Lo que pasa es que quiero averiguar si Joey no está equivocado en eso de la elección.

Pam llegó ante la escuela antes de que hubieran abierto las puertas y, en cuanto el señor Logan dejó entrar a los que esperaban, Pam corrió a su clase. La señorita Nelson todavía no estaba allí y Pam fue a su asiento, preguntándose si sería preciso volver a llamar a su madre, como sustituta. Pero un momento antes de que sonase el timbre se presentó la maestra y Pam se alegró de ver que parecía estar otra vez completamente normal. Sin embargo, no tuvo tiempo de hablarle antes de que empezara la clase.

Pam aguardó, pacientemente, hasta la hora del recreo. Y entonces, cuando estaba a punto de hablar con la profesora, Joey Brill entró a toda prisa en el aula.

—¡Señorita Nelson! ¡Señorita Nelson! —llamó el chico, muy nervioso. Y a continuación habló en voz bajita.

La maestra abrió su cajón y sacó dos pilas de papelitos.

¡Eran los votos para su Club de Animales!

Pam no pudo soportar más aquella incertidumbre y se acercó a la maestra.

—Señorita Nelson, Joey dice que yo no soy presidente del Club. ¿Es eso cierto?

En ese momento, Joey cogió una, de las pilas de papeles.

—Éstos llevan mi nombre —dijo el chico—. Míralos y cuéntalos tú misma, Pam.

Con manos temblorosas, Pam cogió el montoncito, miró el nombre anotado en cada papel y los fue contando. ¡Quince votos para Joey Brill! Eso quería decir que Pam había tenido sólo diez, y no trece votos.

—¡Ja, ja! Ya te lo dije —rió Joey, mientras volvía a dejar los papeles en el cajón y salía de la clase.

A Pam se le llenaron los ojos de lágrimas. Mordiéndose los labios, volvió a su asiento y hundió la cabeza entre los brazos. La señorita Nelson se acercó a ella y le apoyó una mano en un hombro.

—No te preocupes, mujer. Todos cometemos equivocaciones. Puedes estar casi segura de que Donna se disgustará aún más que tú.

Pam sabía que eso era cierto, pero estaba tan triste que ni siquiera quiso salir al recreo. A la hora de la comida apenas pudo tomar un bocado, a pesar de que su familia hizo lo que pudo por alegrarla. Pronto se corrió la voz por toda la escuela de que Donna había contado mal los votos y que Joey Brill era el presidente del Club de Animales.

—No sabes cómo lo siento —dijo Donna cuando se encontró a Pam diez minutos antes de que empezaran las clases de la tarde.

Pam se dio cuenta de que la otra niña había estado llorando.

Entonces Pete se unió a ellas, diciendo:

—Creo que no ha sido más que un truco de Joey. Yo estaba muy

cerca cuando Donna contaba los votos. Estoy seguro de que ganaste tú, Pam. ¿Volvió a contar los votos la señorita Nelson?

Pam no creía que los hubiera contado, pero ¿qué falta hacía? No había más que veinticinco papeletas.

Pam y Donna marcharon cada una a su clase, pero Pete corrió al patio de la escuela para jugar unos minutos, antes de que empezasen las clases de la tarde. El primero con quien se encontró fue a Joey Brill.



—¡Ja, ja, tu hermana quiso que Donna hiciera trampa con los votos! —dijo Joey, ofensivo—. Pero Pam no ganó la elección.

Pete se sintió furioso.

—¡Rectifica ahora mismo! —exigió—. Si hubo una equivocación al contar no fue porque Pam sea una tramposa.

—Sí, lo es. Lo es. Y tiene malas intenciones —insistió el chicazo.

Pete apretó los puños.

—¡Rectifica! ¡Di que no es cierto eso!

—No quiero.

Sin poder contenerse, Pete dio un puñetazo a Joey en la nariz. El otro, más robusto que Pete, se tambaleó de espalda, pero en seguida recobró el equilibrio y se abalanzó hacia Pete con los dos puños

cerrados. Por unos momentos se formó un amasijo de brazos y piernas.

Luego, los dos cayeron a tierra, aferrados el uno al otro. Primero fue Pete quien quedó encima; después Joey se movió y pudo quedar en posición ventajosa.

Otros niños que estaban en el patio, incluido Ricky, rodearon a los dos que luchaban. La chaqueta de Peté estaba rasgada y Joey tenía roto un puño de la camisa. Los dos tenían el cabello revuelto y la cara sucia.

—¡Rectifica! ¡Rec… tifica! —exigió Pete, jadeando.

—¡No quiero! —mascullo el otro, consiguiendo, al fin, ponerse en pie.

Aunque Pete no era tan robusto como su rival, sí era más rápido. Con un ágil movimiento se lanzó de cabeza contra Joey y lanzó al camorrista a tierra. Luego, se sentó sobre el chico, atenazándole los brazos con sus piernas de manera que Joey no podía moverse.

—¿Has tenido bastante? —preguntó Pete, mirando al rostro de Joey.

Éste lanzó un gemido y movió la cabeza, diciendo que sí.

—¿Retiras lo que has dicho de Pam?

—Sí, sí…

—Entonces di que no es una tramposa.

—Está bien. No es una tramposa —murmuró Joey.

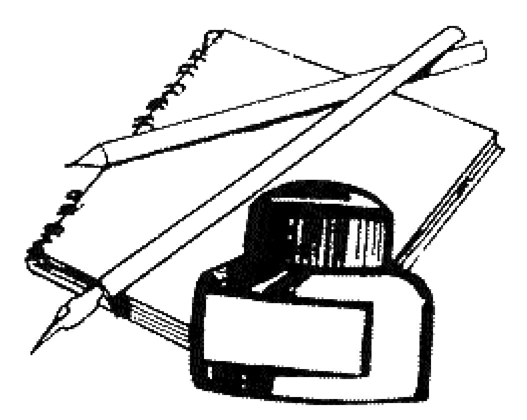
En ese momento, tres chicos mayores salieron del edificio del colegio y se abrieron paso a codazos entre el círculo de pequeños espectadores. Pete les reconoció inmediatamente como amigos de Joey. Éste también les vio y pidió, a gritos:

—¡Chicos, ayudadme!

Los tres corrieron hacia Pete que, a toda prisa, dejó a Joey para hacer frente a los otros.

¡Mientras los demás se abalanzaban sobre Pete, Joey le golpeó por la espalda!

UNA MALA JUGARRETA



—¡Basta! ¡Basta! —gritó Ricky, viendo que entre Joey y sus tres amigos estaban machacando a Pete.

Cuando el pecoso corrió en ayuda de su hermano, otros niños le imitaron, ayudándole a salvar a Pete. Al ver su inferioridad en número, los cuatro chicazos se alejaron corriendo, pero Joey aún se volvió para gritar:

—¡Supongo que esto te habrá servido de lección, Pete!

—¿Quiénes eran esos chicazos que iban con Joey? —preguntó Ricky, mientras Pete se levantaba del suelo, sacudiéndose la ropa.

—No sé sus nombres.

De repente Pete hizo chasquear los dedos. ¡Tres chicos! ¡Tres votos! ¿No se habría valido de aquellos tres amigos para escribir su nombre en tres papeletas en blanco y dejarlas en la mesa de la señorita Nelson? Pete decidió averiguarlo.

Sin hablar de ello con su familia, comentó con Dave Meade lo que sospechaba, al salir de la escuela.

—Joey dijo que había preguntado a todos los que votaron. ¿Por qué no hacemos tú y yo lo mismo?

—De acuerdo —repuso Dave—. Y confío en que Joey no sea el

presidente.

Los dos amigos fueron a buscar sus bicicletas y acudieron a la casa de cada uno de los compañeros que suponían habían votado por Pam. Todos habían votado por ella. Media hora más tarde, los dos amigos habían terminado el recorrido.

¡Pam tenía trece votos!

—¡Ella es el presidente! —exclamó Dave—. Vamos a buscar a Joey y le daremos una lección por esto.

También Pete habría querido ir a escarmentar al chico, pero creyó que primero debía hablarse con la señorita Nelson. De todos modos, había que decírselo en seguida a Pam.

¡Qué emoción sintió ella al enterarse de la buena noticia! Pero insistió en que había que estar completamente seguros y guardar el secreto hasta que la señorita hubiera contado los votos.

A la mañana siguiente, Pam y los dos chicos fueron temprano al colegio. La señorita Nelson estaba corrigiendo cuadernos.

—Buenos días —saludó.

Los recién llegados le dieron, también, los buenos días, y Pam le explicó luego, lo que los dos chicos habían averiguado.

La maestra quedó muy sorprendida y preguntó, incrédula:

—¿Queréis decir que puede haber tres votos de más?

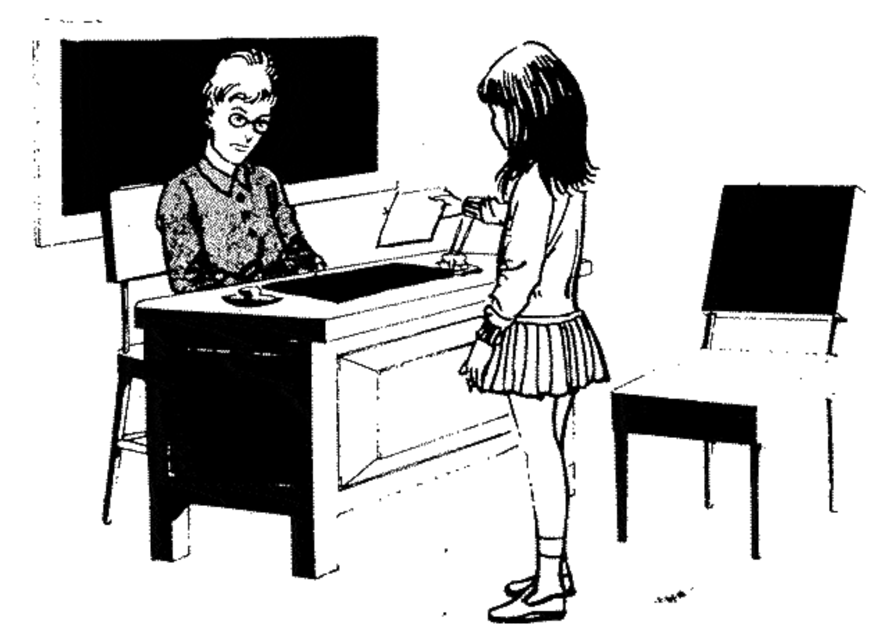
—Sí. Para Joey.

Apresurándose a abrir el cajón, la maestra contó los votos. ¡Quince para Joey y trece para Pam!

—Pero esto suman veintiocho y yo recuerdo que sólo eran veinticinco los que se inscribieron en el Club —murmuró, perpleja, la señorita Nelson.

—Yo creo que los amigos de Joey escribieron el nombre de él en tres papeletas en blanco y luego Joey las metió en él cajón —dijo Pete, mientras miraba atentamente los papeles—. ¿Ve usted? Estos tres no son exactamente iguales a los otros.

—Creo que esta prueba es suficiente —dijo la señorita Nelson—. Gracias por avisarme. Pam, se te había hecho una gran injusticia. Yo me ocuparé de que todo quede en claro esta mañana. Sólo quiero pediros una cosa. Dejad que sean los directivos de la escuela quienes castiguen a Joey. No queráis vengaros vosotros.



Inmediatamente salió del aula y al volver, un poco más tarde, cuando ya todos los alumnos estaban reunidos, la señorita Nelson anunció que Pam era la presidente del Club de Animales. En una reunión general, el señor Russell hizo la misma declaración y todos los amigos de Pam sonrieron a la niña.

—Los miembros del Club —añadió— quedan invitados a venir a la biblioteca del colegio, hoy, después de la clase, para estudiar sobre sus animales preferidos. La señorita Allen, nuestra bibliotecaria, les ayudará.

Pete, Pam, Ricky y Holly se reunieron en la biblioteca al terminar sus clases. Todo estaba silencioso. La señorita Allen, una mujer de rostro bondadoso y cabello gris, había colocado varios libros de animales sobre una mesa larga del centro de la habitación. Ricky y Holly eligieron un gran libro con muchas ilustraciones de mapaches. Pete y Pam buscaron uno sobre perros esquimales.

—Pete —murmuró Pam, al cabo de un rato—, ¿sabías que hubiese tantas clases de perros en el Ártico?

—Y todos tienen gruesa piel y patas fuertes. ¡Vaya! Aquí dice que sus ojos parecen de lobo.

—Oh, entonces no pueden ser muy mansos —dijo Pam, que sin embargo, al poco rato leía—: Los perros de trineo son muy mansos

y fieles.

Pam estaba tan interesada en la lectura que no se fijó en una niña que entraba, sigilosa, en la biblioteca y se aproximaba a ella. Cuando una manecita tocó la suya, Pam se volvió a mirar, asombrada.

—¡Sue! ¿Qué estás haciendo aquí?

En la carita rosada de Sue se formaron dos hoyuelos cuando la pequeña sonrió y dijo:

—Me gusta la escuela. Mamá dijo que yo podría volver. ¿Puedo quedarme contigo?

—Muy bien —repuso Pam, sonriendo a su hermanita.

—Escuchad esto —dijo Pete—. Se cree que los perros esquimales proceden de Siberia y que fueron traídos a este continente hace dos mil años.

—¿Cómo puede haber perros de dos mil años? —preguntó Sue, a grandes voces.

Pam y Pete sonrieron y la hermana mayor dijo:

—¡Chist, Sue! Aquí debes hablar bajo o tendremos que irnos a casa.

A la hora de la cena todos hablaron sobre los perros esquimales que Pete y Pam estaban estudiando.

—Yo también he estado en la biblioteca —informó Sue, con un hililllo de voz.

—¿Dónde dices que has estado? —preguntó el padre—. Habla más alto, que casi no te oigo.

—Papaíto —dijo Sue, todavía hablando en murmullos—, cuando se habla de la biblioteca hay que decirlo todo en voz bajita.

Todos rieron. Luego, Ricky preguntó si los abuelitos Hollister tenían algún perro esquimal.

—No —dijo el padre—, pero algunos de sus vecinos sí tienen. Constituye un gran honor poseer un grupo de perros ganadores en un Carnaval de Tramperos. La Policía Montada del Canadá cría algunos cachorros de estos perros de Alaska.

—¿Para que arrastren los trineos de la Policía? —preguntó Holly.

—Exacto. La Policía Montada necesita los perros más veloces de todo el Canadá.

En ese momento sonó el timbre.

—Yo abriré —se ofreció Pete, que un momento después anunciaba—. ¡Es una carta urgente de Froston!

Y al entrar corriendo en el comedor, dijo:

—Va dirigida a Pam. Ábrela tú.

Los Hollister aguardaron, sin aliento, a escuchar las noticias de los abuelitos. Pam abrió el sobre y sacó la carta, diciendo:

—Es de la abuela. Y dice:

«El abuelo y yo estuvimos muy contentos al tener noticias vuestras y saber que os divertisteis viendo el Carnaval de los Tramperos por televisión. Nos encantaría que vinierais a visitamos en el fin de semana de la fiesta de Acción de Gracias. Por suerte, las personas que habían alquilado nuestro apartamento más grande han cancelado la reserva. De modo que podéis contar con ese apartamento.».

—¡Viva, viva! —gritó Holly, entusiasmada, empezando a dar saltos en su asiento.

—Aún no he terminado la carta —dijo Pam. Y continuó leyendo:

«Que os traigan vuestros padres en el día que prefieran de la semana de Acción de Gracias. Nos divertiremos mucho juntos.

»Con todo el cariño del abuelo y mío».

—¡Zambomba! Estoy deseando que llegue el día de marcharnos —exclamó Pete.

—¡Canastos! —gritó Ricky—. ¡Ahora podremos ver la carrera de trineos!

—Me gustaría que «Fluff» corriera este año —dijo Pam.

—Hemos sido muy afortunados en eso de que haya sitio libre en el campo Copo de Nieve —sonrió la madre.

A los niños les resultó difícil dormirse, pensando en el estupendo viaje que tenían por delante. Pero, al fin, todos fueron conciliando el sueño. A la mañana siguiente Pam habló a la señorita Nelson de la invitación de sus abuelos.

—¡Espléndido! —dijo la maestra, con entusiasmo.

—Ahora podré ver perros esquimales de verdad.

Al oír estas palabras de Pam, la señorita Nelson dejó de sonreír, y en su voz sonó una nota de tristeza cuando dijo:

—Ésa es, desde luego, la mejor manera de estudiar los perros

esquimales.

—Señorita Nelson, ¿no le gustan a usted los perros esquimales?

—Pues claro que sí, hijita —repuso la maestra—. Es que…

Sin acabar aquella frase, la señorita Nelson añadió, en seguida, en tono más alegre:

—Tengo una sorpresa para ti. Los miembros del Club de Animales han sido invitados a visitar el hospital de animales del doctor Wesley. Es un veterinario. Ya sabes…

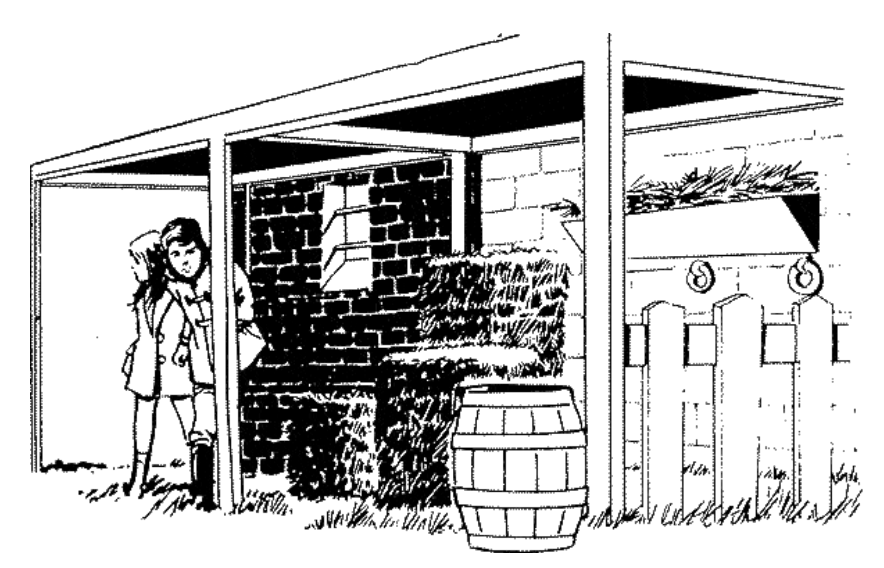
—¡Estupendo! ¿Cuándo podremos ir?

—Esta tarde —contestó la señorita Nelson, que luego pidió a Pam que diese la noticia a los demás miembros del Club—. Nos reuniremos en mi aula, después de la clase.

A la hora acordada casi todos los miembros del Club, incluido Joey Brill se reunieron con los hermanos Hollister delante de la clase de la señorita Nelson. En seguida se pusieron en camino del despacho del doctor Wesley, que estaba cerca del colegio.

¡Qué habitación tan limpia y deslumbrante! Los niños no tardaron en escuchar ladridos de perros y gatos maullantes. Al cabo de un momento entró el doctor Wesley, que era un señor alto, de cabello gris plateado. Fue estrechando la mano a cada uno de los miembros del Club de Animales y les dijo que celebraba que tuvieran deseosos de aprender mucho sobre los animales.

—Os interesará, de manera especial, un perro que tengo aquí —añadió.



Hizo que el grupo de niños le siguiera hasta una puerta del fondo, en el gran patio posterior en el que había una serie de casetas. Los niños se inclinaron para contemplar a los perros en sus pequeñas casas. En una de ellas vieron un Chihuahua, pequeño perro mexicano. Al lado, aparentando ser aún más grande, junto a su minúsculo compañero, un perro danés.

—¿Y dónde está ese perro especial? —preguntó Holly, mirando al doctor Wesley, mientras se retorcía una de las trencitas.

El doctor Wesley señaló una caseta, en el otro extremo del patio, rodeada por una cerca. Los niños corrieron para mirar al interior. Allí estaba uno de los perros más hermosos que los Hollister vieran nunca.

—Un perro esquimal —dijo Pam, admirativa.

—Sí. Y uno de los mejores de su raza. Se llama «Jack» —dijo el doctor Wesley.

Pam observó que «Jack» era de color amarronado y tenía el rabo peludo y enroscado hacia arriba, tal como había leído que era peculiar en los perros de Alaska.

—No parece que esté enfermo —dijo Ricky, extrañado.

—Tienes razón —contestó el doctor Wesley—. Está tan sano como tú.

El veterinario les explicó que a «Jack» le había dejado su amo hospedado allí, mientras estaba ausente, pasando unas vacaciones

de varias semanas.

Entre tanto, Pete ya había calculado que el animal tenía más de sesenta centímetros de alto y se le ocurrió preguntar cuánto pesaba.

—Unos treinta y nueve kilos —contestó el veterinario—. Y todo músculo. Ni un gramo de grasa sobrante.

El doctor Wesley puso a «Jack» una sólida correa y le sacó de la caseta. ¡Qué cariñoso y bonachón fue el perro, mientras todos los niños le acariciaban! Después de que Pete hubo paseado al hermoso animal unas cuantas veces por el patio, el director Wesley llevó a «Jack» a su caseta.

—Espero que los perros esquimales de Froston sean tan hermosos como «Jack» —dijo Pam, que luego habló de la carrera de trineos que ella y sus hermanos verían en la fiesta de Acción de Gracias.

El doctor Wesley contestó que eran muy afortunados. El Carnaval de los Tramperos era una fiesta muy interesante.

—Si hace un día un poco templado y la nieve está viscosa, es conveniente que los perros lleven botas.

—¿Botas? —repitieron todos los niños a un tempo.

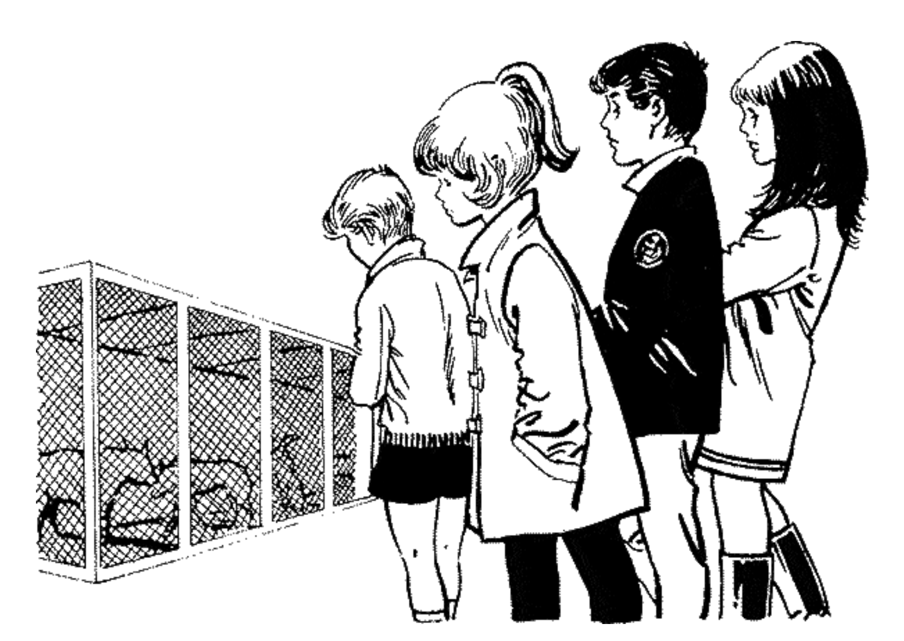
El veterinario les dijo que los perros esquimales llevaban diminutas botas de cuero, cuando la nieve empezaba a derretirse. De lo contrario, los trozos de hielo se les podían incrustar entre las uñas y herirles.

—Esto, a veces, puede ser muy grave —dijo a sus visitantes el doctor Wesley—. Más de un perro ha caído y arrastrado consigo a todo el trineo por esta causa.

Dirigiéndose a Pete, Pam cuchicheó:

—Puede que eso hiciera perder la carrera a «Fluff».

—Doctor Wesley, mi hermano Ricky y yo estamos estudiando los mapaches —dijo Holly.



—Celebro saberlo —repuso el veterinario—. Precisamente estoy tratando un pequeño mapache. Lo encontraron unos niños en el campo, el verano pasado. Os lo mostraré.

El veterinario echó a andar hacia otra jaula y todos los visitantes le siguieron. Todos menos Joey Brill, que se rezagó un poco. Cuando el grupo pasó ante una jaula de gruesos barrotes, el veterinario advirtió:

—No os acerquéis demasiado. Hay un perro peligroso y le indigna que la gente se acerque a él.

En seguida se detuvo ante una jaulita y buscó dentro. De allí sacó el más gracioso mapache que los niños vieran jamás. ¡Qué ojitos tan brillantes! ¡Y qué rabo tan peludo! El doctor Wesley lo dejó en el suelo, diciendo:

—Se llama «Betsy». Es capaz de hacer toda clase de truquitos.

Mientras los niños observaban, embelesados, «Betsy» osciló de uno a otro lado y acabó dando un triple salto mortal.

Todos los miembros de Club de Animales, menos uno, aplaudieron con deleite. Quien faltaba era Joey Brill, que no sentía interés por las gracias del animalillo, y se dirigía a la jaula donde estaba encerrado el perro peligroso. Por casualidad Pete volvió la cabeza y vio a Joey abriendo la portezuela. ¡El perro salió veloz,

gruñendo amenazadoramente, hacia el grupo de niños!

RICKY AL RESCATE



Mientras el peligroso perrazo corría hacia los niños, ladrando furiosamente, «Betsy», el mapache, subió a la copa de un árbol. El doctor Wesley gritó:

—¡Quieto, «Dan»! ¡Quieto! ¡Vuelve a tu caseta!

Pero el indignado perro no le hizo el menor caso. Casi todos los niños habían echado a correr en distintas direcciones, huyendo del animal. Cuando el perro se lanzó a morder los zapatos de una niña pequeña, Pam Hollister, que no se había movido ni un centímetro, dijo al perro con voz calmosa:

—¡Vamos, «Dan», sé un perro bueno!

Y alargó una mano hacia el animal, en actitud amistosa. Ante la sorpresa de todos, el perro dejó de morder los zapatos de la pequeña y se acercó a Pam. Cuando estuvo cerca, ella le acarició la cabeza. Un momento después, «Dan» empezaba a menear la cola.

El doctor Wesley y la señorita Nelson se miraron con incredulidad, y luego contemplaron a Pam con admiración. La niña continuó hablando dulcemente al perro y a los pocos momentos metió los dedos entre el collar de «Dan» y le condujo a su jaula. Cuando el perro estuvo dentro, Pam cerró la puerta y echó el

pestillo.

Pete, Ricky y Holly miraron orgullosamente a su hermana, mientras el doctor Wesley decía:

—Eres una niña muy valiente.

—¿Cómo has podido mantenerte tan calmada? —preguntó la señorita Nelson.

—No me he asustado —repuso Pam, con una sonrisa—. A mí me gustan los animales y creo que ellos se dan cuenta.

—Eso demuestra que has aprendido el secreto de domar animales —observó el veterinario.

A Pam le hicieron feliz aquellas palabras. Uno de sus sueños más hermosos era el imaginar que algún día criaría perros y caballos.

Entre tanto Joey Brill intentaba deslizarse, sigiloso, fuera del patio de casetas para perros. Pero la señorita Nelson le descubrió.

—¡Un momento, Joey! —llamó—. ¿Has dejado tú salir a «Dan»?

Todos los ojos se volvieron hacia el molesto chicazo.

—Es… es que… No lo hice a propósito. Estaba jugueteando con el pestillo y me resbaló la mano.

La señorita Nelson dijo que aquélla era una torpe excusa. Joey debería haber permanecido con el grupo. Muy enfadada, la maestra amenazó con que había de pasar mucho tiempo antes de que Joey fuese con el Club de Animales a alguna visita o excursión. Volviéndose a los otros añadió que ya era hora de marcharse.

—Pero antes debemos rescatar al pequeño mapache —dijo Holly, preocupada por el animalito.

—Tienes razón —dijo el doctor Wesley, mirando al animal que había subido a la rama más alta del árbol.

—¿Cómo vamos a conseguir que baje? —preguntó Donna Martin.



Ricky tuvo una idea.

—Yo treparé a buscarlo y lo bajaré en mis hombros —ofreció el pecosillo.

—Gracias, pero no hará falta tanto —contestó, sonriendo, el doctor Wesley—. En el garaje guardo una escalera para solucionar estos incidentes.

Entre Pete y Ricky ayudaron al veterinario a llevar al patio la gran escalera. El doctor Wesley la colocó al pie del árbol, tiró de una cuerda y a escalera se alargó hasta tener el doble de su altura inicial. Los últimos peldaños llegaban a las ramas más altas, donde se encontraba el mapache que miraba al grupo fijamente.

—Parece que «Betsy» se está riendo de nosotros —dijo Holly, con una risilla.

Ricky, que estaba contemplando la escalera, pidió al veterinario:

—¿Puedo ser yo quien suba la escalera, para recoger a «Betsy»?

El doctor Wesley sonrió ampliamente, contestando:

—Puedes subir.

Ricky trepó por la escalera igual que un mono. Y muy pronto llegó a las ramas más altas. Entonces, afirmando los pies, alargó los brazos y cogió al mapache.

Con mucho cuidado se lo colocó sobre los hombros. Cuando el pelirrojo llegó al suelo, los otros niños aplaudieron alegremente.

Y mientras metía a «Betsy» en su jaula, el doctor Wesley le dijo:

—¡No vuelvas a escaparte otra vez!

Acababa de encerrar al animalito cuando sonó el teléfono exterior. Entrando en la cabina que se encontraba junto a un cobertizo de herramientas, el doctor Wesley cogió el auricular. Los niños escucharon la conversación en silencio.

El veterinario hablaba de perros esquimales. Al parecer, alguien preguntaba dónde podía comprarse un pura sangre. El doctor Wesley repuso que el mejor criador de perros pura sangre esquimales había desaparecido hacía cerca de un año.

En ese momento, Pam se fijó en que la señorita Nelson se apresuraba a separarse del grupo de niños, volvía la cabeza, como si no quisiera que nadie la mirase, y se llevaba un pañuelo a los ojos. Luego entró a toda prisa en la oficina del veterinario.

¿Por qué la señorita Nelson se ponía tan triste, cada vez que se hablaba de perros esquimales?, se preguntó Pam, a quien le habría gustado poder ayudar a la maestra.

El doctor Wesley concluyó la conversación, diciendo:

—Si vuelvo a oír hablar de ese Traver, se lo comunicaré.

Pam, entre tanto, había seguido a la señorita Nelson que se encontraba sentada en una de las grandes butacas, secándose los ojos.

—¿Le… ocurre algo? —preguntó Pam, amablemente.

La maestra sonrió con desgana, pero no contestó directamente a la pregunta. Simplemente dijo:

—Estoy segura de que todo irá bien. Gracias, querida.

Estas palabras no convencieron a Pam. Estaba segura de que ocurría algo. ¿Tendría aquello que ver con la persona llamada Traver, de quien acababa de hablar el doctor Wesley?

Pam salió a hablar de aquello con Pete. Y, cuando todos los miembros del Club de Animales, tras dar las gracias al doctor Wesley, salieron los dos Hollister mayores se rezagaron para poder hablar con el veterinario.

—¿Le importaría decirnos algo sobre ese señor Traver que ha desaparecido? —preguntó Pete.

Al veterinario le sorprendió mucho la pregunta. Pero, sonriendo, respondió:

—El nombre completo de esa persona es Traver Nelson.

¡Traver Nelson! Pete y Pam no podían disimular su nerviosismo.

—¿Es pariente de mi maestra? —inquirió Pam.

El doctor Wesley se frotó la barbilla, pensativo, antes de decir:

—No se me había ocurrido pensarlo, pero lo dudo mucho. Traver Nelson vivía en Canadá. —Mirando a los dos hermanos con extrañeza, el veterinario preguntó—: ¿Es muy importante para vosotros averiguarlo?

Una mirada de Pete indicó a su hermana que era preferible no explicar sus sospechas. Y Pam se apresuró a decir:

—No. Sólo se nos ocurrió pensar por qué habrá desaparecido y si la señorita Nelson lo sabe.

—No puedo contestaros a ninguna de esas dos preguntas.

Después de dar las gracias al veterinario por su información, Pete y Pam se despidieron y salieron del hospital.

—Me apostaría un pastel a que ese Traver Nelson es pariente de tu maestra, Pam —dijo el chico—. ¿Por qué no se lo preguntamos?

Pero Pam no quería que la señorita Nelson volviera a pasar un mal rato.

—Es mejor esperar —dijo—. Además, me gustaría hablar primero con mamá y pedirle consejo.

Pete y Pam alcanzaron pronto a los otros y volvieron a casa con Ricky y Holly. Aquella noche, después de la cena, Pam habló con la señora Hollister de todo lo que habían averiguado. La madre quedó unos momentos pensativa. Luego, dijo amablemente:

—Si la señorita Nelson tiene algún problema en el que podamos serle de utilidad, creo que debemos intentar ayudarla. Podríamos invitarla a comer. Así tendríamos oportunidad de hablar con ella.

A la niña le entusiasmó el plan.

—¿Quieres hacerme una nota de invitación, mamá? Se la daré el lunes.

La señora Hollister se dispuso a hacerlo inmediatamente. De su escritorio cogió una cuartilla y escribió a la señorita Nelson, invitándola a cenar el lunes.

Al día siguiente, que era sábado, los Hollister estuvieron muy ocupados, haciendo diversos trabajos, durante la mañana, y por la tarde vieron en la televisión un partido de fútbol. El domingo todos fueron a la iglesia.

El lunes por la mañana Pam se sentía tan nerviosa, pensando en entregar la nota, que estaba deseando que empezara la clase. Por fin fue a dejar la invitación sobre la mesa de la maestra. La señorita Nelson sonrió, al leerla.

—Muchas gracias por la in… —empezó a decir, pero le interrumpió una voz agresiva que llegaba desde el pasillo, gritando:

—¡Maestra de animales! ¡Maestra de animales!

Pam se volvió y pudo ver que era Joey quien, con aquellas palabras, quería ofenderla. Pero el chico desapareció antes de que la señorita Nelson le viera. La maestra añadió, entonces:

—Es muy amable por parte de tu mamá invitarme a cenar. ¡Aceptaré, encantada!

—Yo me alegro mucho de que acepte —respondió Pam, mientras pensaba: «Espero que podamos ayudarla».

La señorita Nelson escribió una respuesta, prometiendo estar puntualmente a las siete. Aquella tarde, a las siete menos cuarto, Ricky estaba delante del gran espejo del vestíbulo; intentando aplanar un remolino de su pelo rebelde. Pete y las niñas ya estaban limpios y arreglados, esperando con impaciencia la llegada de la señorita Nelson.



Pam acudió a abrir la puerta y entró la profesora. Después que todos hablaron un rato animadamente, la señora Hollister anunció que la cena estaba preparada.

Mientras comían, Pam se sintió complacida, viendo lo contenta que parecía la señorita Nelson. Más adelante se habló del Club de los Animales de la escuela, y los Hollister se enteraron de que la maestra había sido elegida consejera del Club porque entendía mucho de animales. Dijo la señorita Nelson que le gustaban mucho los perros y que su padre se había dedicado a la cría de estos animales.

—¿De alguna raza en particular? —preguntó Pete.

La señorita Nelson quedó pensativa, miró su plato y permaneció un rato silenciosa. Por fin respondió:

—Criábamos perros esquimales.

Los Hollister se dieron cuenta de que lo que la maestra acababa de decir tenía que ver con aquello que la ponía triste con frecuencia. Pam fue la primera en hablar, preguntando:

—Señorita Nelson, ese señor Traver Nelson que ha desaparecido,

¿es pariente de usted?

La profesora quedó asombrada con la pregunta de Pam y su expresión se tornó angustiada. Luego, mirando cara a cara a la mayor de los hermanos Hollister, contestó:

—Traver es mi hermano gemelo.

LA HISTORIA DE LA MAESTRA



Al oír las últimas palabras de la señorita Nelson los Hollister contuvieron una exclamación de asombro. ¡Traver Nelson, el desaparecido criador de perros esquimales, era su hermano gemelo! Entonces, no tenía nada de extraño que ella estuviera muy triste.

—¿Tiene usted idea de dónde está? —preguntó Pam.

Con un suspiro, la señorita Nelson replicó:

—¡Ojalá tuviera alguna idea! —Y después de una pausa, añadió —: Si queréis saberla, os contaré toda la historia.

—¡Sí, sí! Cuéntela —insistió Pam.

Y toda la familia movió afirmativamente la cabeza.

—Hace varios años, mi hermano se trasladó al Canadá para ocuparse de lo que había sido toda la vida nuestra especialidad: la cría de bellos ejemplares de perros esquimales, en especial de los que se dedican a carreras.

Como la maestra hizo una pausa, Ricky la aprovechó para decir:

—Eso está bien.

La maestra sonrió agradablemente y repuso:

—Sí, Ricky. Todo estuvo muy bien hasta el año pasado.

Y siguió contando a los Hollister que el año anterior había

ocurrido algo muy extraño. Traver participó en la carrera de trineos del Carnaval de los Tramperos y perdió porque alguien le hizo una mala jugarreta.

—¿Se refiere usted a la carrera donde «Fluff» era el perro favorito? —quiso saber Pam, que estaba emocionadísima—. Nosotros la vimos por televisión.

—Sí. Y ése era el trineo de mi hermano.

—La pobrecita «Fluff» se hizo mucha pupa —dijo Sue, compasiva.

La señorita Nelson asintió, volviendo a suspirar.

—Sí. La nieve se tornó blanda y mi hermano tuvo que poner botas a «Fluff». Pero, mientras él estaba distraído, alguien se las quitó. Por eso a «Fluff» se le metió nieve entre las uñas, resbaló y perdió la carrera.

Los Hollister se miraron unos a otros, anonadados. ¿Cómo podía haber alguien tan malo, capaz de hacer daño a un animal tan hermoso y bueno como «Fluff»?

—Fue una lástima —añadió la señorita Nelson—. «Fluff» era un perro rey tan magnífico…

—¿Un perro rey? —repitió Pete—. Yo creí que «Fluff» era una señora. Bueno… Una perra.

Estas palabras hicieron que la maestra, a pesar de todas sus preocupaciones, se echara a reír.

—Desde luego, es una perra. Pero al animal que va en cabeza en un grupo de perros esquimales se le suele llamar perro rey o perro jefe.

—Entonces, «Fluff» es una reina-rey —reflexionó Sue, provocando la risa de todos.

—Desde luego, a Traver le dolió mucho perder la carrera —continuó la señorita Nelson—. Pero lo que todavía le molestó más fue que, para impedirle ganar la carrera, hubieran hecho sufrir a «Fluff». Y lo raro es que mi hermano no había tenido en su vida un enemigo.

—¿Qué sucedió luego? —preguntó Pam.

—Pues que Traver y sus perros —murmuró lentamente la maestra, con la cara entristecida— desaparecieron en el bosque. Nadie ha vuelto a verle ni ha sabido de él desde entonces.

—Entonces, ¿se «pirdieron»? —preguntó la vocecita chillona de Sue.

—Me temo que sí.

—¿No podría encontrarle la Policía Montada? —preguntó Ricky, esperanzado, recordando las hazañas de la policía del Canadá.

La señorita Nelson le contestó que los «casacas rojas» del Canadá habían estado buscando a su hermano. Pero aunque encontraron en la nieve muchas huellas que podían ser de Traver, a él no se le localizó en parte alguna.

Holly se acercó a la maestra y, mirándola a los ojos, dijo:

—No se preocupe, señorita Nelson. Puede que su hermano esté entrenando perros esquimales para asegurarse de que este año va a ganar la carrera.

La señorita Nelson se alegró un poco oyendo a Holly.

—Puede que tengas razón, hijita. ¡Si Traver me hubiese mandado aviso diciendo que todo iba bien…!

—Me estaba preguntando —murmuró la señora Hollister— si aquellos dos hombres que fueron a verle a usted al colegio, el día en que yo la sustituí, no tendrían algo que ver con la desaparición de su hermano.

Durante unos momentos la señorita Nelson no respondió. Pero acabó diciendo, pensativa:

—No lo había imaginado, pero podría ser que fuesen los responsables de la desaparición de Traver. Estuvieron en mi casa para preguntarme dónde estaba Traver.

—¿Le dijeron para qué querían saberlo? —preguntó Pam.

—Sí. Dijeron que querían comprar a «Fluff» —fue la asombrosa respuesta de la señorita Nelson.

—¿Comprar a «Fluff»? —repitió Pam.

La maestra asintió, añadiendo que los hombres le habían dicho que deseaban dedicarse a la cría de cachorros esquimales.

—Explicaron que, como «Fluff» se había herido las patas, ya nunca volvería a servir para participar en carreras.

—¡Pero eso no es verdad! —exclamó Pam—. A «Fluff» pueden curársele las patas.

—No lo sé —repuso la señorita Nelson.

Pete hizo chasquear los dedos, diciendo:

—¡Ya sé! ¡Puede que esos hombres fuesen los que quitaron las botas a «Fluff»!

—¡Canastos! —gritó Ricky—. Seguro que lo hicieron ellos, para que «Fluff» se hiriese.

—Y para que, así, su hermano tuviera que venderla barata.

La señorita Nelson quedó un momento reflexionando.

—No había pensado en eso —dijo luego—, pero me inclino a pensar que podéis tener razón.

—¿Cómo se llaman esos hombres? —preguntó el señor Hollister.

—Me dijeron que eran el señor Gates y el señor Stockman —repuso la maestra.

—¿Y viven por aquí? —preguntó Pete.

La señorita Nelson no estaba segura, de modo que Pete fue a buscar el listín telefónico. Pasó el dedo por toda la G y toda la S y no encontró más que una señorita Gates y un señor Paul Stockman.

—Llamaré primero a la señorita Gates —decidió Pete.

Marcó el número y habló a media voz con la mujer que contestó. Ella le dijo que no vivía ningún señor Gates en aquella dirección y que no tenía parientes en Shoreham.

Entonces, Pete telefoneó al señor Stockman que, por su tono de voz, parecía muy viejecito. Este señor Stockman declaró que no era la persona a quien los niños buscaban.

—Bien —dijo el mayor de los Hollister, yendo a sentarse otra vez a la mesa—. Si esos dos hombres viven en la ciudad, no deben de tener teléfono.

Y Pam opinó que sería muy difícil encontrarles sin saber nada de ellos. Pero se le había ocurrido una buena idea.

—Cuando vayamos al Canadá, podremos hacer averiguaciones sobre su hermano, señorita Nelson.

—¡Qué idea tan estupenda! —aplaudió Holly—. De paso podremos jugar a ser de la Policía Montada.

—¡Zambomba! —exclamó Pete, con entusiasmo—. ¡Incluso podremos montar a caballo, como ellos!

Al oír aquello la señorita Nelson pareció alegrarse.

—Tengo entendido que vosotros, los felices Hollister, habéis resuelto algunos misterios antes de ahora. Si encontraseis a mi hermano, mientras estáis en el Canadá, os lo agradeceré toda la

vida.

Mientras el señor y la señora Hollister hablaban de sus planes de vacaciones con la señorita Nelson, Ricky y Holly pidieron permiso para ausentarse y corrieron escaleras arriba: Los demás les oyeron reír alegremente. Mirando a la maestra, la señora Hollister dijo:

—Esos diablillos están tramando algo. Pronto lo sabremos.

Al poco se oyeron pasos en las escaleras y en seguida, Ricky y Holly se presentaron en el comedor. Cada uno de ellos llevaba una chaqueta roja que había formado parte del disfraz de payaso que usaran en la pasada fiesta de la Noche de Difuntos. Se cubrían la cabeza con grandes sombreros de labrador.

—¡Somos la Policía Montada! ¡La Policía Montada! —vociferó Ricky.

Él y Holly recorrieron la estancia fingiendo que cabalgaban, y luego desaparecieron en la cocina.

—¿Qué se les habrá ocurrido ahora? —dijo el padre, con una risilla.

De repente se oyeron mía serie de cuchicheos y algunos maullidos. Y luego, ¡una extraña escena apareció en el umbral!

La gatita «Morro Blanco» y sus cinco hijitos estaban unidos con arneses de cuerda. Todos avanzaron, corriendo, por el comedor, arrastrando una cesta de mimbre. Dentro de la cesta iba sentada Anne, la muñeca de Holly. Detrás de este singular conjunto corrían Ricky y Holly, gritando:

—¡Miss! ¡Miiiss!

Todos rieron de buena gana. Los gatos corrían y corrían por el comedor. Pero, al dar una de las vueltas, lo hicieron tan de prisa que la muñequita pasajera saltó por los aires y fue a parar a la alfombra.

—¡Ayúdame, valiente Policía Montado! —pidió Holly a Ricky—. ¡Salva mi muñeca del ventisquero!



Ricky, el Policía Montado del Canadá, se echó al suelo sobre manos y rodillas, se arrastró por debajo de una silla y sacó a Annie.

—¡Mira, no ha sufrido ninguna herida! —dijo, muy orgulloso, volviendo a colocar la muñeca en el cesto.

Pero ahora la gata y sus mininos estaban completamente enredados en sus pobres arneses. Tropezaban y caían unos sobre otros, maullando y arañando el cordel, en un esfuerzo por quedar libres.

—Hay que libertarles. Deben volver a las montañas —dijo, muy gravemente, Ricky.

Y entre él y Holly desataron a los animales. En un abrir y cerrar de ojos, los seis gatos volvieron a la cocina, y se enroscaron, felices, en su cajón.

—Si en el Canadá se divierten ustedes la mitad de lo que se divierten aquí, van a pasar unos días inolvidables —dijo la señorita Nelson.

Al cabo de un rato la maestra dijo que debía marcharse ya. Después que Pam le hubo llevado el abrigo y el sombrero, la invitada dio repetidamente las gracias a los Hollister por la magnífica velada que había pasado.

—Ha sido un alivio hablar con ustedes de mi hermano. Se han renovado mis esperanzas —añadió.

Toda la familia Hollister prometió a la maestra intentar por todos los medios localizar al señor Nelson, mientras estuvieran en el Canadá. Cuando se acercaban al porche, Pete propuso que Pam y él acompañasen a la maestra a su casa.

—Me encantaría —dijo ella.

Los dos hermanos corrieron a buscar abrigos y gorros y salieron con la señorita Nelson. En seguida estuvieron cerca del apartamento donde vivía la señorita Nelson. Y en aquel momento Pete murmuró:

—En la acera de enfrente, debajo del árbol, hay dos hombres que nos vigilan.

—¡Señorita Nelson, parecen los dos hombres que fueron a buscarla a usted al colegio! —dijo Pam, muy nerviosa.

Mientras pensaban en lo que convendría hacer, los dos hermanos vieron pasar a Cal Newberry, un amable policía que había ayudado a los Hollister en sus primeras aventuras.

—Iré a decírselo —decidió Pete.

—Pam y yo esperaremos en mi casa —dijo la señorita Nelson.



Pete se acercó rápidamente al policía y dijo en voz baja:

—Oficial Cal, hay dos hombres sospechosos en la acera de enfrente. Creo que se llaman Gates y Stockman.

El policía se volvió hacia el lugar que el muchachito indicaba.

¡Ahora no había nadie bajo el árbol!

¡UN VENTISQUERO!



—¿Estás seguro de haber visto a esos dos hombres que te parecieron sospechosos? —preguntó el oficial Cal a Pete.

—Sí, sí —repuso el chico que, a continuación, habló a Cal de todo lo ocurrido.

—Buscaré a esos hombres —prometió el oficial—. ¿Puedes describirlos?

—Sí —repuso Pete—. Uno es alto y robusto. El otro, bajo y delgado. Los dos son toscos y desagradables.

El policía se alejó para intentar encontrar a los dos hombres, y Pete entró en la casa. Cuando Pam y él se hubieron despedido de la señorita Nelson, marcharon a toda prisa a casa, hablando de los hombres misteriosos y de por qué podían querer adquirir a «Fluff».

—Puede que sea una perra más valiosa de lo que los demás piensan —opinó Pam—. Espero que el señor Nelson no venda la perra a esos hombres, si le llegan a encontrar.

—¡Brr! —hizo Pete, subiéndose el cuello del abrigo—. Ahora hace más frío.

—El día de Acción de Gracias llegará antes de lo que pensamos —fue la respuesta de Pam.

—Para mí no llegará demasiado pronto —contestó Pete—. Quiero ir al Campamento de Nieve lo antes posible.

Los días fueron pasando rápidamente y de pronto los Hollister se dieron cuenta de que sólo faltaba una semana para la fiesta de Acción de Gracias. Aquella tarde oscureció antes de lo habitual y el aire se tornó muy frío y cortante.

—¿Por qué no encendemos la chimenea, papá? —propuso Pete, después que la familia hubo cenado.

—De acuerdo —contestó el señor Hollister—. Ocupaos de encenderla Ricky y tú.

—Vamos, Ricky —llamó Pete, saliendo a buscar leña.

Su hermano le siguió y cada uno regresó a la casa con una gran brazada de leña. Pete colocó unas cuantas ramitas en la chimenea y Ricky encendió una pequeña hoguera. Mientras empezaba a chisporrotear, Pete añadió más leña y pronto tuvieron una resplandeciente y cálida hoguera.

Los hermanos Hollister se sentaron con las piernas cruzadas, lo más cerca posible de la chimenea. La madre se instaló a un lado, en una silla, para coser ropa, mientras el señor Hollister, reclinado en su butaca leía el periódico.

—Apaguemos todas las luces —repuso Holly—. Papá, mamá, ¿podemos apagarlas?

El señor y la señora Hollister sonrieron.

—Desde luego —contestó el padre—. Supongo que queréis hacer el juego de las sombras…

Pete se levantó y fue a apagar todas las luces, hasta que en la habitación no quedó más iluminación que el fuego de la chimenea. Y, en las paredes y suelos, aparecieron cómicas sombras de personas y muebles. Algunas sombras se inclinaban y bailaban.

—Mirad mi sombra bailando un zapateado —gritó la pequeñita Sue.

Y, poniéndose en pie, empezó a dar zapatetas. Todos rieron viendo su sombra engordar o estrecharse, según se extendía a lo largo del suelo o verticalmente en la pared.

Por turno, cada uno de los hermanos fue haciendo exhibiciones de sombras en la pared. Pam sabía hacer con las manos cabezas de burros y de conejos. Luego, Ricky se subió a la espalda de Pete y

entre los dos proyectaron la sombra de un caballo y su jinete.

Finalmente, Holly se puso en pie, con las piernas muy separadas, sujetándose las trenzas muy tirantes a ambos lado de la cabeza. ¡Su sombra era igual que si hubiera pertenecido a un espantapájaros!

Después que ella y el señor Hollister hubieron aplaudido el improvisado espectáculo, la madre dijo:

—¿Qué os parece si hacéis caramelos de malvavisco en las brasas?

Holly se apresuró a llevar una gran caja que contenía blanco malvavisco, mientras Pete iba a buscar al cuarto de las herramientas cinco largas palas en forma de tenedor.

Apenas habían tenido tiempo de pronunciar las palabras «paraguas de malvavisco», cuando cinco gruesos caramelos estaban ocupando el extremo de los correspondientes tenedores que los niños sostenían sobre las ascuas. A los pocos minutos, todos los caramelos burbujeaban e iban adquiriendo un apetitoso color marrón. ¡Qué bien olía la sala, invadida por los fragantes aromas de la golosina de malvavisco!

Cuando hubieron comido todos los dulces, Pete recogió los tenedores y salía de la sala cuando volvió la cabeza, anunciando:

—¡Está nevando!

Los demás se acercaron a la ventana. Grandes y blancos copos caían lentamente del cielo.

—¡Qué bien! ¡Ahora podremos pasear en nuestros trineos! —exclamó Holly, con entusiasmo.

—¡Y nos tiraremos bolas de nieve! —añadió Ricky—. ¿A que no sabéis a quién pienso tirárselas yo?

—¿No será a Joey Brill? —bromeó Pam.

—Lo has adivinado —dijo el travieso pecoso.

—Más vale que no busques peleas —advirtió el señor Hollister a su hijo.

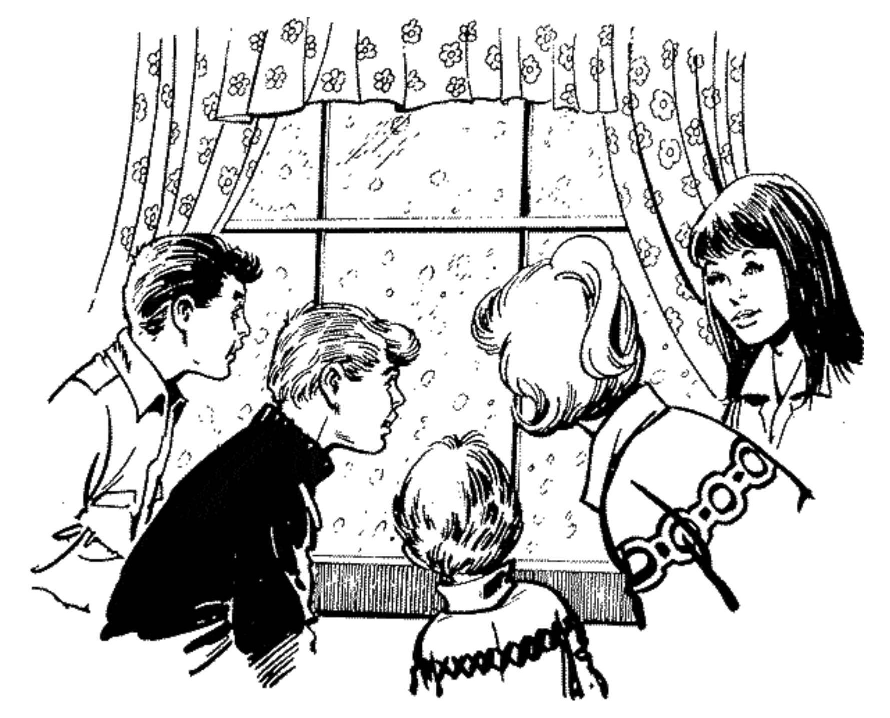
—¡Pero si todo será en broma! —se defendió el pelirrojo—. ¡Quiero hacer un hombre de nieve, le llamaré Joey y le arrancaré la cabeza tirándole bolas!

Los demás Hollister rieron. Seguían los niños mirando por la ventana cuando los copos empezaron a ser cada vez más pequeños y a caer con mucha más rapidez.

—Esto parece el principio de un serio ventisquero —observó el señor Hollister—. Si es así, mañana por la mañana necesitaré ayudantes para apartar la nieve.

Todos se ofrecieron para colaborar y luego, uno a uno, los niños se fueron a la cama.

A la mañana siguiente reinaba un extraño silencio en el exterior. Pete fue el primero en despertarse, saltó en seguida de la cama y miró a través de los cristales. ¡Seguía nevando y la nieve que cubría el suelo tenía más de un metro de espesor!



—¡Despertad todos! —gritó el chico, corriendo al vestíbulo.

Todo el mundo estuvo en pie en seguida. Los niños, muy contentos, se vistieron a toda prisa y buscaron sus botas.

—Vamos. Hay que quitar la nieve a paletadas para que papá pueda sacar la furgoneta por el camino del jardín —recordó Pete a los demás.

El muchachito fue el primero en salir por la puerta trasera. La nieve tenía tanta altura como los escalones del porche. Pete se deslizó por la barandilla y cayó de frente en la blanca y esponjosa

masa.

—¡Hurra! ¡Hurra! Esto es estupendo —exclamó, levantándose para ir al garaje.

—Me gustaría tener raquetas para andar por la nieve —dijo Ricky, yendo tras su hermano.

Cada uno buscó una pala y todos se pusieron al trabajo activamente. Media hora más tarde les llamaba la señora Hollister.

—Venid a desayunar. Y daos prisa porque están dando una información radiofónica sobre las condiciones atmosféricas.

Los niños volvieron al porche trasero, donde sacudieron la nieve de sus pies y se quitaron las botas. En cuanto entraron en la acogedora y caliente cocina oyeron al locutor que decía:

—«La tormenta es tan fuerte que los tendidos telefónicos se han desprendido en muchos lugares de la comarca, por lo que resulta peligroso viajar. Todas las escuelas de Shoreham permanecerán cerradas hasta pasada la fiesta de Acción de Gracias».

—¡Zambomba! ¡No tendremos escuela durante diez días! —exclamó Pete.

Mientras Ricky y Holly empezaban a dar alegres saltitos y gritos de contento, Pam quedó pensativa. De repente, con ojos brillantes, dijo a su madre:

—Mamá, no teniendo escuela, podríamos ir al Campamento de Nieve antes de lo que habíamos pensado.

El padre sonrió, diciendo:

—Muy buena idea. —Y volviéndose a su esposa, explicó—: Mira, Elaine, estando el tráfico y los transportes interrumpidos, no habrá mucho trabajo. Puedo dejar la tienda al cuidado de Tinker. Si te parece, saldremos esta noche, suponiendo que podamos conseguir billetes para el tren.

¡Cuántos gritos de entusiasmo sonaron en aquel momento! Después del desayuno el señor Hollister intentó telefonear, pero no había línea. Por lo tanto decidió ir personalmente a la estación, para ver si había billetes. Complacido al ver que sus hijos ya habían despejado el camino, el padre de los Hollister sacó la furgoneta.

—¿Qué os parece, muchachos, si venís a ayudarme a limpiar la nieve que habrá en la entrada de la tienda? —r preguntó.

Los dos chicos se mostraron encantados. No se cansaban de

admirar el atractivo Centro Comercial. Cuando llegaron, ya Tinker, el hombre alto y de edad que conducía la camioneta de la tienda, estaba quitando la nieve acumulada delante de las puertas.

—¡Hola, Tinker! —saludó Pete, bajando provisto de una pala.

—Buenos días —respondió el hombre—. Conque vienen a ayudarme dos mocetones fornidos, ¿eh? Magnífico. Ésta ha sido la mayor nevada que he visto en muchos años.

Pete y Ricky se colocaron cada uno en un extremo de la acera y empezaron a trabajar con sus palas. Pete notó que de vez en cuando su hermano hacía una pausa de unos momentos. Cuando la acera estuvo limpia, Pete preguntó a su hermano:

—Oye, Ricky, ¿por qué has dejado el trabajo tantas veces?

El pecosillo hizo un guiño y tiró de su hermano, diciendo:

—Ven por aquí.



Detrás de un poste de telégrafos había una gran pila de bolas de

nieve.

—Las he estado haciendo… por si acaso —dijo, con una sonrisa pícamela.

Pete sonrió y él y su hermano entraron en el Centro Comercial. Su padre acababa de regresar de la estación.

—Todo arreglado —contestó el padre, con los ojos chispeantes —. He comprado reservas para las siete de esta tarde.

Ricky exhaló un gran grito de guerra y exclamó luego:

—¡Señores pasajeros para Froston! —En seguida añadió—: Voy a decírselo a los otros.

—Un momento, hijos —dijo el señor Hollister—. Tengo algo para vosotros… Se trata de una pequeña recompensa por la limpieza que habéis hecho.

Y entregó a cada uno de sus hijos un par de raquetas para andar por la nieve.

—¡Canastos! ¡Muchas gracias, papá! —exclamó Ricky, abrazando al señor Hollister, mientras Pete, más serio, le daba unas palmadas en la espalda.

—Aprenderemos en seguida a usarlas —declaró Pete saliendo a toda prisa con su hermano.

En un momento se ajustaron las raquetas y Ricky echó a andar, diciendo:

—Esto es divertidísimo.

—Pero hay que saber usarlas —contestó Pete—. No se te ocurra correr, y levanta bien cada pie.

Habían recorrido los chicos una manzana de casas cuando se encontraron con la señorita Nelson. Los Hollister aprovecharon la ocasión para explicarle que marchaban aquella misma noche al Campamento de Nieve.

—¡Qué emocionante! —dijo ella.

—Así tendremos tiempo para averiguar algo sobre su hermano —dijo Ricky, lleno de buenas intenciones.

—Pues os deseo muchísima suerte —repuso la maestra, antes de que los dos hermanos se despidieran.

Cinco minuto más tarde los niños se encontraban con el oficial Cal, quien les saludó, aconsejándoles que anduviesen con precaución llevando aquellas raquetas para la nieve.

—Eso es lo que a mí me está haciendo falta —afirmó, riendo—. Creo que tendré que hacer una visita a vuestro padre. —Luego, poniéndose serio, explicó—: Los hombres a quienes queríais encontrar se han marchado a la ciudad. Por lo menos eso me han dicho en el lugar donde se alojaban.

—¿Adónde han ido? —preguntó, con gran interés, Pete.

—No han dejado dirección —repuso el policía.

Los dos hermanos se sintieron preocupados. ¡Tal vez aquellos hombres habían averiguado dónde estaba Traver Nelson!

Mientras Pete y Ricky se encaminaban a casa, sus hermanas, abrigadas con coquetonas chaquetas, se divertían deslizándose por una cuesta, a poca distancia de la casa. Pam iba en su propio trineo, mientras Holly y Sue compartían, uno más pequeño. «Zip» saltaba alegremente junto a ellos.



Después de dar una docena de paseos, Sue confesó que estaba demasiado cansada para trepar de nuevo por la cuesta.

—«Zip» podía tirar de ti, al subir —se le ocurrió decir a Pam.

—Sí, sí. ¡Hay que «porbarlo»! —repuso la pequeñita.

Pam llamó a «Zip», que se acercó en seguida a las niñas. En el morro llevaba un montoncito de blanca nieve.

—¿Has estado buscando conejos? —le preguntó Pam, acariciándole—. Pues ahora ya basta. Tienes que hacer un trabajo.

«Zip» ladró, complaciente, y permaneció muy quieto, mientras Pam ataba a su collar la cuerda del trineo. Luego, Sue se instaló en la tabla deslizante y Pam gritó:

—¡Adelante, «Zip»!

El perro se puso en marcha, guiado por Pam. Cuando llegaron a lo alto de la cuesta, la niña desató y acarició al obediente animal.

—¡Buen perro! —dijo.

Se habían reunido alrededor de las Hollister una docena de niños que admiraban y acariciaban al hermoso perro pastor.

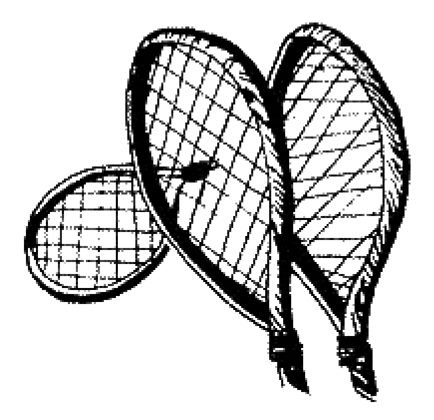
—Bajemos una vez más —pidió Holly, sentándose en el trineo, delante de Sue, y empujando con los pies sobre la nieve, para ponerlo en marcha. En seguida se deslizaron veloces por la cuesta.

—¡Paso libre! —pidió Holly, entusiasmada, mientras adelantaban a un trineo, luego a otro y a otro…

Las dos niñas estaban llegando al final de la cuesta, yendo más aprisa que nunca, cuando un chico salió corriendo de detrás de un árbol. Acababa de pasar «Zip» por delante de él, cuando el chico alargó un pie y golpeó la barra del timón. El trineo giró en redondo.

¡Sue y Holly salieron disparadas, de cabeza, y rodaron por la nieve!

DETECTIVE CON RAQUETAS



Desde lo alto de la cuesta, Pam vio a sus hermanas caer del trineo. ¡Y el chico que había provocado el accidente era Joey Brill!

Sentándose en su trineo, Pam bajó a toda prisa por la cuesta. Un momento después ayudaba a levantarse a Holly. A la pobre se le había caído la capucha hacia atrás y tenía los ojos, las orejas y las trenzas llenas de nieve. Pam acudió, luego, en socorro de Sue, que tosía e hipaba a causa de la nieve que le había entrado en la nariz y la boca.

—¡Ay, ay! —se lamentó—. Me duele la cabeza.

Y, muy apurada, señalaba un bulto encarnado que le había salido en la frente. Otras niñas fueron rodeando a las hermanas Hollister. Una de ellas era Donna Martin.

—Joey es el malo más malo de toda la ciudad —afirmó sentenciosa—. ¡Si yo fuera tan mayorzota como él, le lavaría la cara con nieve!



—El muy cobarde se ha marchado en seguida —dijo otra niña, indignada.

—¿A dónde ha ido? —preguntó Pam.

—Camino abajo. Hacia la ciudad.

—Quisiera que Pete hubiera estado aquí —dijo Pam, mientras sacudía la nieve que cubría a Sue.

Desde luego, pensaba explicar a su hermano lo que el malintencionado Joey les había hecho.

En ese mismo momento, Pete y Ricky se acercaban a la cuesta, caminando con sus raquetas, para la nieve. Al verlos, Holly corrió a su encuentro y les explicó cómo Joey había hecho rodar a Sue y a ella por la nieve.

—¿Eso ha hecho? —preguntó Pete, apretando los puños—. Pues esta vez no se quedará sin castigo.

—¡Atacar a dos pobres pequeñas! —exclamó, gravemente, Ricky —. ¡Vamos a buscarle, Pete!

Los dos hermanos se encaminaron a toda prisa a la ciudad. Los dos habían aprendido pronto a utilizar las raquetas y ya no caminaban con ellas lenta y torpemente.

A lo lejos, vieron a Joey Brill y le llamaron, pero el chico no

hizo más que mirarlos por encima del hombro y en seguida echó a correr a campo traviesa.

—Quiere tomar un atajo, pero no va a servirle de nada —dijo Pete—. Por aquí se anda mejor con las raquetas que con zapatos.

—Sí. Joey habría ido mejor por el camino —opinó Ricky, caminando a grandes zancadas para no quedar rezagado de Pete.

Cuanto más se esforzaba Joey por correr, más resbalaba sobre la espesa nieve.

—¡Marchaos! ¡Dejadme en paz! —gritó, viendo que Pete y Ricky le daban alcance.

—No nos iremos —le contestó Ricky—. Vamos a lavarte la cara por lo que les has hecho a nuestras hermanas.

El pensar en el castigo que iba a recibir hizo a Joey aumentar la velocidad de sus piernas. Por fin dejó atrás el campo y corrió por el camino que había quedado bastante limpio gracias al quitanieves.

Pronto se encontró Joey bajando a todo correr por la calle en que se encontraba la tienda del señor Hollister. Pete y Ricky se quitaron entonces, las raquetas, las colocaron bajo su brazo y corrieron tras Joey. Éste pasó como una flecha por delante del Centro Comercial. En cambio Ricky, al llegar allí, se detuvo:

—¡Espera, Pete! ¡Toma una!

Y se agachó junto al poste de telégrafos, tras el que había escondido las bolas de nieve. Dejando las raquetas, cada chico cogió un puñado de bolas de nieve. Apuntando con cuidado, fueron arrojando una tras otra contra el fugitivo Joey. Una bola acertó al camorrista en la pierna, la otra en el hombro.

Pete tomó puntería, con todo cuidado, y arrojó su última pieza de munición. ¡Siiiiizz! La bola de nieve arrancó la gorra de la cabeza de Joey. Cuando el chico se agachó, para recogerla, Pete corrió por el bordillo y cayó sobre él. Los dos rodaron por la nieve.

Aunque Joey era más alto que Pete, este último luchaba con más destreza. Finalmente, Joey quedó tumbado de espaldas con Pete encima, aprisionándole con las rodillas.

—¡Hurra! —exclamó Ricky.

Pete cogió un puñado de nieve y lavó la cara de Joey.

—Después de esto, supongo que no volverás a molestar a mis hermanas —dijo el mayor de los Hollister, levantándose.

Joey se puso en pie y ya no hizo intención de pelear. Se alejó calle abajo, mascullando insultos y prometiendo vengarse.

—No nos verás durante unos días —le gritó Ricky—. Nos vamos a Froston esta noche.

Pete se sacudió la nieve de la ropa y él y su hermano entraron en el Centro Comercial. Su padre se disponía a marchar a casa y por el camino rió de buena gana, oyendo contar cómo habían lavado la cara a Joey. Encontraron a Pam ayudando a su madre a preparar la comida. ¡Y qué aplauso sonó cuando los dos hermanos volvieron a explicar lo que le habían hecho a Joey Brill!

Todos volvieron a aplaudir cuando el señor Hollister anunció que tenía los billetes para el tren. La tarde resultó muy ajetreada, pues tanto los niños como sus padres tuvieron que preparar las maletas. Sue guardó una muñeca en su bolsito, y Holly, en el suyo, un rompecabezas. Pam se puso de acuerdo con Tinker para que el buen hombre se ocupase de dar de comer a «Zip» y a «Morro Blanco» y sus hijos.

Después que tomaron una merienda cena, Tinker se puso al volante de la furgoneta para llevar a toda la familia a la estación. Cuando subieron al tren, Sue era quien más emocionada estaba.



—¡Adiós! ¡Adiós! —gritaba por la ventanilla. Y luego se volvió a Pam para preguntar, incrédula—: ¿Es verdad que vamos a dormir aquí?

—¡Claro que es verdad! —contestó su hermana mayor.

—¿Es que el tren también dormirá?

Pam soltó una risilla y explicó que el tren continuaría bien despierto y despejado, para que los pasajeros, mientras dormían, pudiesen llegar a su destino.

—Igual que en los cuentos de hadas —reflexionó la pequeña—. Pero ¿dónde están nuestras camas?

—Es una cosa de magia. Luego lo verás.

Un momento antes de la hora de acostarse, el señor Hollister llevó a su familia al vagón-restaurante para que todos tomasen un bocadillo. Pero ¡cómo había cambiado todo cuando volvieron a sus asientos! Ya no había asientos, sino camas.

—¡Oh, qué divertido! —exclamó Holly—. ¿Podré dormir en la litera de arriba, mamá?

La señora Hollister contestó que sí podía.

—Y Pam dormirá contigo. Creo que Pete y Ricky deben acostarse en la litera de enfrente. Los demás dormiremos en las literas de abajo.

Un poco más tarde llegaba un mozo con una escalera y todos los hermanos, menos Sue, subieron por ella.

Pam y Holly echaron en seguida las cortinas y las ajustaron, pero la más pequeña estuvo largo rato riendo bajito y cuchicheando. Y acabó por asomar la cabeza entre las cortinas y llamar a los chicos.

—¿Qué pasa? —preguntó, en seguida, el pelirrojo, asomando también la cabeza, entre las cortinas.

En seguida se echó a reír, porque Holly sostenía las puntas de sus trenzas sobre los labios y parecía una hechicera, con la cortinilla alrededor de su cara, y la mano con los dedos crispados como los de una bruja. Ricky se inclinó, para tomarla. ¡Un momento después el pequeño perdía el equilibrio y se caía de la litera!

Pete, que había visto a su hermano inclinarse excesivamente, tuvo tiempo de agarrarle por una pierna. Y así le tuvo sujeto hasta que el señor Hollister acudió a levantar al pequeño.

—Será preferible que no os dediquéis a jugar —aconsejó el padre.

Muy pronto el «taca-tá, taca-tá» y otros ruidos embelesadores que hacen los trenes durante la noche, adormecieron a los niños. Al

despertar, por la mañana, Pete quedó sorprendido al ver que Ricky se había marchado. Todas sus ropas de calle estaban allí, pero faltaba la bata y las zapatillas.

«Habrá ido a lavarse», pensó Pete.

También se puso la bata y bajó al suelo. Pero Ricky no estaba en el lavabo, del fondo del vagón, ni se le veía por parte alguna. Encontrando a su padre en el pasillo, Pete le preguntó dónde estaba Ricky.

—No lo sé —contestó el señor Hollister—. ¿No está contigo?

—No.

La señora Hollister, que ocupaba una litera con Sue, exclamó, alarmada:

—¿Dónde puede haber ido este chiquillo?

Cuando se comprobó que ninguno de la familia sabía dónde estaba Ricky, el señor Hollister llamó al empleado del tren, un hombre muy amable, con gorra y chaquetilla blanca, y le preguntó si había visto al pequeño.

—No, señor —contestó el empleado, con expresión preocupada.

Se interrogó a otros pasajeros. Nadie había visto a Ricky salir del vagón. Mientras las dos salían de la litera, Sue se asió con fuerza a la mano de su madre y dijo, entre hipidos:

—Pue… puede que Ricky se… haya caído del tren.

Estas palabras dejaron a todos muy inquietos, pero la madre se apresuró a decir:

—Creo que mi hijo es demasiado sensato para que pueda ocurrirle una cosa así. —Y en seguida, con una expresión de alegría, exclamó—: Creo que ya sé dónde puede estar… En la cocina.

—Yo iré a averiguarlo —se ofreció Pam, encaminándose al coche restaurante.

Al final del vagón había una puertecita que daba a la cocina. Pam la abrió… y allí estaba Ricky, con la bata, un blanco delantal y un gran gorro de cocinero.

—Hola —dijo a su hermana, sin pensar para nada en que alguien podía haber estado preocupado por él—. ¡El cocinero me ha permitido que le ayude a hacer pestiños!



—Nos tenías a todos asustados —dijo Pam—. Ven en seguida.

Ricky se quitó el gorro y el delantal y, cuando salía, su nuevo amigo, el cocinero, le hizo un guiño. Más tarde, cuando Ricky estaba desayunando con su familia, el camarero le sirvió una ración extraordinaria de pestiños.

—De parte de tu amigo, el cocinero —dijo el camarero, sonriendo.

Las horas de la mañana pasaron lentamente para los niños, que estaban desando llegar a Froston. Pam hizo amistad con un veterinario que viajaba en el mismo vagón y le contó historias relacionadas con su trabajo.

Pete iba sentado, mirando por la ventanilla, pensando en el Carnaval de los Tramperos y preguntándose si «Fluff» volvería a correr este año.

«Puede que no, si el señor Stockman y el señor Gates han averiguado dónde está el hermano de la señorita Nelson» —se dijo.

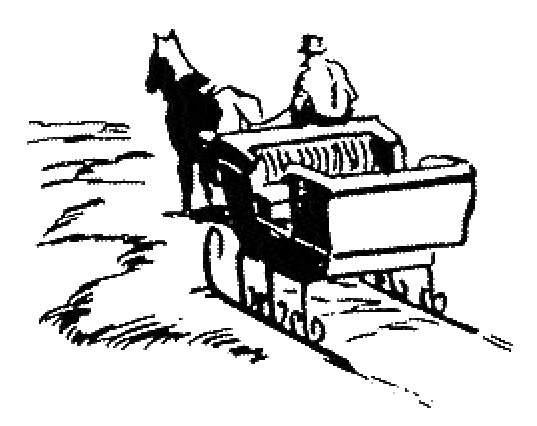
El tren marchaba ahora por una zona montañosa, salpicada de pinos. Pete apretaba la mejilla contra la ventanilla, queriendo echar un vistazo a la locomotora, en alguna de las continuas curvas.

De repente vio algo que le aterrorizó. Y sin vacilar ni un momento, se puso en pie y tocó el timbre de alarma. Con grandes chirridos y una sacudida, mezclada con gritos de susto de los pasajeros, el tren se detuvo en seco.

—¿Por… por qué has hecho esto? —preguntó Ricky.

Pete señaló algo por la ventanilla.

UN CARTERO LLAMADO SELLO



Se abrió la portezuela del fondo del coche-cama y entró, a toda prisa, un revisor.

—¿Quién ha tocado la alarma? —preguntó.

—He sido yo —contestó Pete—. He visto unos ciervos corriendo por las vías. He temido que pudiéramos herirles.

Al principio, el empleado del ferrocarril se mostró molesto, y dijo que aquellas paradas en seco podían causar heridas a los viajeros del tren. Pero luego añadió:

—Sin embargo, en este caso… —Y salió a toda prisa.

Los cinco hermanos y sus padres se pusieron los abrigos, salieron tras el revisor y le siguieron a lo largo de las vías.

Pete no se había equivocado. Entre los rieles había un cervatillo, que al parecer se había herido la pata delantera derecha, mientras intentaba cruzar las vías, y ahora no podía moverla. Un ciervo hembra se encontraba a cierta distancia, observando con inquietud.

—Bien, muchacho —dijo el revisor, volviéndose a Pete—. Ahora me alegro de que hayas detenido el tren. Puedo asegurar que no me habría gustado atropellar a este animalillo. Por cierto, parece que tiene rota una pata.

Mientras los demás sujetaban el asustado cervatillo, para impedir que intentase huir, el señor Hollister se inclinó a examinar la pata del animal.

—Me parece que está rota —dijo.

—Iré a ver a ese simpático veterinario con el que estuve hablando —se ofreció Pam, echando a correr hacia el tren.

A los pocos momentos llegó el veterinario con la niña y entablilló y vendó la pata herida del cervatillo. Entre Pete y Ricky pusieron sobre las cuatro patas al animal, que levantó la vista y miró a todos, antes de alejarse, cojeando, hacia su madre.

—Cuando llegue el momento oportuno, ella ayudará a su hijo a quitarse el vendaje —dijo el veterinario.

—Bueno. Hemos retrasado la llegada del tren, pero ha merecido la pena —dijo el revisor.

—Claro —terció Sue—. Y así se ha puesto muy contenta la mamá ciervo. A nosotros nos gusta que todo el mundo y todos los animales sean «filices». Por eso nos llaman los «filices» Hollister.

Tanto el revisor como el veterinario sonrieron, mientras volvían todos hacia el tren. La señora Hollister felicitó a su hijo mayor y los otros pasajeros se acercaron a hablar con Pete. Luego, todos se sentaron y el tren fue aproximándose más y más a Froston. Todo el paisaje aparecía cubierto de nieve. De vez en cuando, en la blanca extensión nevada surgía un pueblecito. De repente Holly anunció:

—¡Mirad! ¡Mirad! ¡He visto un grupo de perros, tirando de un trineo!

Todo el mundo, incluyendo el mozo del tren, miró por las ventanillas. En la distancia, sobre una elevación del terreno se veía un grupo de perros de hermosa estampa. Pero el espectáculo no duró más que unos instantes. En seguida, los perros y el trineo, envueltos en una nube de nieve, desaparecieron en los bosques.

—Me gustaría saber quién es el conductor —dijo Ricky.

El mozo del tren comentó que le sorprendía ver a alguien con perros de tiro en aquellos bosques.

—Es una zona muy abrupta. Está llena de rocas, cubiertas ahora por los aludes de nieve. Poca gente de Froston viene aquí con los perros esquimales.

Los Hollister pensaron, en seguida, en el desaparecido Traver

Nelson. ¿Sería aquel conductor el hermano de la maestra?

En un cuchicheo, Ricky preguntó a su padre:

—¿No podrían parar un ratito el tren, para que pudiéramos seguir a ese hombre?

—No. El tren no se detendrá más —dijo el señor Hollister—. Ya llevamos retraso y el maquinista tiene que apresurarse.

Ricky quedó un poco desencantado, pero él y sus hermanos se alegraron mucho cuando su padre añadió:

—Después que lleguemos a Froston, podremos volver aquí y echar un vistazo.

Al cabo de unas horas, el sonriente revisor apareció en el vagón, anunciando:

—Próxima estación: Froston.

Los Hollister se levantaron a toda prisa de sus asientos para ponerse abrigos y gorras. También se acercó al mozo a sacarles el equipaje.

—¡Ahí está Froston! —gritó Ricky, mirando por la ventanilla.

Primero apareció en la distancia una pequeña y blanca iglesia, luego la población.

—¡Parece el pueblecito de un cuento! —exclamó Pam.

A uno y otro lado de las vías se veían lindas casitas de colores diferentes. Las verdes y las encarnadas eran las que más resaltaban sobre la blancura de la nieve. Todas las calles estaban decoradas con luces y colgaduras.

—¡Es igual que en Navidad! —dijo Holly.

El mozo bajó los equipajes y los Hollister descendieron al andén de madera donde mucha gente esperaba a los viajeros. De repente, una voz profunda y cariñosa exclamó, desde un extremo de la plataforma:

—Eh, estamos aquí. ¡Bien venidos a Froston!

—¡Abuelito! —gritó Holly, emocionada, abrazándose al hombre alto, de rostro arrugado y chispeantes ojos azules.

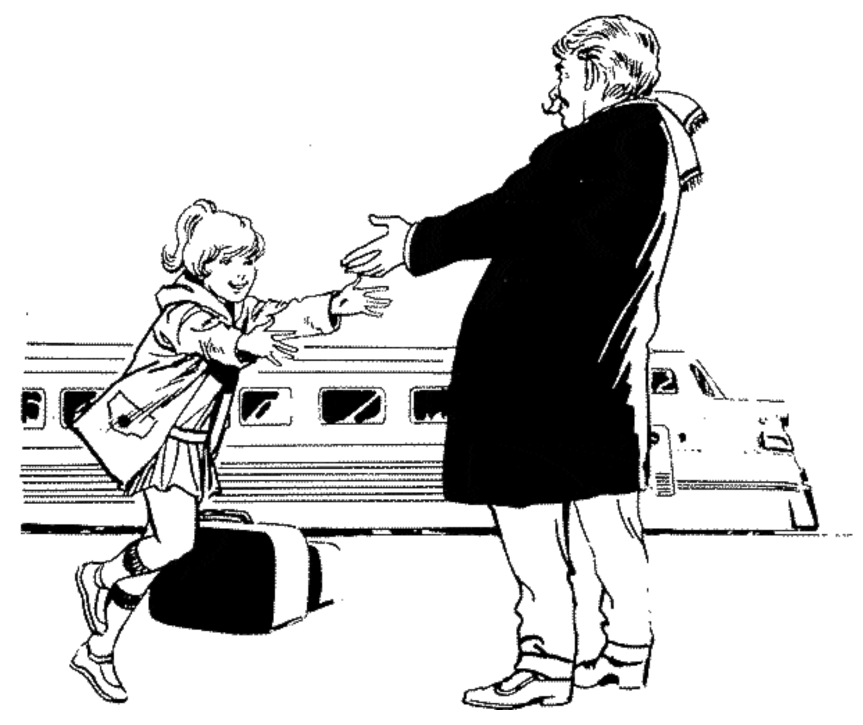
—¡Abuelita! —exclamó Sue, llenando de besos y abrazos a la viejecita de rostro redondo y sonrosado.

Se intercambiaron infinidad de abrazos, besos y palmadas cariñosas entre todos los Hollister.

—¿Todos preparados para ir al Campamento de Nieve? —

preguntó el abuelo. Y cuando su hijo contestó que sí, el viejecito añadió—: Vamos, entonces. «Galante» está esperando.

Mientras transportaban el equipaje y las raquetas para nieve de los chicos a través de la estación, Pete preguntó:



—¿Quién es «Galante», abuelito?

—Nuestro caballo —repuso el abuelo, riendo—. No os hablamos de él porque queríamos mantenerlo en secreto.

A la salida de la estación había un trineo rojo y blanco, del que tiraba un hermoso caballo moteado de gris.

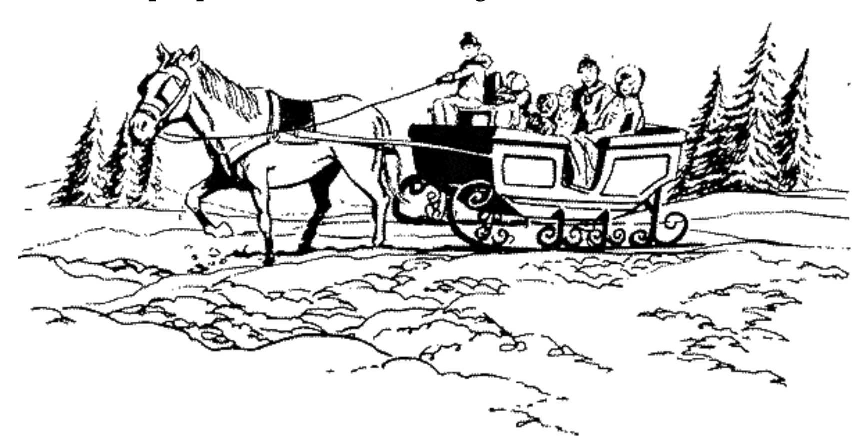
—«Galante», te presentamos a nuestra familia de Shoreham —dijo el abuelo, mientras Pam se acercaba al animal para acariciarle.

—¡Canastos, un paseo en trineo! —exclamó Ricky, mientras ayudaba a su padre a colocar el equipaje en el vehículo.

Luego todos se instalaron dentro. Los chicos se sentaron delante con los dos hombres, y la abuela y la señora Hollister fueron detrás con las tres niñas. La señora Hollister iba en un extremo, con Sue en brazos.

—¿Puedo conducir yo, abuelito? —pidió el pelirrojo.

—Claro que puedes, en cuanto salgamos de la ciudad.



El abuelito condujo a través de la alegre y engalanada población, y por fin tomaron el camino del Campamento de Nieve. En las afueras de la ciudad, el abuelo les mostró los lugares en que se celebraban los deportes de invierno del Carnaval de los Tramperos.

—La carrera de trineos de perros empieza aquí. Y allí, el salto de esquí.

—¡Vaya! ¡Qué alto! —exclamó Pete—. ¡Oh, mirad! Ese hombre va a saltar ahora.

Los Hollister contuvieron el aliento, mientras el esquiador saltaba por los aires, yendo a aterrizar, suavemente, en la nieve de abajo. Entonces el abuelo les mostró un lugar especial en el que saltaban los niños.

—Ahí llega una niña —anunció la abuela—. Es Ruthie Jansen, la famosa niña esquiadora. Está hospedada en nuestro campo.

Mientras todos miraban, admirados, la niña dio un salto perfecto. Y cuando ella avanzaba hacia el camino, el abuelo la llamó.

—Los has hecho muy bien, Ruthie. Ven, que quiero presentarte a mi familia de Estados Unidos —dijo el abuelo, que luego fue presentando, uno a uno, a todos los Hollister.

Ruthie contestó, con un gracioso acento noruego, diciendo que estaba muy contenta de conocer a todos y que le gustaría jugar con los niños cuando no tuviera que practicar.

—¿Vas a tomar parte en una carrera? —le preguntó Ricky.

La niña sonrió, diciendo:

—No es exactamente una carrera. Pero sí es una competición. Debéis venir a ver el concurso de saltos infantiles el miércoles.

—Vendremos. Y además te veremos en el campo —prometió Pam.

Ruthie se marchó y los Hollister prosiguieron su viaje. La abuela explicó que Ruthie llevaba el nombre de su madre, que era inglesa.

—¡Zambomba! ¡Cómo me gustaría participar en el Carnaval de los Tramperos! —dijo Pete.

—Sería estupendo —concordó Ricky—. ¿Ya puedo conducir yo, abuelito?

Cuando su abuelo le entregó las riendas, el pequeño gritó:

—¡En marcha, «Galante»! ¡Corre!

El caballo avanzó, veloz, y Sue palmoteo con deleite.

Estaban acercándose a un extremo del camino, con una casita en una esquina, cuando los Hollister oyeron un motor. Mirando a la derecha vieron un vehículo que parecía una mezcla de tractor y trineo. Delante llevaba dos esquíes y la parte trasera iba provista de ruedas con banda de goma, como los tractores.

El abuelo sacudió una mano, saludando al hombre que iba sentado al volante de tan extraño coche.

—¡Hola, señor Sello! —saludó, y cuando el conductor se detuvo junto a ellos, el abuelo añadió—: Señor Sello, me gustará que conozca usted a mi hijo y su familia.

Luego el viejecito se volvió a los niños y dijo:

—Éste es nuestro cartero. ¿No os parece que le sienta bien el nombre?

Los niños sonrieron y Ricky preguntó al hombre qué vehículo era el que conducía.

—Es mi coche especial para la nieve —contestó el señor Sello.

—¡Qué buen coche! —exclamó Pete, bajando del trineo para examinar el otro vehículo—. ¿Lleva usted el correo en este coche?

—Claro que sí. En estos lugares donde tenemos tanta nieve, los médicos y los carteros usamos estos vehículos para ir de un lado a otro. ¿Os gustaría dar un paseo en mi coche?

—¡Sí, sí! —gritaron todos los niños a un tiempo.

Cuando sus padres dieron permiso, todos los niños bajaron del trineo y subieron con Pete al coche del cartero.

—Nos encontraremos con ustedes en el próximo cruce —dijo el cartero a los mayores.

Las ruedas del tractor empezaron a girar y girar, y los esquíes se deslizaron suavemente sobre la nieve.

—¡Zambomba! ¡Es muy rápido! —se asombró Pete, viendo que dejaban muy atrás al trineo y el caballo—. Viajando así sería más fácil buscar a una persona desaparecida.

—¿Piensas en alguien en particular? —preguntó el señor Sello, mirando con sorpresa al muchacho.

—Sí. En Traver Nelson —repuso Pete—. ¿Le conoce usted?

—Sí. Y oí decir que había desaparecido. ¡Qué lástima! ¡Era un gran muchacho y tenía un perro rey incomparable!

—¿Se refiere usted a «Fluff»? —preguntó Pam.

—Eso es. El mejor perro esquimal que he visto nunca. Todos aquí esperaban que Traver volviese para el Carnaval y registrase a sus perros para la carrera. Pero no lo ha hecho.

—¿Y ya es demasiado tarde para inscribirse? —preguntó, en seguida, Pam.

—No. Pero el plazo de inscripción se cerrará la noche del miércoles.

Los niños se miraron unos a otros, pensando en lo maravilloso que sería que Traver Nelson y sus perros pudieran tomar parte en la carrera.

—¿Sabéis? —dijo el señor Sello—. Yo creo que a Traver le dolió mucho haber perdido la carrera el año pasado. Pero no debió reaccionar así. No es una desgracia no ganar, cuando se ha hecho todo lo posible.

—Si encontramos al señor Nelson, le diremos que se inscriba —afirmó Pam.

—Buena suerte —dijo el cartero—. Ya hemos llegado al cruce donde tengo que dejaros. Sois unos niños muy simpáticos. Ya volveremos a vernos.

Los niños Je dieron las gracias por el paseo y, cuando vieron acercarse el trineo, saltaron a tierra. Todos despidieron al cartero, sacudiendo alegremente las manos y el señor Sello reanudó la

marcha cuando el abuelo Hollister llegó junto a sus nietos. El abuelito dijo a Pete que podía conducir a «Galante». ¡Clip-clop, clip-clop! Mientras el hermano mayor conducía el caballo hacia el Campamento de Nieve, Pam contó a su abuelo cómo habían llegado a tener noticia del señor Nelson.

—El señor Sello cree que Traver no vuelve porque está muy avergonzado por haber perdido la carrera. Pero yo quisiera que volviese. Mi maestra, la señorita Nelson, está muy triste porque no puede encontrar a su hermano gemelo.

—Es el misterio más grande que se ha conocido en Froston —comentó el abuelo.

—Nosotros pensamos encontrarle —anunció Pam, resueltamente.

—Pues tendréis que daros prisa si queréis encontrarle antes de que le encuentren esos hombres que tenemos con nosotros.

—¿Qué quieres decir, abuelito? —preguntó Pam, intrigada.

Todos los niños escucharon con gran atención mientras la abuela decía:

—Dos hombres que han alquilado una de nuestras casitas están, en estos momentos, buscando a Traver Nelson.

UN OSO Y UN SUSTO



¡Dos hombres que buscaban a Traver Nelson! Tal vez fueran Stockman y Gates, pensó Pam.

La abuela se dio cuenta de la gran sorpresa que sentía Pam.

—¡Vaya! Te has quedado igual que si hubieras visto un fantasma de la nieve. ¿Qué hay de extraño en que dos hombres intenten encontrar al señor Nelson? —preguntó la viejecita.

Pam habló de lo que sospechaba sobre aquellos hombres.

Mientras se ajustaba el pañuelo de lana a la cabeza, la abuela repuso:

—Deja ya de preocuparte, hijita. Esos hombres son hermanos. Su apellido es Greeble.

Pam dio un suspiro de alivio, pero Pete miró a su hermana como queriendo decirle que los hombres podían haber dado un nombre falso.

—Iremos a verles en cuanto lleguemos al campo Copo de Nieve —decidió el chico.

—¿Estamos llegando? —preguntó impaciente, Sue.

—Es en la próxima curva —contestó el abuelo.

Pete sacudió suavemente las riendas sobre el lomo de «Galante»

y el animal emprendió el trote.

—¡Ya hemos llegado! —anunció el abuelo.

A pocos palmos, a la izquierda de la carretera, un gran letrero señalaba un caminillo y decía con grandes letras: CAMPAMENTO DE NIEVE.

Pete condujo a caballo y trineo por el sendero bordeado de árboles. Pronto llegaron ante un conjunto de edificios diseminados entre los grandes árboles. En el centro resaltaba una linda casita campestre, de color gris con las persianas encarnadas. Las demás eran pequeñas construcciones hechas con troncos de árbol. Todas eran pequeñas, excepto una localizada a bastante distancia de la linda casita gris.

—¡Bien venidos al Campo Copo de Nieve! —exclamó, risueño, el abuelo—. Para delante de la casita gris. Pete. Ahí es donde vivimos la abuela y yo.

—¿Aquella casota grande es la nuestra? —quiso saber Sue.

—Sí, hijita —repuso la abuela—. Pero ahora entraremos todos en nuestra casa para comer.

Dejando los equipajes en el trineo, los niños Hollister siguieron a sus padres y abuelos a la linda casita de tres habitaciones. ¡Qué coquetona era la salita, con la gran chimenea, las cortinas floreadas y los muebles tapizados de vivos colores! Al fondo había una cocina y a la izquierda un dormitorio con una gran cama antigua.

—¡Ooh! ¡Qué bonito! —exclamó Pam.

En cuanto acabaron de comer, el abuelo dijo:

—Ahora os llevaré a vuestra casa.

De nuevo subieron al trineo y los Hollister fueron conducidos a su vivienda. Pam preguntó en dónde vivían los hermanos Greeble y el abuelo señaló una casita de dos habitaciones en un extremo del bosque.

—Me dijeron que hoy estarían ausentes todo el día —añadió el abuelo.

Los niños ayudaron a meter el equipaje en la casa grande y Ricky encontró todo lo que había esperado ver. Las paredes de la sala estaban decoradas con pieles de zorro y sobre la repisa de la chimenea una cabeza de alce con astas de muchas ramas. En el centro había una gran alfombra de piel de oso y cómodos cojines y

butacas, colocados de una manera atractiva.

—Venid, Ricky —dijo el abuelo—, que voy a enseñaros a Pete y a ti dónde dormiréis.

Al abrir la puerta de un pequeño pasillo, Ricky dio un salto. ¡Había un terrible oso, de pie, con las zarpas extendidas y la boca abierta y agresiva! El pequeño se volvió a su abuelo, dando un grito de terror.

El abuelo y Pete se echaron a reír. Y entonces Ricky comprendió que el terrible animal no estaba vivo. Él abuelo explicó que el oso estaba allí temporalmente, dejado por el trampero que lo cazó. Pero aquella misma tarde iba a ser trasladado a la ciudad.

Al travieso Ricky se le iluminaron los ojos.

—¿Podría dar un susto a las niñas, antes de que se lo lleven? —preguntó.

Cuando su abuelo contestó que sí, Ricky cerró la puerta y fue a buscar a sus hermanas. Dos minutos más tarde la casa se llenaba de gritos de pavor de las niñas.



Cuando todos ya se hubieron tranquilizado, los Hollister deshicieron las maletas. Después, los niños arrastraron al oso hasta la sala y estuvieron jugando a cacerías y trampas. Sue y Holly estaban ayudando a Ricky a «cazar», cuando llamaron a la puerta.

—Iré yo —se ofreció Pete.

Al abrir Pete se encontró ante un muchachito algo mayor que él, que sostenía la correa de una gran plataforma con ruedas. El recién llegado, de ojos muy negros, sonrió al explicar que le enviaban a buscar el oso. Pete le invitó a entrar y se dispuso a ayudar al chico.

—Me llamo Pierre —se presentó el recién llegado—. Hago recados para vuestro abuelo. Acabáis de llegar, ¿verdad?

—Sí —contestó Pete—. ¿Trabajas fijo aquí?

—No. Sólo al salir del colegio. Oye, a lo mejor os gustaría venir a visitar mi colegio. Seguramente es muy distinto al vuestro.

Todos los hermanos dijeron que les gustaría verlo y Pierre opinó que el lunes sería un buen día para visitarlo. Luego los Hollister se pusieron sus chaquetones y ayudaron a Pierre a colocar al oso sobre el trineo, sujetándolo, para que no se cayera, mientras el chico tiraba de la plataforma a lo largo del caminillo. En la carretera, había un gran trineo esperando para llevarse al oso.

Mientras volvían, Pete y Ricky preguntaron a Pierre si él tenía algún animal. El muchachito canadiense sonrió al responder:

—Sí. Tengo un mapache y un castor. Pero lo mejor son mis dos perros esquimales.

—¡Canastos! ¿Podría verlos? —preguntó Ricky.

—Claro. Os llevaré a mi casa, cualquier día.

Pierre dijo, luego, que debía coger leña para el fuego y los Hollister se dispusieron a ayudarle. Cuando acabaron el trabajo, el niño canadiense les dio las gracias y se marchó.

Estaba oscureciendo y se veían luces en muchas de las casitas. De repente, Pete exclamó:

—¡Mirad! ¡Los hermanos Greeble están en casa!

—Vamos en seguida a ver si son los hombres que vimos en Shoreham —dijo Pam.

Pete marchó delante, seguido de Holly y Ricky. Pam iba detrás. El hermano mayor llamó a la puerta y todos esperaron, pero nadie respondió.

—¡Vuelve a llamar! —apremió Pam.

¡Pom, pom! Pete llamó más fuerte cada vez. Primero todo siguió igual: nadie contestaba. Pero luego una voz gruesa y rezongona gritó:

—¡Largo de aquí!

Aquella orden dejó atónitos a los Hollister.

—¿No será mejor que nos vayamos? —preguntó Holly, con voz de susto.

Por toda respuesta, su hermano volvió a llamar.

—Queremos hablar con ustedes —dijo en voz alta.

Un momento después se veía un rayo de claridad, cuando la puerta se entreabrió unos centímetros. Luego, al abrirse un poco más, los Hollister vieron a dos hombres barbudos en el umbral. ¡Aquéllos no podían ser Stockman y Gates! ¡Los hombres de Shoreham iban afeitados!

—Yo… Perdonen… Creímos conocerlos —se disculpó Pete.

Ninguno de los hombres dijo nada; sólo miraron a los niños con el ceño fruncido. Entonces a Ricky se le ocurrió preguntar:

—¿Por qué buscan ustedes al señor Traver Nelson?

Los dos hombres quedaron un poco aturdidos con la pregunta. Luego, el más bajo de los dos contestó, malhumorado:

—Porque su hermana quiere que le busquemos.

Ahora fue Pam quien quedó atónita. La señorita Nelson no les había dicho que tuviera a nadie buscando a su hermano.

Siguió un pesado silencio, sin que ninguno de los niños supiera qué decir. Al fin, Pete logró murmurar:

—Bueno… Muchas gracias.

Los Hollister volvieron a su casa, pensando en el extraño comportamiento de aquellos hombres. A Pete y a Pam les parecía que los dos habían obrado de manera muy descortés. ¿Por qué?

—Si hubieran sido el señor Stockman y el señor Gates, seguramente nos habrían reconocido —dijo Pam.

—Mañana podríamos seguirles —propuso Pete.

Al día siguiente, que era domingo, los Hollister fueron a la iglesia con los abuelos. Al regresar, Pete se enteró por un vecino de que los Greeble habían salido de su casa muy temprano.

—No importa —dijo Pam—. Si encuentran al señor Nelson, en seguida nos enteraremos.

Pero Pete deseaba buscar por su cuenta y pidió a su padre que le acompañara.

—¿No podríamos ir al lugar que vimos desde el tren, donde

aquellos perros tiraban de un trineo?

El señor Hollister habló con su padre, a quien gustó la idea, pero dijo que la única manera de llegar allí era utilizar un coche especial para la nieve.

—Telefonearé al señor Sello —dijo.

Por suerte, encontró al cartero en casa. El señor Sello dijo que les prestaba con mucho gusto su vehículo y que recogería a Pete y su padre una hora más tarde.

Entre tanto, los niños hicieron planes para ver si Ruthie Jansen les enseñaba a esquiar un poco. Llevando los esquíes que el abuelo les había prestado, los cuatro Hollister siguieron a Ruthie a una colina de rampa suave. Cuando todos estuvieron preparados, la niña noruega les dio algunas instrucciones sobre cómo debían inclinar el cuerpo y hundir los bastones. En seguida los niños empezaron a deslizarse por la pendiente.

¡Plof!

Pam y Ricky cayeron casi al mismo tiempo. Sue, que llevaba unos esquíes pequeñitos, perdió el equilibrio un poco después. Los tres quedaron sentados en la nieve, riendo y luchando por ponerse en pie.

En cambio, Holly llegó al pie de la colina sin un resbalón. Ruthie aplaudió, diciendo:

—¡Has estado estupenda, Holly!



Mientras seguían practicando, todos tuvieron que admitir que Holly era la mejor alumna de esquí. Los otros Hollister, por mucho que probaban, pocas veces llegaban al final de la pendiente sin caer.

—¡Vaya! Empiezo a estar dolorido —dijo Ricky riendo.

También Pam y Sue confesaron estar algo resentidas de los golpes, pero Holly declaró que podría continuar esquiando toda la tarde. Ruthie, sonriendo, prometió darle pronto otra lección.

—Ahora tengo que irme a practicar para la carrera —dijo.

Antes de que la niña se marchase, Pam le preguntó si había tomado parte en el Carnaval de los Tramperos del año anterior.

—No. Entonces estaba en mi casa de Noruega —contestó Ruthie.

Pam habló a la niña esquiadora del desaparecido señor Nelson y de su hermoso perro «Fluff».

—¿Has dicho «Fluff»? —preguntó Ruthie, con sorpresa.

Cuando Pam asintió con la cabeza, Ruthie dijo que dos días antes, mientras practicaba el salto de esquí, había ido de un lado a otro de la colina a través de los bosques.

—Y oí hablar a dos hombres —continuó en un cuchicheo—. Uno de ellos le decía al otro: «Nada me impedirá apoderarme de

“Fluff”».

—¡Oooh! ¿Y cómo eran esos hombres? —preguntó Pam.

Ruthie contestó que no les había visto. Lo sentía mucho… También Pam lo sentía. Pero al menos una cosa era segura: los dos hombres intentaban robar el hermoso perro esquimal.

Aquella noche, cuando Pete y su padre regresaron, Pam les habló de lo que habían averiguado. Su hermano dio un prolongado silbido. ¡Aquélla era una buena pista!

—Papá y yo no hemos averiguado nada —dijo el muchachito, disgustado—. Puede que el señor Nelson esté más cerca de Froston de lo que pensamos y será fácil que caiga en una trampa, si viene por aquí.

Pete había decidido seguir haciendo indagaciones. Uno de los trabajos más importantes iba a ser vigilar a los sospechosos que vivían en el Campo Copo de Nieve. Inmediatamente después de cenar buscó una linterna y, oculto en la oscuridad, se encaminó a la casa de los barbudos.

«No debo dejarme ver», pensó para sí.

Escondido detrás de un árbol, Pete estuvo observando a los barbudos moverse en el interior de su casa. Cuando tuvo una oportunidad, se aproximó más, corriendo hasta un árbol más cercano. En ese momento, la puerta de la casita se abrió de par en par.

—Creo haber oído a alguien por aquí, Stocky —gritó el hombre más alto, en tono brusco—. ¡Tráeme una linterna!

¡Stocky! ¿Sería el mismo que se hacía llamar Stockman?

Pete decidió buscar otro sitio mejor donde esconderse. Viendo una pila de leña, a pocos palmos de distancia, corrió hacia allí. Había un hueco entre los troncos y Pete se instaló allí y se echó un poco de nieve sobre su propia cabeza.

—¿Dónde dices que le has visto? —gruñó Stocky.

—Allí. Detrás de aquel árbol.

Por un resquicio entre los troncos, Pete pudo ver el haz de una linterna que iba y venía, iluminando los árboles. El chico contuvo la respiración mientras la linterna se aproximaba más y más a la pila de leña.

¡FUEGO!



—¡Huuummm! ¿Qué te dije? —exclamó el hombre—. Las huellas llevan hasta la pila de madera.

Apoyó una mano en un tronco, a pocos centímetros de la cabeza de Pete, pero la oscuridad y la nieve con que el chico se había cubierto impidieron que el hombre le descubriera.

—Sería alguno de esos chicos Hollister y le hemos asustado —dijo Stocky—. Volvamos a dentro, o acabaremos helándonos. Sería una lástima que nos pusiéramos enfermos y no pudiéramos encontrar a Traver Nelson antes de que empiecen las carreras.

Pete prestó mucha atención a lo que los hombres decían. ¿Por qué era tan importante para aquellos barbudos encontrar al hermano gemelo de la maestra, antes de que empezase la carrera? Había esperado que los hombres continuasen hablando, pero los dos guardaron silencio, mientras volvían a la casa y cerraban la puerta.

Pete salió, al fin, de la pila de madera y se encaminó a su casa. De repente se le ocurrió otra posibilidad, respecto a los hermanos Greeble.

«¿Y si son policías?», se preguntó. «Puede que Traver Nelson hiciera algo malo».



Al llegar a la casa que ocupaba su familia, Pete dijo a los demás lo que había oído y la nueva idea que se le había ocurrido. Pam, inmediatamente, se dispuso a defender al hermano gemelo de su maestra.

—Estoy segura de que no hizo nada malo —insistió—. La señorita Nelson dijo que su hermano era muy sensato. Huyó porque alguien malintencionado le hizo perder la carrera.

El señor Hollister apoyó una mano en el brazo de su hija, mientras decía:

—Lo que dice Pete puede ser verdad. Y os aconsejo, hijos, que os divirtáis y que dejéis de preocuparos sobre los hermanos Greeble. Hoy he oído decir al abuelito que son personas de quienes le han dado muy buenas referencias.

Pete miró a su hermana y luego a su padre. ¿Cuál de los dos estaría en lo cierto? Cuando Pam confiaba en una persona solía acertar. Además, el señor Sello había dicho que Traver Nelson era una gran persona. Pete deseó que así fuese y que los hermanos Greeble no resultasen policías.

A la mañana siguiente, los niños se arreglaron para ir a visitar la escuela canadiense. A las ocho llegó el abuelo en el trineo. En éste

había tres pares de raquetas para la nieve y el abuelo dijo a Pete y a Ricky que llevasen las suyas.

—Así es como los niños van al colegio en invierno —explicó.

Cuando estuvieron dispuestos a marchar, los niños se despidieron de sus padres. Los cascabeles que llevaba «Galante» en los arneses repicaron alegremente. A los pocos minutos estaban todos en la escuela, un edificio blanco que parecía una iglesia sin campanario. Una señora joven estaba en la puerta, sacudiendo una campanilla. Los alumnos subían rápidamente las escaleras y se detenían un momento a sacudir la nieve de sus botas y dejar los gorros, antes de entrar.

Los Hollister oyeron a un chiquillo de la edad de Ricky decir:

—Me he enterado de que una familia con muchos hijos se ha trasladado a Froston.

Ricky sonrió al niño y le dijo:

—Somos sólo visitantes. Venimos de los Estados Unidos.

—Os estábamos esperando. Pierre me telefoneó —explicó la señora joven—. Él vendrá un poco tarde. Soy la señorita Johnson. ¿Queréis seguirme?

Al entrar, la maestra indicó a los niños que colgasen gorros, abrigos y raquetas en las perchas que había dentro, junto a la puerta.

Los Hollister vieron que había una sola aula, calentada por una pequeña estufa, redonda, de carbón, que se encontraba al fondo, a la izquierda. Los pupitres eran de diferentes medidas para los distintos grupos de alumnos.

Cuando llegó a la parte delantera de la habitación, la señorita Johnson se volvió a sus alumnos para presentarles a los visitantes a los que fue preguntando, uno a uno, su nombre. Luego, dijo:

—Consideraos en vuestra casa y sentaos donde más os guste.

Pam y Pete se sentaron con algunos de los alumnos mayores, mientras Ricky, Holly y Sue se instalaron con los estudiantes de menos edad. Empezó la clase de la mañana. La señorita Johnson explicó la lección a un grupo, mientras los demás estudiaban en silencio. Luego dejó a los primeros y pasó a enseñar al grado siguiente.

Al cabo de un rato la maestra explicó a los visitantes que aquél

era el día de la semana en que sus alumnos estudiaban la historia y costumbre de los Estados Unidos. Y tal vez a los Hollister les gustaría dar aquella lección…

—¡Yo sé mucho sobre nuestro país! —exclamó Ricky, lleno de orgullo.

—Entonces, podrás hablarnos de tu estado —dijo, sonriente, la señorita Johnson.

Ricky se explicó lo mejor que pudo, diciendo que tenían muchísimas fábricas en las que se producían artículos de todas clases; luego, Pete y Pam añadieron más información. A continuación la señorita Johnson pidió a Holly que hablase sobre las actividades de la escuela Lincoln. La pequeña mencionó los diversos clubs que tenían en la escuela y dijo que Pam era presidente del Club de Animales.

—Así es como hemos averiguado que la maestra de Pam es la hermana del señor Nelson, que perdió la carrera el año pasado.

Al oír aquello, los alumnos quedaron atónitos. Todos conocían a «Fluff» y deseaban que la hermosa perra corriera este año. Ninguno tenía idea de dónde podía estar el señor Nelson y sus perros.

—Y ahora —dijo la señorita Johnson, dirigiéndose a Sue—, ¿qué puedes decirnos tú del lugar en que vives?



La chiquitina había estado, hasta entonces, muy silenciosa,

dibujando con los alumnos más pequeños. Al ser interrogada sólo se le ocurrió decir:

—Nosotros también tenemos montones de nieve. Y hemos tenido una «tromentana norme».

—Quiere decir que hemos tenido una tormenta de nieve —explicó Pam, y todos los niños rieron.

—Es igual —prosiguió Sue—. Sucede que no podíamos ir a la escuela y por eso nos vinimos a comer pavo con mi abuela.

Esto hizo que la señorita Johnson hablase de la fiesta de Acción de Gracias, un día que se celebraba desde hacía largo tiempo en el Canadá. Cuando se mencionaron las cosas apetitosas que se comerían, además del pavo, Pierre, que había llegado unos minutos antes, declaró que aquella conversación le hacía sentirse hambriento.

A la hora del recreo todos, menos Sue que prefirió quedarse dibujando, se pusieron los gorros y abrigos. Uno de los chicos mayores echó un par de leños al fuego y los alumnos salieron a jugar, seguidos de la maestra.

Unos minutos más tarde Sue apareció en la puerta, gritando:

—¡Ricky! ¡Pete! ¡Venid en seguida! ¡Hay fuego!

Al principio sus hermanos creyeron que la pequeña bromeaba, pero, cuando se fijaron en la expresión de susto de su hermanita, los dos entraron corriendo en la casa. ¡El tablero de un pupitre estaba envuelto en llamas! Todo ocurrió porque unos papeles se habían encendido con las chispas, que el viento que entraba por la puerta abierta, producía en la estufa.

Sin vacilar, Pete cerró la puerto, de golpe. Luego, los dos hermanos se apresuraron a coger puñados de nieve. Ya había entrado la señorita Johnson que intentaba apagar el fuego con una paleta. Entre esto y la nieve quedó sofocado el fuego.

John, el chico que había echado la leña en la estufa, estaba muy apurado. No había olvidado cerrar la puerta al salir, pero sin duda no la ajustó bien y el viento la había abierto.

La señorita Johnson aconsejó que se tuvieran más precauciones en adelante y aplaudió la rápida actuación de los Hollister.

—Hemos estado de suerte con vuestra visita —dijo—. De no ser por Sue y vosotros dos, tal vez habríamos tenido un peligroso

incendio en la escuela.

A la hora de comer, los Hollister se despidieron de la señorita Johnson y de todos sus alumnos. Como habían planeado volver al Campo Copo de Nieve a pie, con las raquetas, tomaron un atajo que Pierre les indicó. Por allí, un estrecho sendero les llevó a una carretera vecinal.

Poco trecho habían avanzado por esta carretera cuando Ricky se fijó en una vieja granja abandonada. Buscando, como siempre, aventuras, el pequeño se acercó y abrió la puerta de un granero abandonado, situado detrás del edificio principal. Al instante, gritaba:

—¡Eh! ¡Venid todos! ¡Mirad lo que he encontrado!

Todos llegaron corriendo y el pelirrojo señaló un montoncito de paja, en el suelo. Tumbado en aquella paja había un cachorro de perro esquimal.

—¡Qué lindo! —exclamó Pam, agachándose para acariciar la suave pelambre del perrito.

Todos los demás, colocados en cuclillas, admiraron al gracioso animal. Holly alargó una mano para acariciarle, y dijo, con ternura:

—¡Pobrecín! Va a atrapar un resfriado.

Al oír aquello Pam se echó a reír y contestó:

—No lo creo. Los perros esquimales pueden soportar temperaturas muy bajas.

—Podemos llevárnoslo a casa —propuso Ricky.

—No, no —dijo la reflexiva Pam—. Estoy segura de que su madre volverá con él.

Por el camino, Ricky no cesó de hablar del cachorro, y a última hora de la tarde todavía seguía pensando en el animalito.

—Pam, acompáñame a ver al perrito —pidió a su hermana.

—Está bien —contestó la niña—. Pero no vayas a pensar en traerle a casa.

Ricky sonrió, y no contestó nada. Los demás hermanos decidieron acompañarle a él y a Pam hasta el granero abandonado, que no se encontraba lejos del Campo Copo de Nieve. Cuando se acercaban, Ricky dijo:

—¡Escuchad! ¿No oís cómo aúlla? Seguro que su madre no ha vuelto a verle.

El pequeño abrió la puerta corrediza del granero y se quedó mirando al interior, estupefacto.

—¡Canastos! ¡Y ahora hay dos!

—¡Y cómo habrá llegado aquí este otro! —exclamó Holly.

—Si su madre no lo ha traído, es otro misterio que tendremos que resolver —dijo Pete.

Mientras acariciaba a los cachorros, Pam dijo a sus hermanos que estaba segura de que eran de la misma camada, es decir, que los dos perros eran hermanos y habían nacido a la vez. La niña colocó sobre las cuatro patas a los dos cachorros y los pequeños les contemplaron, mientras los animalitos pateaban torpemente en la paja.

Entre tanto, Pete inspeccionó los alrededores, buscando huellas de perro, deseoso de averiguar adonde podía haber ido la madre. Pero no encontró ningún indicio. Sin embargo, en la parte posterior, encontró unas Enarcas que iban y venían a través de un resquicio entre dos tablones de los que formaban la pared. Siguió aquellas huellas durante un trecho, pero pronto comprobó que habían quedado borradas por la nieve que había ido cayendo sobre* ellas. Entonces Pete volvió a reunirse con sus hermanos.

—Vamos a ver a los abuelos y les hablaremos de estos cachorros —propuso—. Puede que ellos sepan a quién pertenecen.

Pero ninguno de los abuelos sabía nada sobre los animalitos.

—¿Por qué les habrá dejado su madre en ese granero? —preguntó Pam.

—A lo mejor nacieron en otro sitio donde los cachorros corrían peligro —dijo la abuelita—. Los perros siempre buscan los lugares más seguros para sus crías.

Pam dijo que volvería a visitar el granero a primera hora de la mañana para ver si la perra estaba allí. A lo mejor el animal se marchaba, luego, a su antigua casa, y Pam, siguiéndole, podía averiguar lo que había ocurrido.

—A lo mejor Pierre sabe algo de los perrines —pensó Holly.

El muchacho aún estaba haciendo trabajos en el Campo Copo de Nieve y los hermanos Hollister acudieron a hablar con él. Pero Pierre no sabía nada de que alguna perra de la vecindad hubiera tenido crías recientemente.

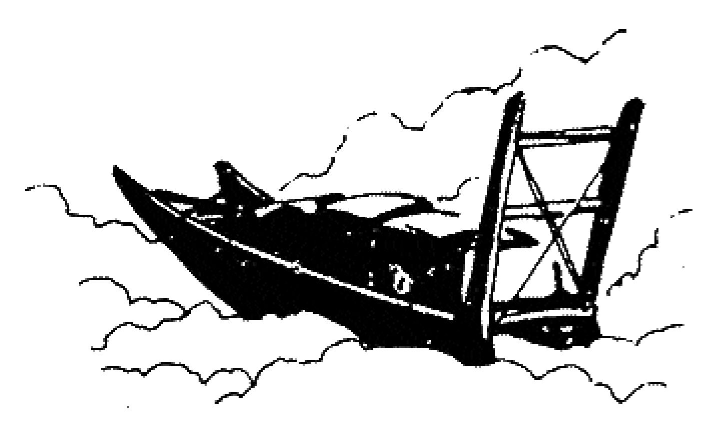
A la mañana siguiente Pete y Pam se levantaron temprano y se reunieron en la cocina. Su madre les dio permiso para ir a visitar el granero y los dos mayores se encaminaron inmediatamente a la granja abandonada.

Al acercarse oyeron aullar a los cachorros. Esta vez sus protestas eran más sonoras. Pete corrió la puerta y Pam asomó la cabeza.

—¡Mira, Pete! —exclamó, en seguida.

En lugar de dos… ¡ahora había tres cachorros!

SIGUIENDO LA PISTA DE UN PERRO ESQUIMAL



Pete y Pam se agacharon y tomaron en brazos a los animalitos.

—¡Pobrecitos! —murmuró Pam, acariciándoles—. Parece que están hambrientos.

—Necesitarían carne cruda, algo grasa —dijo Pete—. Recuerda lo que estuvimos estudiando sobre los perros esquimales.

Los Hollister tuvieron intenciones de llevarse a casa a los cachorros, para darles de comer, pero acabaron considerando que lo mejor era llevarles alimento al granero.

—Volveremos en cuanto hayamos desayunado —dijo Pete.

—Mira. No quieren que les dejemos —observó Pam, mientras los peludos animalitos frotaban su cuerpo en los pies de ella.

Los acomodó a todos en la paja, colocando también varias briznas alrededor para darles algo de calor y, en seguida, ella y Pete volvieron a casa. La señora Hollister había preparado un apetitoso desayuno de bacon, huevos y tostadas y, mientras comían, los dos hermanos mayores explicaron que habían encontrado un tercer cachorro.

—¡Canastos! —exclamó Ricky, riendo—. Si esperamos un poco más, vamos a encontrar el granero lleno de perros esquimales.

Después del desayuno, Pam pidió un poco de carne para los perros.

—Encontrarás un trozo de carne de buey en el refrigerador, hijita —dijo la madre—. Puedes tomarlo.

Todos los hermanos se aproximaban al viejo granero cuando Holly preguntó:

—¿De qué color es el último cachorro?

—Gris —contestó Pam, mientras Pete corría la puerta.

—Vaya broma que nos habéis gastado —exclamó Ricky—. ¿Conque tres cachorros…? Pues yo sigo viendo sólo dos.

Pete y Pam se miraron con extrañeza y aseguraron que no habían gastado ninguna broma. Aquella mañana temprano había tres cachorros. Muy preocupados, buscaron por el granero, pero el tercer perrito no estaba en ninguna parte. Todos salieron a buscar por el exterior. ¡El lindo perrito esquimal había desaparecido!

—No «intiendo» por qué su mamá le trajo para llevárselo «insiguida» —murmuró Sue.

—Esperemos que nadie haya robado el perro —dijo Pete, frunciendo el ceño.

—¡Robarlo! —exclamaron los pequeños.

Y Pam añadió:

—¡Puede que conviniera que vigilásemos este granero!

—Buena idea —aplaudió Pete—. Vamos a hablar de ello con papá.

Pam dio a los perritos la carne que había llevado y, luego, todos volvieron rápidamente a casa. Precisamente estaba allí la abuela, comentando que le parecía raro que los hermanos Greeble faltasen de su casa desude la noche del domingo.

—Puede que, siguiendo la pista del señor Nelson, se alejaran demasiado —dijo la señora Hollister.

—Sin duda se trata de eso —concordó la abuela.

Los Hollister adultos prestaron mucha atención a la noticia que Sue llamó del cachorro «va-y-viene», y el señor Hollister se ofreció a quedarse de guardia en el granero aquella mañana.

—Propongo que Sue y Holly me acompañen —añadió—. Mientras vigilamos podemos hacer un gran hombre de nieve.

Hacia las doce de la mañana, entre los tres habían hecho una

graciosa y alta figura de nieve, que resplandecía al sol.

En todo aquel tiempo no se advirtió la menor señal de visitantes en el granero y el señor Hollister decidió que él y las pequeñas debían volver a casa para comer. Cuando llegaron, Pete dijo:

—Pam y yo haremos la vigilancia de la tarde.

¡Qué apetito tenían todos! Cada uno de los Hollister comió dos raciones de fricasé de pollo y pastel de manzana.

Ricky fue el primero en terminar y pidió permiso para levantarse de la mesa. Se puso el chaquetón y las botas y salió al exterior. Estaban Pam y Holly ayudando a su madre a limpiar la vajilla cuando oyeron un gran estrépito en el sótano. Luego, un grito apagado de Ricky.

—Parece que Ricky ha encontrado algo en el sótano —dijo, sonriendo, la señora Hollister.

Pronto supieron todos de qué se trataba, pues Ricky entró en la cocina, sin aliento, y anunció, a gritos:

—¿A que no adivináis una cosa? Hay un trineo de perros en el trasero del sótano. Ven, Pete. Ayúdame a sacarlo.

—Será mejor consultar antes al abuelito —aconsejó la señora Hollister—. Puede que lo guarde allí por algún motivo especial.

Ricky desapareció por la puerta tan rápido como un relámpago y corrió a la casita de sus abuelos. A los pocos momentos regresaba, respirando aún más entrecortadamente que antes.

—El abuelito ha dicho que podemos sacar el trineo. Es un «komatik» como los que se usan con los perros esquimales.

—¿De dónde lo sacaría? —preguntó Pam.

—De un viejo trampero —repuso Ricky—. Dice el abuelo que se lo compró, lo guardó y ya se había olvidado de que lo tenía.

Todos los Hollister salieron y Ricky les llevó hasta la puerta que había en un lateral de la casa y que conducía al sótano, donde se guardaban cosas que ya no se utilizaban. Entre el pelirrojo y Pete sacaron el «komatik».

—¿Verdad que es estupendo? —gritó Ricky.

—¡Es maravilloso! —afirmó Pam.

El trineo estaba provisto de todos los aparejos, y mientras examinaba las correas, Pete observó:

—¿Te acuerdas, Pam? Esto se llama una correa múltiple. Hemos

visto dibujos de esto en los libros de la biblioteca del colegio.

—¿Por qué no jugamos a que somos esquimales y paseamos en un trineo? —propuso Holly.

—Muy bien —asintió Pete—. Ricky y yo tiraremos de las riendas para que las chicas deis un paseo.

Pero aquel trabajo resultó muy duro para los muchachitos y hubo que suspenderlo pronto. Ricky dijo:

—Oíd. Pierre dijo que tenía dos perros esquimales. A lo mejor nos deja que los enganchemos a este trineo para que nos den un paseo.

Los demás consideraron que la idea era muy buena y decidieron hablar con el muchacho cuando acudiese al campo. Como en contestación al deseo de los Hollister, de repente vieron aproximarse a Pierre a través de los bosques y corrieron a su encuentro. El chico explicó que había salido antes de la escuela porque la estufa funcionaba mal.

—Estupendo —dijo Ricky, sin darse cuenta de que no era nada estupendo el que la estufa no estuviera en buenas condiciones—. Oye, Pierre, ¿podrías prestarnos tus perros para que arrastren nuestro «komatik»?

—Claro que sí —contestó, afablemente, el canadiense—. Mis esquimales trabajaron con una traílla de perros de tiro. Lo saben hacer muy bien.

Pete y Ricky fueron con él a buscar los perros. Cuando volvieron, todos los niños Hollister dedicaron palabras cariñosas y caricias a los hermosos perros. Pierre les puso los arneses y gritó:

—¡Arriba! ¡Arriba! ¿Quién quiere ser el primero en dar un paseo?



Se decidió que Pierre conduciría a los perros y Sue sería la primera en montar en el trineo. La chiquitina prorrumpió en gritos y risillas de entusiasmo.

—¡Soy una niña esquimal! ¡Soy una niña esquimal! —decía con deleite mientras el «komatik» se deslizaba, en círculo, alrededor de la casita que ocupaba la familia.

Después le tocó el turno a Holly y a continuación a Ricky. Al detener el trineo, Pierre dijo:

—Pete, ¿qué te parece si ahora conduces tú? Da un paseo a Pam.

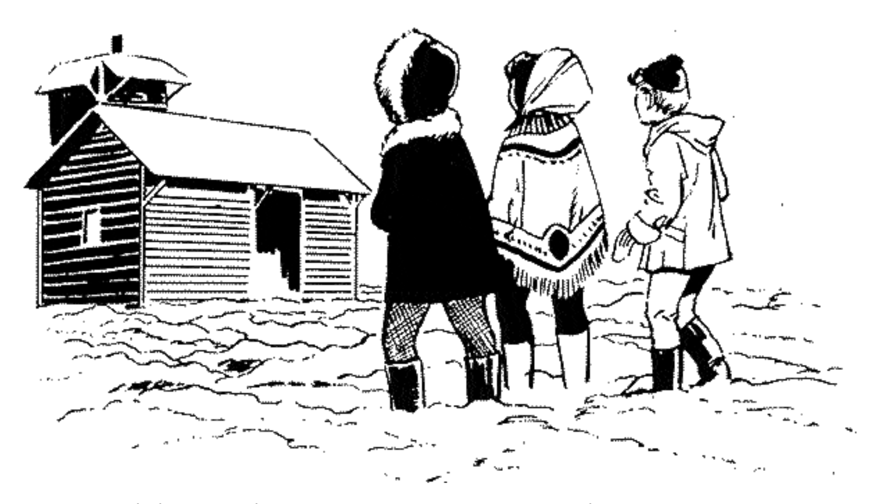
El sonriente Pete se colocó en la parte posterior del trineo. Pam se sentó y propuso que fueran hasta el granero abandonado. Habló a Pierre del cachorro desaparecido y dijo que Pete y ella iban a ir a hacer guardia en el granero. Pierre contestó que él les seguiría para llevarse los perros.

—Lo que me decís es un misterio —siguió diciendo—. Espero que lo podáis resolver esta tarde.

Pete dio un grito de ánimo a los perros y éstos se pusieron en marcha. Cuando llegaban al granero dijo a su hermana:

—¡Esto es emocionante! Me gustaría poder conducir algún día un trineo de carreras.

Pam sonrió a su hermano y bajó del «komatik». A los pocos momentos llegaron los otros y Pete descorrió la puerta del granero. Al instante, todos dejaron escapar una exclamación de sorpresa. ¡No quedaba más que un cachorro! Pam miró asustada a Pete.



—¡No debimos dejar este granero sin vigilancia ni un momento! —murmuró.

Sue se echó a llorar, diciendo:

—Los pobrecitos perrines… Los han robado los hombres malos…

Pierre estaba muy extrañado y no comprendía nada, de modo que Pete le habló de Stockman y Gates, diciendo que sus hermanos y él sospechaban que los hermanos Greeble podían ser los «malos», disfrazados. A uno de ellos le llamaban Stocky.

Pierre dio un silbido de sorpresa. Cuando él y los Hollister más pequeños se disponían a marchar al Campo Copo de Nieve, Sue tomó la mano de Pam para decir, con vocecita suplicante:

—No dejes que esos malotes os atrapen.

—No nos atraparán —le aseguró Pam—. Pete y yo volveremos y traeremos aquí a papá y al abuelito.

Sue, muy tranquilizada, se sentó, en el «komatik», para regresar. Cuando se quedaron solos, Pete y Pam empezaron a observar los alrededores, por si se les ocurría una explicación a lo sucedido.

—No hay huellas de pies —dijo Pete, al cabo de un rato.

Un poco más tarde Pam opinó que debían marcharse. En ese momento, los dos hermanos se encontraban detrás del hombre de nieve. Pete tomó a Pam por un brazo y cuchicheó:

—¡Mira! ¡Un perro!

Un hermoso perro esquimal de pecho robusto y peludo rabo se dirigía al granero. Mientras los dos hermanos Hollister observaban,

el animal penetró por el resquicio que había entre los tablones, desapareciendo. Un momento más tarde volvía a salir, llevando al cachorro bien sujeto entre los dientes.

—¡Cuánto me alegro de que haya venido a buscar a su hijo! —dijo Pam—. Vamos a hablar con la perra.

Pete retuvo a su hermana por un brazo, diciendo, muy nervioso:

—Podría ser la famosa «Fluff». Se parece a la que vimos en la televisión.

—Sí, se parece —concordó Pam.

—¿Y si la seguimos? —propuso Pete—. ¡A lo mejor nos lleva hasta Traver Nelson!



Esperanzados, los niños corrieron tras la perra esquimal, manteniéndose a alguna distancia, para no resultar sospechosos. Pero era fácil seguir a la perra, aunque la perdieran de vista, por las huellas que iba dejando. Corrieron durante casi quince minutos; luego el perro se metió por un estrecho barranco, lleno de nieve y grandes pedruscos. Súbitamente, el animal desapareció.

—¿Cómo vamos a pasar alrededor de esta enorme roca? —dijo Pam.

Pete apoyó una mano en la roca que decía su hermana. En seguida puso expresión de asombro.

—¡Pam! —murmuró, con voz ronca—. ¡Esto no es una roca! ¡Es una casa!

La niña quedó atónita. Luego se fijó en un trecho que en la nieve despedía un brillo especial. Con el corazón palpitante, Pam se aproximó e hizo señas a su hermano para que la siguiera.

—Pete —dijo en voz baja—, aquí hay una ventana cubierta de nieve.

Por un momento, los niños conversaron en murmullos. ¿Qué convenía más, intentar encontrar al perro, o mirar el interior de aquella casa tan bien disimulada?

—Vamos a inspeccionar la casa —dijo Pete.

Pam apoyó su mano enguantada y frotó, para hacer caer la nieve. Los dos niños miraron a través del cristal y lo que vieron les hizo ahogar una exclamación de miedo.

NOTICIAS MARAVILLOSAS



Mirando atentamente, Pete y Pam pudieron ver, en la chimenea de la esquina, una hoguera mortecina. Delante de la chimenea, tumbado en un catre, había un hombre delgado. Delante de él se encontraban dos barbudos leñadores.

—¡Los hermanos Greeble! —cuchicheó Pete.

Los tres hombres estaban hablando y sus voces empezaron a sonar cada vez más fuertes. El llamado Stocky levantó una mano ante el hombre que estaba tendido en el catre.

—¡Oiga, Nelson! —dijo—. Nos hace falta ese perro. ¿Dónde está escondido?

Al oír decir «Nelson» los dos hermanos quedaron sorprendidos.

—¡Traver Nelson! —dijo Pam, temblando de nerviosismo—. ¡Le hemos encontrado!

—¡Chiisss! —aconsejó Pete—. Hay que escuchar lo que están diciendo.

Como señor Nelson no contestaba, el otro hermano dijo:

—Nosotros encontraremos a «Fluff» y sus cachorros, de modo que más vale que nos lo diga usted. ¿Dónde está ese animal?

Traver Nelson murmuró una respuesta que los niños no pudieron

oír. Los Greeble parecían disgustados y se dirigieron a la puerta del fondo de la habitación.

Pete y Pam se apartaron de la ventana y decidieron rápidamente lo que convenía hacer. No podían ni pensar en capturar a los dos barbudos.

—Pero si intentan llevarse a «Fluff» y sus hijos… ¡yo les detendré! —decidió valerosamente Pete.

—Dios quiera que «Fluff» esté bien escondida y no se deje ver.

Los dos hermanos contuvieron la respiración. No se veía ni oía a «Fluff» mientras los dos hombres salieron y se alejaron. A los pocos minutos se perdían de vista.

—¡Tendríamos que ir a casa y avisar a la policía! —apremió Pete —. ¡Vamos!

Pero Pam, que había vuelto a acercarse a la ventana, dijo:

—No, Pete. Parece que el pobre señor Nelson está enfermo. Debemos entrar a ver si podemos ayudarle.

Pete dio la vuelta por la esquina de la casita, buscando la puerta.

—Está bien disimulada —dijo, al encontrar el pestillo.

Cuando los dos hermanos entraron en la casucha, el hombre del catre se asustó momentáneamente. Luchó por incorporarse, acodándose en el colchón.

—No se asuste —le dijo Pam—. Somos los Felices Hollister y hemos venido a ayudarle.

—Usted es Traver Nelson, ¿verdad? —preguntó Pete, mirándole a la cara.

El hombre se dejó caer de espaldas sobre el colchón y murmuró con voz ronca:

—¿Los Felices Hollister?… ¿Habéis venido a ayudarme…? Pero ¿cómo sabéis?…

—La hermana de usted es maestra de Pam —explicó Pete—. Ella desea encontrarle. Hace un año que la señorita Nelson no sabe nada de usted.

Traver Nelson alargó una mano para apoyarla en el brazo de Pam.



—¿Quieres decir que no ha recibido mis cartas? ¡Qué lástima! Cuando decidí ocultarme y no aparecer hasta poco antes de la carrera, les escribí, explicándoselo. Supongo que el hombre a quien di las cartas no las echó al correo.

Traver Nelson siguió explicando que había llegado allí hacía tres días y que estuvo enfermo desde entonces. Sus reservas de comida y carne para los perros se habían agotado.

—¡Hace tres días! —exclamó Pete—. ¿Iba usted conduciendo un trineo, cerca de la estación, el domingo por la mañana?

—Sí.

—¿Dónde están sus perros? —preguntó Pam.

—Dos hombres me los han robado todos, menos uno, desde que estoy aquí. La que me queda es mi perra «Fluff». El año pasado, después que «Fluff» perdió la carrera, esos hombres quisieron comprarla barata. Como no se la vendí, intentaron robármela. Por

eso me escondí.

Pam le explicó que habían encontrado los cachorros de «Fluff» en el granero abandonado y el señor Nelson, a pesar de su estado, sonrió tristemente, diciendo:

—«Fluff» es muy inteligente. Le dije que para despistar a esos hombres, se llevase los cachorros, y ella lo ha hecho.

—Pero ahora ha vuelto a traerlos —repuso Pam, preocupada—. Nosotros tendremos que irnos antes de que vuelvan esos hombres.

El señor Nelson dijo que los niños podrían encontrar a los perros en un pasadizo secreto, cubierto de nieve, al que se podía entrar únicamente por un orificio entre las rocas. Dijo a Pete cómo podía encontrar aquel lugar y señaló una linterna que había en la repisa de la chimenea. Pete la tomó y salió de la casita. Cuando encontró el pasadizo, se arrodilló a la entrada, enfocó allí el haz de la linterna y llamó:

—¡«Fluff»! ¡Ven aquí, «Fluff»!

Al principio, nadie atendió a su llamada. Pero pasado un rato, la hermosa cabeza del perro esquimal apareció en la abertura.

—Tu amo te necesita —dijo Pete, acariciando al perro—. Y tus hijos también.

La perra volvió al interior del pasadizo. Un momento después reaparecía con el cachorro gris. Pete lo sostuvo en brazos mientras «Fluff» iba a buscar a los otros dos. Pete volvió con todos a la casita y «Fluff» corrió a buscar la mano de Traver Nelson. Los cachorros se acomodaron, hechos un ovillo, ante el fuego.

—¿Cómo se llaman? —preguntó Pam.

—El marrón es «Peludo», el blanco «Ártico» y al gris le llamo «Amanecer» —dijo el señor Nelson, que se quedó mirando con ternura a la perra y acabó murmurando—: Amiguita, mi sueño relativo a la carrera se ha esfumado. Tampoco ganarás este año y la Policía Montada no sabrá lo magníficos que son tus cachorros, de modo que no los comprarán.

Pete procuró consolar al hombre, diciendo:

—¿No puede conseguir otro grupo de perros para que los dirija «Fluff»? Otra persona, que no sea usted, podría conducir.

—No. No creo que a «Fluff» le gustase trabajar para nadie que no sea yo.

Pam se había acercado a la ventana y volvió la cabeza diciendo que se estaba haciendo tarde. Pete y ella debían marcharse en seguida, antes de que oscureciera en el bosque.



En ese momento los dos hermanos quedaron sorprendidos al oír pronunciar sus nombres. Pam salió corriendo, seguida de Pete. ¡En lo alto de una cuesta estaban Holly y Ruthie Jansen! Las dos iban provistas de esquíes.

—¡Huy, qué contenta estoy de haberos encontrado! —exclamó Holly, tranquilizada—. Mamá nos envió a buscaros al viejo granero, pero no os vimos allí.

—Seguimos vuestras pisadas —explicó Ruthie.

Pete explicó lo que había sucedido, y añadió:

—Con esquíes vosotras podéis llegar al Campo de los abuelitos mucho antes que nosotros, que vamos a pie. Corred, Holly, y decidle a mamá que telefonee a un médico.

—Además le decís que Pete y yo vamos a ir con «Fluff» y sus cachorros —añadió Pam.

Las dos niñas esquiadoras se alejaron, muy contentas. Pete y

Pam volvieron a la casita para decir al señor Nelson que pronto llegaría un médico a atenderle y que ellos se llevaban a los perros a su casa.

—Le guardaremos los animales hasta que ya no sea posible que los Greeble se los lleven —prometió Pete.

—Sois unos niños muy buenos —dijo el enfermo, que, volviéndose a «Fluff», indicó—: Vete con ellos.

Cuando los dos hermanos mayores y los perros llegaron a casa, todo el mundo quedó muy emocionado. La familia entera estaba allí para felicitar a Pete y Pam. El abuelo les abrazó, exclamando:

—¡Habéis hecho lo que nadie más ha sido capaz de hacer! ¡Nada menos habéis encontrado a Traver Nelson!

La abuela les hizo saber que ya se había telefoneado al médico, el cual llegaría inmediatamente.

—Y hay más cosas —anunció Ricky—. El señor Sello llevará al médico en su coche de nieve y luego los dos traerán al señor Nelson aquí.

—Yo puedo ser su enfermera y ayudarle a que se cure —se ofreció Holly.

—Mamá, ¿no crees que debemos dar la noticia en seguida a la señorita Nelson? —dijo Pam.

La señora Hollister asintió.

—Ve a la casa de los abuelos y telefonea a la oficina de telégrafos —indicó.

—Yo iré contigo —dijo el padre—, para informar a la Policía Montada sobre los Greeble.

Cuando acabaron de telefonear y de enviar el telegrama a la señorita Nelson, el coche especial para la nieve llegó a Campo Copo de Nieve. Pam y su padre siguieron al vehículo hasta la entrada de su casa. Allí el señor Sello y un hombre joven desmontaron.

—¡De modo que habéis encontrado a Traver Nelson! —dijo el señor Sello, mientras toda la familia le rodeaba. En seguida presentó a su acompañante, diciendo que era el doctor Jacques, y preguntó—: ¿Dónde está Nelson? Iremos a buscarle inmediatamente.

—Yo le indicaré el camino —dijo Pete.

Él y Pam subieron al vehículo y, por el camino, contaron al

señor Sello y al médico todo lo ocurrido. Los dos hombres dijeron que les gustaría ayudar a capturar a los Greeble.

Dirigidos por Pete y Pam, no tardaron en llegar, en el automóvil especial, a la bien disimulada casita.

—Yo solo no habría sido capaz de localizar este sitio —dijo el médico.

Pete y Pam esperaron fuera, con el señor Sello. Unos momentos después el doctor les llamó, diciendo que podían entrar.

—El estado del señor Nelson se debe exclusivamente a la ardua vida que ha llevado durante su viaje desde la región norte, y a la preocupación respecto a lo que ocurriría con los hermanos Greeble. Con descanso, atención y buenos alimentos estará curado en cosa de un mes. Pero es necesario que salga de aquí en seguida.

Los niños ayudaron a Traver Nelson a ponerse su chaqueta y su gorro de pieles. El doctor Jacques le cubrió con varias mantas y entre él y el señor Sello, llevaron al criador de perros esquimales al coche.

El señor Sello puso el motor en marcha y condujo con toda la rapidez posible hacia la casa de los Hollister.

—Por aquí —indicó la señora Hollister—. Llévenle a nuestro dormitorio. Nosotros cuidaremos de él.

—Pero esto va a ser mucha molestia —protestó Traver Nelson.

La señora Hollister, con una sonrisa, respondió:

—Tengo tres pequeñas enfermeras para ayudarme.

—Yo primero —se ofreció Sue—. Puedo traerle unos pijamas de papá al señor Nelson. Voy a buscarlos.

Mientras el médico estaba en la habitación con su paciente, el señor Sello acarició a «Fluff» y comentó:

—Es una pena que Traver Nelson no pueda correr con su trineo en las carreras de este año. Esto seguro de que este perro ganaría.

—Pero los otros perros esquimales del señor Nelson los robaron los Greeble —recordó Pam—. Habíamos olvidado decírselo.

Entonces se acercó a la ventana para mirar al exterior. La casita de los dos hermanos estaba oscura. Al parecer no habían vuelto y la niña se preguntó si nunca lograrían atraparles.

—Yo podría conseguir una pareja de perros esquimales —dijo el señor Sello en voz baja, como hablando para sí mismo—. «Fluff»

haría triunfar a cualquier grupo. Si pudiera conseguir otros dos perros…

Entonces a Pete se le ocurrió decir:

—Señor Sello, nosotros podríamos pedir prestados los dos perros a Pierre. Yo puedo preparar un «komatik». Si yo aprendiese a conducir bien un grupo de perros, ¿podría participar en la carrera?

EL SECRETO DE HOLLY



Al oír la proposición de Pete, decidido a conducir un trineo en la carrera, el cartero y el señor Hollister se miraron.

—¡Por todos los demonios! —exclamó el señor Sello—. Oreo que vales bastante como para lograr conducirlos bien, Pete.

—¡Ya lo creo! —declaró el abuelo con los ojos brillantes—. Señor Sello, entre usted y yo podríamos enseñar a este mocito los detalles más importantes.

—Mañana es el último día de inscripción —recordó Pete.

—Yo arreglaré eso —prometió el cartero—. Y conseguiré los dos perros de que he hablado. Pete, creo que debes telefonear a Pierre para que te reserve los dos animales.

El señor Hollister opinó que antes que nada debía pedirse permiso al señor Nelson, quien, desde luego, lo concedió en seguida. Luego Pete fue a toda prisa a la casa de su abuelo y telefoneó a Pierre. A su nuevo amigo le pareció una gran idea y prometió llevarle sus perros a la mañana siguiente, antes de ir a la escuela.

—Todo arreglado —dijo Pete, al regresar junto a los otros—. Menos una cosa. Debemos traer el «komatik» del señor Nelson. Está

en la casita donde le hemos encontrado a él.

El señor Hollister prometió acompañar a Pete allí, después del desayuno. Entre los dos arrastrarían el trineo.

Con todo aquel asunto, el abuelo estaba casi tan nervioso y emocionado como su nieto.

—Conozco un lugar ideal, junto al lago, donde podemos practicar —dijo.

Al poco rato, el doctor Jacques salió de la habitación del señor Nelson, diciendo que el paciente ya estaba mejor. El médico y el cartero se habían despedido y estaban ya en la puerta, cuando el señor Sello se volvió para decir:

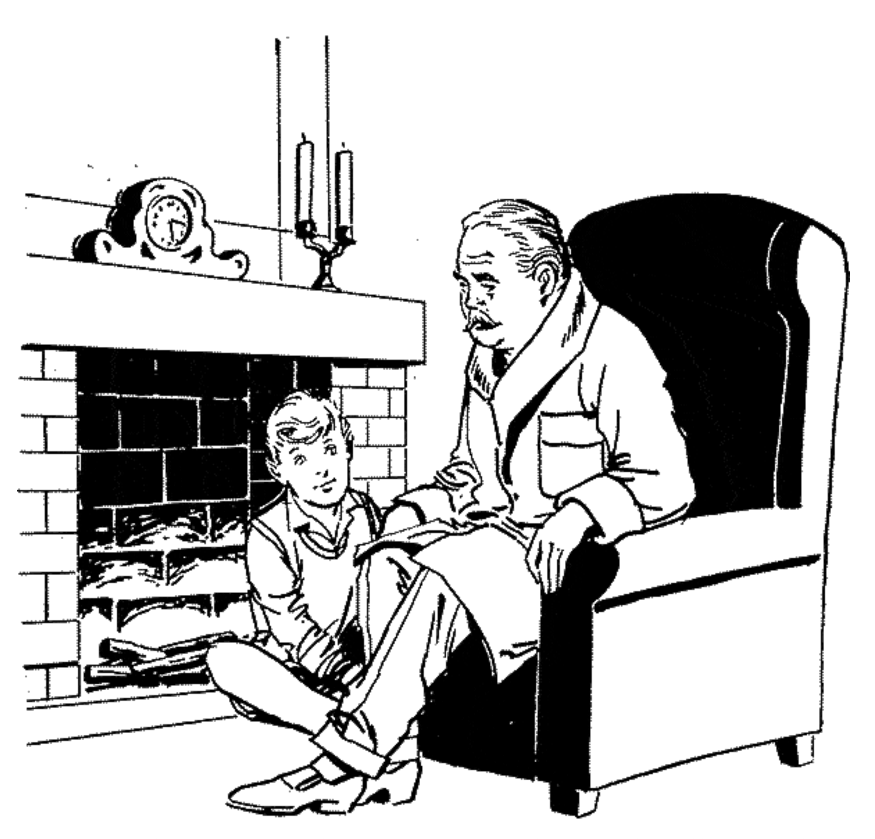
—Iré a verte al lugar que tu abuelo ha sugerido para hacer prácticas, mañana, después de que entregue la correspondencia. Hacia las dos de la tarde.

En cuanto se cerró la puerta, la señora Hollister entró en la cocina para preparar la cena. Luego, toda la familia, incluidos los abuelos, se sentaron a la mesa.

—¡Qué «ventura» tan emocionante! —tartamudeó Sue, frotándose los ojitos cargados de sueño.

—Tendremos un millón de cosas que contarle a la señorita Nelson cuando volvamos a casa —calculó Ricky.

Cuando todos acabaron la cena, Pete fue a mirar por la ventana. La casita de los Greeble continuaba sin luz.



—Dos Policías Montados están haciendo guardia allí —explicó el abuelo—. Y otros les buscan. Esperemos que les detengan pronto.

Después que los abuelos dieron las buenas noches y se marcharon a su casa, la señora Hollister dijo a sus hijos que debían retirarse a dormir. El día siguiente iba a ser muy ajetreado. Antes de acostarse, averiguaron cómo seguía el señor Nelson; la madre abrió la puerta del dormitorio y entró de puntillas a ver al paciente.

—Se ha dormido y tiene mucho mejor aspecto —dijo, sonriendo, al salir de la habitación.

Se decidió que el señor y la señora Hollister ocuparan la habitación de los chicos y éstos durmieran en unos catres individuales, en la sala.

A la mañana siguiente, Pete y su padre se levantaron temprano y fueron a buscar el «komatik» del señor Nelson, especial para carreras. Cuando ellos regresaban, llegaba Pierre, andando sobre raquetas y llevando a sus dos perros esquimales.

—¡Buena suerte! —deseó el chico a Pete, mientras sus perros se acercaban a olfatear al que iba a ser su dueño por corto tiempo.

Pete esperó con impaciencia a que llegase la hora de ir a probar su habilidad como conductor. Pam le recordó que, entre tanto, podían ir a Froston y presenciar los saltos de esquí infantil.

—A Ruthie le molestaría que no fuésemos —dijo Holly, riendo y mirando a su madre.

La sonrisa y la mirada que la señora Hollister dedicó a la pequeña hicieron sospechar a Pam que entre Holly y su madre había algún secreto. Pero no se habló nada más. Cuando llegó el abuelo con el trineo tirado por «Galante», toda la familia, menos Holly, pareció sorprendida de que todos los Hollister acudiesen a las pruebas.

Al llegar a la zona en donde se celebraban los festivales, los visitantes vieron que todo resultaba aún más festivo y más adornado que antes. Ondeaban banderas de diferentes países y por todas partes iban y venían hombres uniformados. Muchos visitantes, con trajes de alegres colores, hablaban nerviosamente, mientras esperaban para ver los campeonatos de esquí.

—La clase de Ruthie es la primera —explicó Holly, viendo que un chiquillo se colocaba en la pista infantil. El niño aterrizó perfectamente y descendió por la rampa con toda suavidad. Luego le correspondió saltar a Ruthie, que resultó tan bonita como un pájaro en pleno vuelo.

—Es asombrosa —comentó el señor Hollister.

—Y muy buena maestra —afirmó Holly—. ¡Deseo que gane!

Después que hubieron saltado todos los esquiadores juveniles, hubo una pausa de varios minutos. Luego, por los altavoces se oyó una voz de hombre, anunciando:

—Primer puesto para la pequeña Ruthie Jansen, de Noruega.

—¡Hurra! —gritaron todos los niños Hollister.

Todos… excepto Holly, que había desaparecido.

—¿Dónde está Holly? —preguntó Pam, a su madre.

—Escuchad y tened los ojos bien abiertos —fue la respuesta, dada con voz alegre, de la señora Hollister.

Después de citar a los niños que habían ganado el segundo y tercer puesto en el concurso, el hombre del altavoz dijo:

—A continuación presenciaremos una carrera de esquí entre niños principiantes en este deporte. Se han inscrito nueve niños canadienses y una niña de los Estados Unidos. Esta niña es Holly Hollister, nieta de los propietarios del Campamento de Nieve.

—¡Mamá, tú estabas enterada! —exclamó Pam.

—Sí. Y también papá y los abuelitos.

Los hermanos de Holly estaban tan emocionados que empezaron a dar saltos y a sacudir los brazos. En cuanto se hubieron leídos los nombres de todos los participantes, los diez esquiadores se alinearon.

¡Bump! El disparo de salida. ¡Los concursantes ya estaban corriendo!

—¡Oooh!

Sue dio un gritito, viendo a Holly a punto de caer.

Durante unos treinta metros la carrera fue muy bien. Luego, tres niñas canadienses se cayeron. ¡Un momento después dos niños tropezaban y rodaban por la nieve! Los otros cuatro continuaron deslizándose sobre los esquíes.

—¡Canastos! —gritó Ricky, viendo que otros dos canadienses sufrían un encontronazo y se retiraban—. ¡Holly continúa! ¡Corre, Holly!

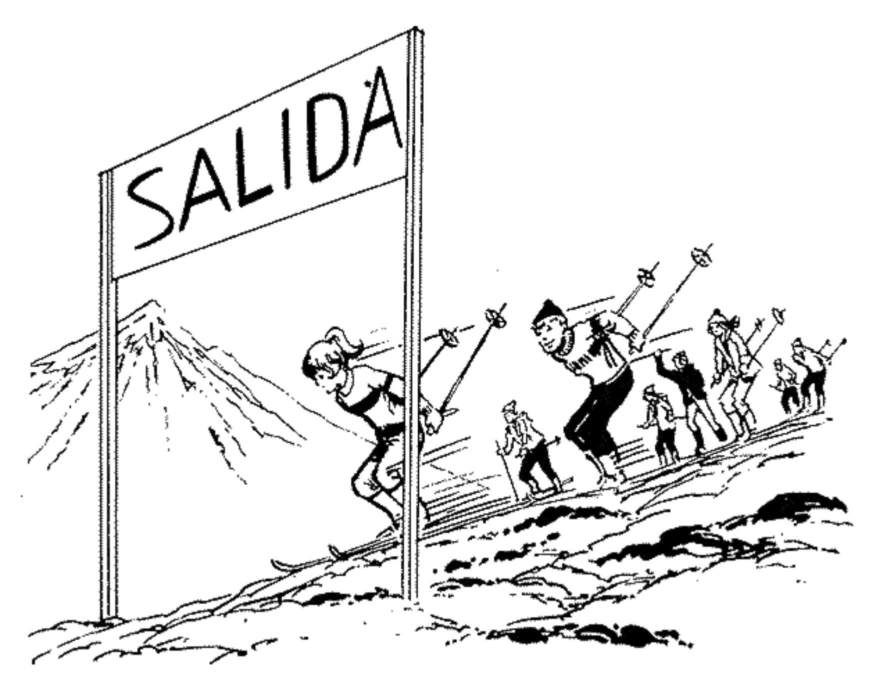
Su hermana llevaba la cabeza descubierta y sus trencitas se levantaban muy tiesas, a su espalda, empujadas por el viento. Ella y dos niños avanzaban ahora veloces, hacia la meta. De repente Holly se inclinó un poco más sobre sus esquíes y dio un pequeño salto. Los Hollister contuvieron el aliento. ¿Era que la pobre Holly había dado un traspiés? ¡No! Se trataba de un bonito salto que le proporcionaría unos cuantos puntos en la calificación.

—¡Holly gana! ¡Holly gana! —vociferó, entusiástico, Ricky, viendo a su hermana cruzar la línea de meta.

Y todos los Hollister se abrazaron, llenos de alegría. En seguida acudieron a felicitarla, ante la tarima de los jueces, y presenciaron cómo le hacían entrega del premio, que consistía en una pequeña copa de plata que llevaba grabada la fecha y el título del concurso.

—¡Ha sido espléndido! —dijo el señor Hollister, aplaudiendo.

Toda la familia le imitó.



Después de presenciar la actuación de otros pequeños esquiadores, los Hollister se marcharon a casa. Durante la comida, en la que estuvieron presentes los abuelos, se habló de lo rápidamente y lo bien que Holly había aprendido a esquiar.

—Ha sido gracias a Ruthie —dijo Holly—. Oye, abuelita, ¿podría invitarla a comer con nosotros en la fiesta de Acción de Gracias? Ella nunca ha celebrado esa fiesta.

—Claro que puedes, Holly —repuso la abuela—. Después de comer ve y la invitas. Y ahora yo propongo que hagamos lo mismo con Pierre.

—Sí, sí —contestaron todos los niños.

Y le correspondió a Ricky ir a visitarle.

En secreto, Pete no hacía más que suspirar por que él pudiera salir de la carrera tan airoso como habían salido Holly y Ruthie de sus respectivas pruebas. Pero era esperar demasiado, puesto que él tendría que competir con hombres muy expertos.

Además, existía la posibilidad de que se presentasen los Greeble a provocar conflictos. Hasta el momento, ninguno de los dos hombres había vuelto, ni la policía les había localizado.

Poco antes de las dos, llegó el abuelo en el trineo y a él subieron

los niños y los tres perros esquimales. ¡Cuánta carga! El señor Hollister ató el «komatik» a la parte trasera del trineo y «Galante» se puso en camino.

—¡Qué «mocionante»! —exclamó Sue, imitando a sus hermanos.

Mientras se dirigían a la cita con el señor Sello, el abuelo dijo:

—Un tronco de perros puede recorrer de veinte a treinta millas por día. El comandante Mac Millan, el famoso explorador, hizo recorrer a sus perros cien millas en dieciocho horas.

—¡Canastos! —se asombró el pelirrojo.

—¿Los perros esquimales galopan como los caballos? —quiso saber Sue.

—Sí. Galopando pueden recorrer veinte millas en una hora. Pero lo más corriente es que marchen a un trote rápido y uniforme.

Pronto llegó «Galante» a la orilla del lago y cruzó sobre el agua helada, ahora cubierta por una capa de nieve. Cuando llegaron al otro extremo del lago, Ricky gritó:

—¡Veo un coche! ¡Es el señor Sello con dos perros esquimales!

El pequeño señalaba un grupo de abetos y el abuelo condujo a «Galante» en aquella dirección. Cuando pasaron junto a un gran agujero en el hielo, Ricky preguntó para qué servía.

—Es que alguien ha estado pescando a través del hielo —repuso el abuelito.

—¡Hola, hola! —saludó el señor Sello, deteniendo su vehículo.

«Fluff» saltó del trineo y corrió junto a los otros perros esquimales cuya correa sostenía el cartero. Los otros dos perros del trineo también saltaron a tierra y todos formaron un grupo amigable que parecía estar charlando.

—¡Son amigos! —exclamó Sue, con deleite.

Pete respiró con alivio. Eso haría que resultase más fácil manejar a los animales.

—Primero tienes que aprender a poner los arneses a los cinco perros —dijo el abuelo, ayudando a Pete a enganchar, uno tras otro, a los animales—. Como ves, se enganchan por parejas. «Fluff» va delante.

Cuando estuvieron preparados, el señor Sello buscó en su coche y sacó una larga fusta. Holly la miró, con terror.

—¿No irán a pegar a los perrines con eso? —preguntó.

El señor Sello se echó a reír.

—Claro que no —dijo—. Nosotros no azotamos a los animales. Sólo lo hacemos restallar para hostigar a los perros y conseguir que vayan más de prisa.

Con movimientos de la muñeca hizo que el látigo se estremeciera ruidosamente, varias veces. Luego le llegó el turno de hacerlo a Pete.

—Ahora, conduce lentamente —dijo el abuelo.

Pete saltó a la parte trasera del trineo, sosteniendo el látigo en la mano derecha.

—¡Vaaa! —gritó. Y los perros se pusieron en marcha.

Un momento después, corrían a mayor velocidad de lo que Pete había calculado. Pero diciendo «eeh» para llevarles hacia la derecha y «ooh» para ir a la izquierda, tal como el señor Sello le iba indicando, Pete condujo a los animales esquivando los obstáculos. Luego condujo a «Fluff» y sus congéneres por la superficie del lago, suave y deslizante, muy atractiva para un principiante como él.

Entonces Pete pensó que debería emplear el látigo.

—¡Vaaa! ¡Más de prisa, «Fluff»!

El hermoso animal hizo un giro y emprendió el galope por la superficie del lago. De repente el «komatik» patinó.

¡Pete se vio lanzado fuera de su asiento, cayó en el hielo y resbaló, veloz, hacia el agujero abierto por algún pescador!

LA PASAJERA DESAPARECIDA



—¡Ooh! —gritó Pam, viendo que Pete resbalaba hacia el gran orificio en el hielo.

Pero, en el momento en que llegaba al borde del agujero, Pete hizo un giro brusco y se apartó. Los demás niños corrieron a su lado, seguidos por el abuelo y el señor Sello.

—¡Vaya! —exclamó el abuelo, rodeando con un brazo los hombros de Pete—. ¡Por poco te has escapado del remojón!

Y el cartero añadió:

—Creo que has aprendido una buena lección, Pete. Hiciste el giro demasiado rápido.

—En adelante tendré más cuidado —prometió Pete.

Al trote, «Fluff» volvió junto al muchachito. De nuevo Pete subió al «komatik» y condujo a los perros por la helada superficie del lago. Esta vez supo controlar a los perros mucho mejor y hasta se atrevió a hacer una breve carrera. Al cabo de una hora de estar practicando, el abuelo llamó a su nieto para decirle, lleno de orgullo:

—¡Buen trabajo, Pete! Eres un conductor de trineos innato.

—El mérito es de «Fluff» —aseguró Pete—. ¡Es una perra

estupenda!



—Lo que pasa es que a ti te aprecia —opinó Pam—. «Fluff» sabe que tú has ayudado a su amo. —Y la niña, mirando a su abuelo, preguntó—: ¿Verdad que eso hará que todo vaya mejor durante la carrera?

—Indudablemente —asintió el abuelo—. «Fluff» es un perro muy inteligente y se encargará de conducir bien al resto de sus compañeros. Creo, Pete, que tendríamos que ir a la pista para que conduzcas allí unas cuantas veces.

El señor Sello se ofreció para llevar a los demás a casa en su útil vehículo. Al llegar, Ricky corrió hasta sus padres, que les esperaban en la puerta, y gritó:

—¡Canastos! Pete sabe conducir un trineo con perros tan bien como un esquimal.

El señor y la señora Hollister sonrieron y ella preguntó:

—Entonces, ¿cree que Pete tiene una pequeña oportunidad de ganar?

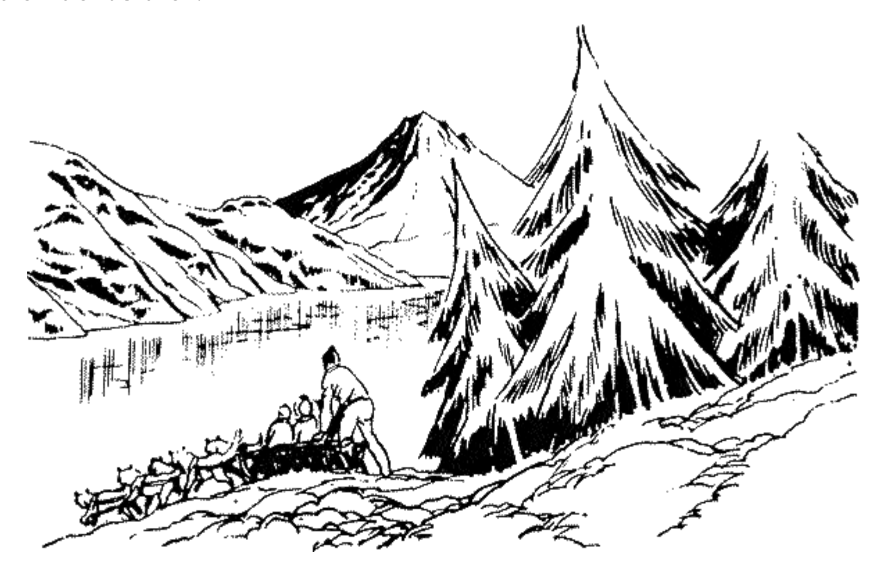
—¡Una pequeña oportunidad! —exclamó el señor Sello—. Yo diría que tiene una buena oportunidad, si todo es honrado y justo, y no como el año pasado.

Cuando el cartero se hubo marchado, el señor Hollister miró a su esposa y le hizo un guiño.

—¿Se lo decimos ahora? —preguntó.

—Yo creo que sí, John.

—Acabamos de recibir un telegrama de la señorita Nelson —anunció el padre—. Llegará a Froston mañana por la mañana, en el tren de las diez.



—¡Viva! —gritó Holly—. Así podrá comer pavo con nosotros.

—Hay más noticias buenas —dijo el señor Hollister—. El doctor Jacques ha visitado a Traver Nelson y ha dicho que podrá comer con nosotros en la fiesta de Acción de Gracias.

Pam palmoteó, feliz.

—¡Oh, qué fiesta tan maravillosa será!

Aquella noche, Traver Nelson dio a Pete algunas instrucciones sobre la carrera.

—Si crees poder pasar al trineo que vaya delante, asegúrate de no pasarle muy cerca. De lo contrario, los arneses de unos y otros perros podrían enredarse. Y en aquel barranco tan estrecho no adelantes a nadie.

Se decidió que Pete haría nuevas prácticas en la mañana del día de Acción de Gracias. Él y sus hermanos se levantaron temprano y Sue recorrió la casa, diciendo a todo el mundo con vocecilla emocionada:

—¡Feliz día de Acción de Gracias a todos!

Siguiendo una costumbre que siempre conservaron los abuelitos, toda la familia se reunió en la salita, en torno al chisporroteante fuego, y cantaron los himnos propios del día de Acción de Gracias. Cada uno contó a los demás de qué cosas del año pasado estaba particularmente agradecido. Al final la abuela dijo:

—Y una de nuestras mayores bendiciones es que todavía seguimos siendo los Felices Hollister.

Después del desayuno, el abuelo y Pete se marcharon con los perros. El señor Hollister enganchó al trineo a «Galante» y marchó, con el resto de sus hijos, a buscar a la señorita Nelson. Varios minutos antes de llegar a la estación pudieron ver que el tren se ponía en marcha, lentamente. Había dejado a los pasajeros de Froston y reanudaba el viaje.

—¡Oh, llegamos tarde! —se lamentó Pam—. ¡Dios quiera que la señorita Nelson no se inquiete!

Cuando «Galante» se detuvo ante la plataforma de madera, los niños vieron a varios hombres a los que unos amigos estaban saludando. Pero la señorita Nelson no estaba por ninguna parte.

—Puede que esté dentro o se encuentre paseando por la estación, buscándonos —dijo Pam, algo nerviosa.

Pero su maestra no estaba dentro de la estación, ni en los alrededores.

—¿Será que se le escapó el tren de Shoreham? —dijo Holly.

—No, no —contestó Pam, sin cesar de mirar a uno y otro lado—. Nos lo habría comunicado de algún modo.

La verdad era que Pam estaba pensando en la posibilidad de que los hermanos Greeble hubieran estropeado el viaje de su maestra.

—Preguntaré al jefe de estación si la ha visto.

El jefe de estación estaba ocupado, revisando equipajes.

—¿Ha visto usted a una señorita morena, bajar del tren?

—¿Cómo? Sí, sí. Pero se marchó inmediatamente.

—¿Dónde?

—Salió por la puerta de la sala de equipajes.

Pam le dio las gracias y corrió a hablar con los demás.

—Voy a mirar allí.

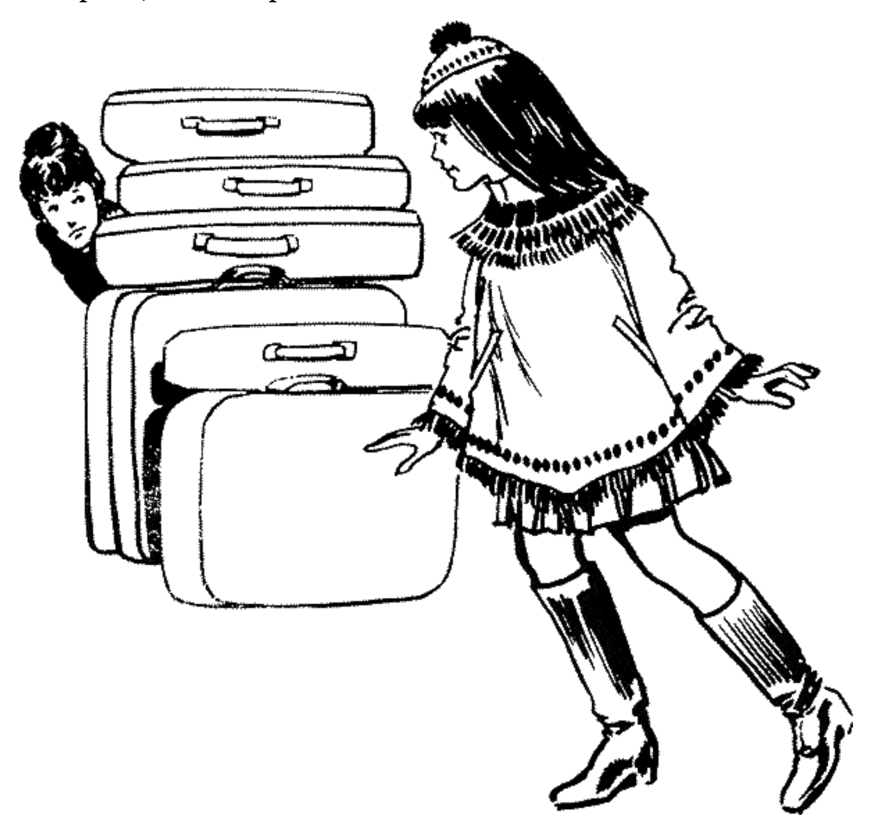
Entró inmediatamente en la sala de equipajes, atestada de maletines, sacos de correo y grandes cajas de cartón.

—¡Señorita Nelson! ¡Señorita Nelson! —llamó Pam.

Reinó el silencio unos momentos. Luego la niña oyó un susurro:

—¿Eres tú, Pam?

La maestra salió de detrás de una pila de cajas y miró, muy preocupada, hacia la puerta.



—¿Estaba usted escondida? —preguntó la niña, corriendo a abrazar a su maestra.

La señorita Nelson explicó que, en el momento de bajar del tren, había visto al señor Stockman y al señor Gates. Huyendo de ellos se metió en la sala de espera, pero, cuando también ellos entraron allí, ella corrió a la sala de equipajes.

A Pam le extrañó enterarse de que aquellos hombres estaban tan cerca. Y habló a la señorita Nelson de los dos hombres barbudos que sospechaba eran, en realidad, Stockman y Gates.

—Quitarse la barba sería para ellos como disfrazarse —dijo Pam,

muy nerviosa—. La policía no les busca sin barba.

Pam salió en seguida y habló con un oficial de lo que sospechaba. Juntos buscaron a Stockman y a Gates por toda la estación; pero no pudieron encontrarles. Por fin, cesaron en la búsqueda, aunque el policía prometió informar de lo que se sospechaba.

Mientras tanto, los otros niños y su padre habían acudido a saludar a la señorita Nelson. Pam se reunió con ellos y todos se pusieron en camino hacia el Campo Copo de Nieve.

—¡Pensar que habéis encontrado a mi hermano! —repetía la maestra una y otra vez—. ¡Éste es el día de Acción de Gracias más maravilloso de toda mi vida!

En cuanto llegaron a la casa, corrió a ver a Traver Nelson. ¡Qué encuentro tan feliz!

Los Hollister salieron de la habitación, para dejar a los dos hermanos solos unos minutos. A la una llegaron Ruthie y Pierre. Después de que les hubieron presentado a la señorita Nelson, todo el grupo se encaminó a la casita de los abuelos Hollister.

Los Hollister ancianos dieron la bienvenida a la señorita Nelson y a los demás invitados. Y la abuelita añadió:

—La comida está lista. Vengan. Cada uno a su puesto.

Pam había preparado unas tarjetas con el nombre de cada comensal. Cuando todo el mundo estuvo sentado, el abuelo llevó el pavo y lo colocó sobre la mesa.

—¡Qué pavote! —exclamó Ricky, con deleite.

Y la abuela dijo que pesaba doce kilos. El abuelo, que presidía la mesa, afiló un cuchillo de trinchar. Luego dijo:

—Creo que sería muy bonito que hoy mis nietos dijesen la Acción de Gracias.

Todos inclinaron la cabeza respetuosamente, y los niños de Shoreham dijeron una oración de Acción de Gracias. Luego, se reanudó la conversación y Pam miró a cada uno de los presentes y les guiñó un ojo. Buscando bajo su plato, sacó siete tiras de papel, que sujetó con una mano, escondiendo uno de los extremos de cada uno. Explicó que cada niño que desease un muslo de pavo debía sacar una de aquellas tiras.

—Las dos más cortas ganarán los muslos —dijo, acercando las

tiras de papel a Ruthie.

¡Cuánto se rieron los niños cada vez que uno sacaba una tirita!

—Ricky y Pierre han ganado los muslos —informó Pam.

—Entonces, ¿a mí me podéis dejar el «hueso de los deseos»? —preguntó Holly—. Tengo que pedir una cosa muy importante.

El abuelo limpió de carne el coracoides, o «hueso de los deseos», que al parecer necesitaba Holly, y la niña se lo llevó a la cocina para secarlo.

Fue una comida muy apetitosa, con crema de arándanos, cebolletas, puré de patata, patatas en pastel, apio y aceitunas y grandes vasos de leche. Mientras todos estaban muy ocupados, comiendo, la abuela iba mirándoles y riendo.

—¡Qué extraño silencio noto! Acordaos de dejar espacio en el estómago para el postre —advirtió.

Cuando todos terminaron la parte más importante de la comida, la abuelita se levantó e hizo señas a Pete para que le acompañase a la cocina. Después que, entre Pam y Holly, hubieron recogido los platos de la mesa, el muchachito y su abuela aparecieron con dos grandes pasteles. La abuela llevaba un pastel de manzana y Pete uno de calabaza, con crema batida por encima.

Al ver los dulces, a Traver Nelson se le iluminaron los ojos.

—Esto, para mí, es mejor que una medicina —declaró—. Ustedes, los Hollister, me harán quedar sano en un santiamén.

Al concluir la comida, todos se sentaron ante la chimenea, mordisqueando nueces y caramelos de menta.

—¡Uuff! —masculló Pete—. Espero no seguir tan atiborrado mañana, o no podré participar en la carrera.

—Más bien creo que mañana estarás más fuerte que nunca —dijo, jovial, la señorita Nelson.

En ese momento, Holly preguntó:

—Abuelita, ¿ya estará bastante seco mi «hueso del deseo»?

—Creo que sí —contestó la abuela, encaminándose a la cocina para traer a su nieta el preciado huesecillo.

—Quiero que mamá pida el deseo conmigo —dijo la niña.

De modo que Holly sostuvo el hueso por un extremo y su madre por el otro. A continuación la niña miró al techo y se acarició la nariz con la punta de una trenza, mientras pensaba intensamente en

lo que tanto deseaba.



—¿Preparada? —preguntó la madre.

—Sí.

Ambas tiraron del hueso y Holly deseó que Pete ganase la carrera al día siguiente. ¡Chas! ¡La parte de la señora Hollister se rompió, de manera que la ganadora resultó Holly!

Durante la tarde el grupo se divirtió cantando y haciendo juegos.

—Esta Acción de Gracias ha sido la más «perciosa» de todas — dijo Sue a su abuela, antes de marchar a su casa.

—Me parece una costumbre estupenda —afirmó Ruthie—. Me gustaría que en mi país la imitasen.

Mientras los Hollister regresaban a casa, empezó a nevar.

—Es lo que nos hacía falta para lograr una buena carrera —dijo Pete, muy contento—. Espero que mañana la pista esté seca, para que «Fluff» no tenga que llevar botas.

A la mañana siguiente, a las diez, cientos de personas se alineaban ante la pista, para presenciar la carrera de trineos. Ya había tres concursantes preparados cuando, de repente, se presentó otro.

—¡Pero si es un chiquillo! —exclamó uno de los espectadores, perplejo.

—Y conduce a «Fluff» —añadió otro—. ¡Esto sí que es una sorpresa!

El veterinario hizo una breve revisión a «Fluff» y sus compañeros. Dejó pasar a todos sin poner objeciones y Pete se encaminó a la línea de salida. El señor Rice, el presidente, anunció que Pete acudía en sustitución del señor Traver Nelson, que había estado enfermo. Entre la multitud se levantó un gran griterío.

—¡Preparados!

¡Sonó el disparo y principió la carrera!

LA GRAN CARRERA



Los tres hombres que participaban con Pete en la carrera tenían mucha más experiencia en la conducción de perros esquimales y muy pronto adelantaron al muchachito.

—¡Oooh, Pete se está quedando atrás! —se lamentó Holly.

—No te preocupes —le dijo la madre—. Es una carrera larga y Pete aún tiene posibilidades.

Entre tanto Pete hizo restallar el látigo en el aire y apremió a los animales para que se diesen prisa.

—¡Vaa! ¡Vaa! —gritó, y pudo notar el fuerte tirón de los perros.

Al tomar la primera curva recordó su experiencia en el lago y utilizó el freno muy adecuadamente. Pronto empezó a dar alcance a los trineos que le llevaban la delantera. Mientras adelantaba al último de ellos, Pete gritó:

—¡Vaa, «Fluff», vaa!

La perra tensó los músculos, mientras tiraba con más y más fuerza, obligando a sus compañeros a imitarla. El «komatik» de Pete adelantó a otro trineo. ¡Ahora Pete ocupaba el tercer lugar!

Para entonces, los espectadores gritaban furiosamente y los Hollister no cesaban de repetir el nombre de «Fluff». La perra

parecía saber cuándo, exactamente, convenía adelantar, y no tardó en dejar atrás al segundo trineo. Tal como Traver Nelson le había dicho, Pete tuvo buen cuidado de mantener bastante separación entre el suyo y el otro trineo.

«¡Si pudiese adelantar al primero!», pensó Pete.

Pero los perros del primer trineo eran muy rápidos. Pete les ganó terreno durante un rato, pero pronto volvió a quedar atrás.

—¡«Fluff»! —gritó el chico, sacudiendo otra vez el látigo.

La fiel perra se lanzó hacia delante con nuevos bríos. Durante unos cuantos metros «Fluff» corrió a la misma altura que el perro jefe del otro trineo. Luego, poco a poco, fue ganándole terreno. ¡Al fin Pete había adelantado a su oponente!

«Ahora nada debe detenerme», se dijo el chico. «Tengo que conducir bien».

Pero, cuando estaba cerca de la meta, Pete vio algo que le produjo un cosquilleo de miedo en la nuca. ¡Stockman y Gates, en lo alto de la ligera pendiente, empujaban un tronco hacia el camino por donde avanzaban los perros, a toda velocidad! ¡Si el tronco alcanzaba a «Fluff», todo se habría perdido!

Mientras utilizaba el freno, Pete gritó:

—¡Cuidado, «Fluff»! ¡Peligro, peligro!

«Fluff» pareció comprender, y se desvió hacia la derecha, esquivando el tronco por muy pocos centímetros. Este movimiento brusco hizo que Pete estuviera a punto de caer del «komatik». Sin embargo, se agarró con fuerza, mientras «Fluff» volvía al centro de la pista y corría hasta la meta.

—¡Pete va a ganar! —gritó Ricky, entusiasmado.

Pam, que había estado de pie con Ricky y Holly, algo distante de sus padres y de los Nelson, había visto rodar el tronco. Y mientras el trineo de Pete cruzaba la meta, ella y sus dos hermanos corrieron en busca del señor Sello para decirle lo que había sucedido.

—He visto que los dos hombres se iban corriendo hacia el lago —informó Pam.

—¡Nosotros les capturaremos! —decidió el cartero, muy decidido.

Los tres niños subieron en el vehículo del señor Sello, que inmediatamente lo puso en marcha.

—¡Ahí están! ¡En el centro del hielo! —anunció Ricky.

Al oír el motor del vehículo para la nieve, los dos hombres volvieron la cabeza. Ambos llevaban una espléndida barba.

—¡Pero si son los hermanos Greeble! —murmuró el señor Sello, muy asombrado.

—Estoy seguro de que van disfrazados —dijo Pam.

El coche del señor Sello fue persiguiéndoles sobre el hielo, describiendo círculos, hasta que los dos hombres, agotados, cayeron a tierra. Entonces el vehículo se detuvo.

Ricky fue el primero en bajar. En seguida corrió hacia los dos hombres y dio un tirón de sus barbas... ¡Dos masas de pelo se desprendieron de la cara de los Greeble!



—¡Los hemos descubierto! —exclamó el pelirrojo.

A toda prisa, el cartero buscó en su vehículo, sacando dos tiras de cuero que utilizaba para sujetar las diversas pilas de cartas. Mientras los niños miraban con ojos muy abiertos, el señor Sello ató

a cada hombre las manos a la espalda.

—Ahora, en pie y al coche —ordenó.

Mientras volvían, con los prisioneros, Pam les hizo varias preguntas. Sí —admitieron, los dos hombres—, habían querido aprovecharse de «Fluff» porque, probablemente, era la mejor perra esquimal del mundo. No habían logrado localizarla y pensaron que posiblemente Traver Nelson regresaría a Froston para las carreras de aquel año. Por eso ellos se trasladaron a dicha población.

—No sabíamos que el Campo Copo de Nieve perteneciera a vuestros abuelos, ni imaginamos que vosotros, los Hollister, ibais a estropear nuestros planes —masculló el señor Gates.

Cuando el vehículo del cartero se acercaba a la orilla del lago, un policía corrió hacia ellos.

—¡Oh, un policía montado! —exclamó Holly—. ¡Ya hemos atrapado a los malos, señor policía!

Mientras ponía las esposas a los dos hombres, el policía felicitó a los demás. Luego se dirigió a los detenidos y dijo, muy severamente:

—¡Ustedes fueron quienes hirieron a «Fluff» el año pasado!

Y Ricky, mirándoles con gravedad, añadió:

—Pero este año no han podido hacer nada. ¡Pete ha ganado!

En aquel momento, Pete estaba a punto de recibir la copa de plata. Todos sus hermanos corrieron a su lado, llegando en el momento en que Pete recogía el premio. El capitán de la Policía Montada se volvió a Traver Nelson, para proponer:

—Nosotros le compraremos los cachorros de «Fluff», si es que quiere usted venderlos.

—Con mucho gusto —repuso Nelson, que luego estrechó a Pete la mano, diciéndole—: Nunca os lo agradeceré bastante. Habéis hecho de este día el más feliz de toda mi vida.

—Para mí también —afirmó la señorita Nelson.

En ese momento el abuelo anunció:

—¡Vaya, vaya! ¡Aquí se presentan más emociones!

Al volverse, todos vieron un enorme camión que se aproximaba. En la parte posterior llevaba upa gran cámara tomavistas.

—¡A ver si Pete y toda la familia miran hacia aquí! —pidió el cameraman, poniendo en funcionamiento la cámara.

—¿Por qué están haciendo película de los «filices» Hollister y de

«Fluff»? —preguntó Sue, que se encontraba algo aturdida.

—Es una película para la televisión —repuso el hombre—. Hemos tomado un reportaje de la carrera. Ahora nos ocupamos de los primeros planos.

Los cinco hermanos rieron y sacudieron alegremente los brazos saludando.

—¡Magnífico! —exclamó el cameraman—. Ahora todo el mundo, en los Estados Unidos y Canadá, podrán contemplar a los Felices Hollister en sus pantallas de Televisión.